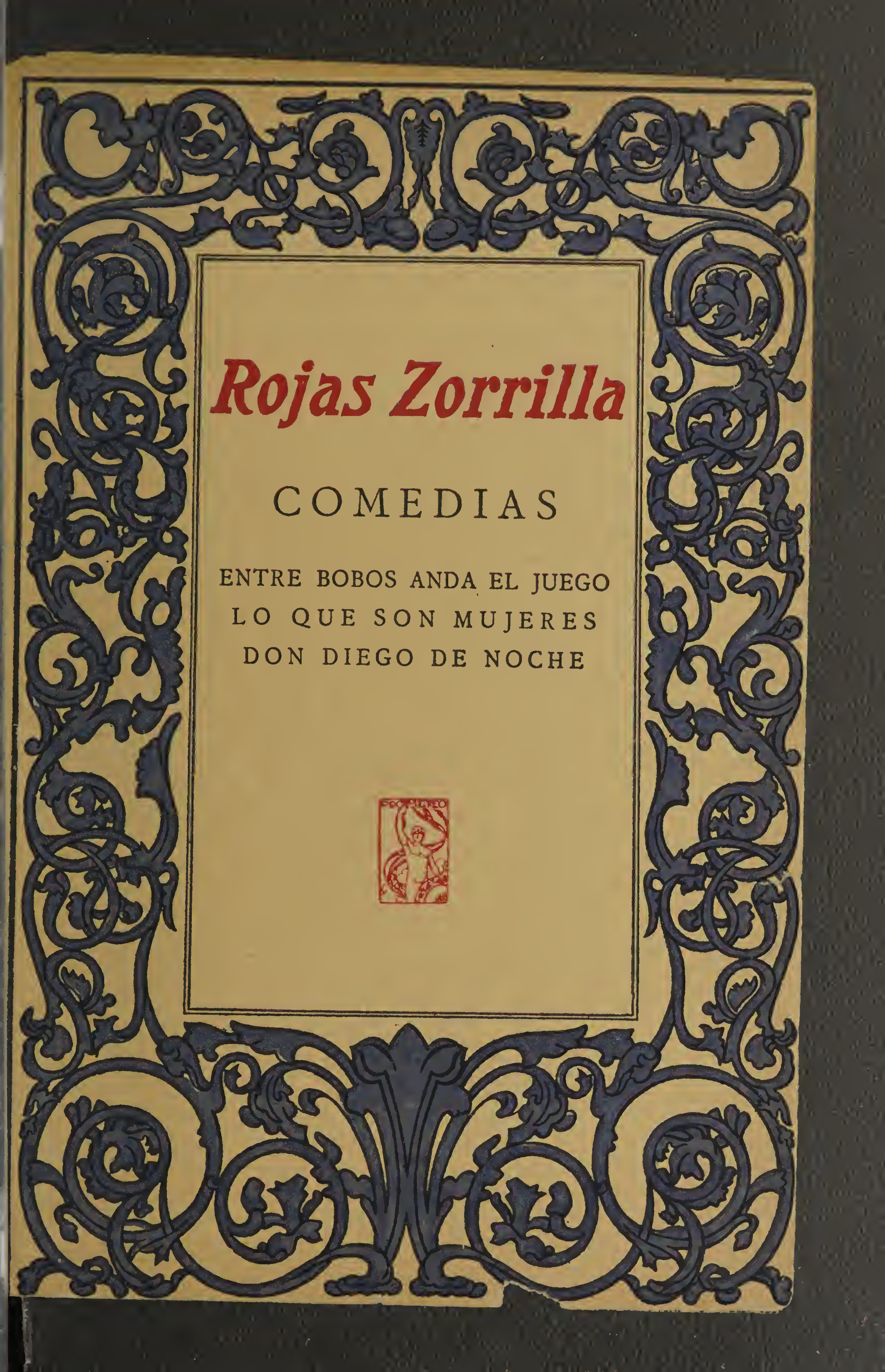


Rojas Zorrilla

COMEDIAS

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO
LO QUE SON MUJERES
DON DIEGO DE NOCHE



Director literario: V. Blasco Ibáñez

TEATRO DE ROJAS ZORRILLA

EN ESTA COLECCIÓN

CLÁSICOS GRIEGOS

HOMERO: *Ilíada*. 2 t.—*Odisea*. 2 tomos.

ESQUILO: *Tragedias*. 1 t.

SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.-I. Las traquinenses. Edipo, rey. Edipo en Colono. Antígona.-II. Filoctetes. Ayax. Electra.

HESIODO: *La Teogonía.—El escudo de Heracles.—Los trabajos y los días*.—BIÓN: *Idilios*.—MOSCO: *Idilios*.—HIMNOS ÓRFICOS: *Los perfumes*. 1 t.

EURÍPIDES: *Obras completas*. 4 t. —I. Hécaba. Orestes. Las fenicias. Medea.—II. Hipólito. Alcestes. Andrómaca. Las suplicantes. Ifigenia en Aulide.—III. Ifigenia en Tauride. Reso. Las troyanas. Las bacantes. Los heracleidas.—IV. Helena. Ion. Heracles furioso. Electra. El cíclope.

TEÓCRITO: *Idilios y epigramas*.—TIRTEO.—ODAS ANACREÓNTICAS. 1 t.

ARISTÓFANES: *Comedias*. 3 t.—I. Lysistrata. Los acarnienses. Las nubes.—II. Los caballeros. La paz. Las avispas. Pluto.—III. Las tesmóforas. Las aves. La asamblea de las mujeres. Las ranas.

JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*. 1 t.

ARISTÓFANES: *La Política*. 1 t.

CLÁSICOS LATINOS

CICERÓN: *La República. Las paradojas*. 1 t.—*Las leyes. La vejez. La amistad*. 1 t.

PLAUTO: *Comedias*. 2 t.

VALERIO MÁXIMO: *Hechos y dichos memorables*. 1 t.

EDAD MEDIA

LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.

CLÁSICOS ESPAÑOLES

CERVANTES: *Teatro selecto*. Comedias y entremeses. 1 t.

VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo D. Gregorio Mayáns y Siscar. 1 t.

QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.

GUILLEM DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.

LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.

CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.

MORETO: *Comedias*. 1 t.

TIMONEDA: *El patrañuelo.—El sobremesa y alivio de caminantes*. 1 t.

LOPE DE RUEDA.—*Comedias y Pasos*. 1 t.

CLÁSICOS INGLESES

SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 tomos.

Tomo I.—William Shakespeare, por Víctor Hugo. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Los dos hidalgos de Verona.

Tomo II.—Otelo, el moro de Venecia. Medida por medida. Cuento de invierno.

Tomo III.—Romeo y Julieta. Bien está lo que bien acaba. Comedia de equivocaciones.

Tomo IV.—El mercader de Venecia. Penas de amor perdidas. Cimbelino.

Tomo V.—Macbeth. Troilo y Crésida. Enrique VIII ó Todo es verdad.

Tomo VI.—El rey Lear. Coriolano. Como gustéis.

Tomo VII.—La fiera domada. La duodécima noche. Mucho ruido para nada.

Tomo VIII.—Sueño de una noche de verano. La tempestad. Las alegres comadres de Windsor.

Tomo IX.—Julio César. Antonio y Cleopatra. Timón de Atenas.

Tomo X.—El rey Juan. La vida y la muerte del rey Ricardo II. La tragedia de Ricardo III.

Tomo XI.—La primera parte de Enrique IV. La segunda parte de Enrique IV. El rey Enrique V.

Tomo XII.—La primera parte del rey Enrique VI. La segunda parte del rey Enrique VI. La tercera parte del rey Enrique VI.

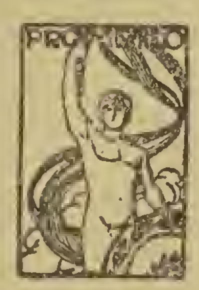
CLÁSICOS ESPAÑOLES

ROJAS ZORRILLA,

Francisco de, 1607-1648.

COMEDIAS

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO
: LO QUE SON MUJERES :
: DON DIEGO DE NOCHE :



PROMETEO
Germanías, 33.—VALENCIA
(Published in Spain)

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO,

DON LUCAS DEL CIGARRAL





PERSONAS

Don Pedro.
Don Lucas.
Don Luis.
Don Antonio, viejo.
Cabellera, gracioso.
Carranza, criado.
Doña Isabel de Peralta.
Doña Alfonsa.
Andrea, criada.





JORNADA PRIMERA

Sala en casa de don Antonio

Salen DOÑA ISABEL, con bohemio, y ANDREA, criada

ISABEL. ¿Llegó el coche?
ANDREA. Es evidente.
ISABEL. ¿Y la litera?
ANDREA. También.
ISABEL. ¡Qué perezoso es el bien,
y el mal, oh qué diligente!
¡Que mi padre, inadvertido,
darme tal marido intente!
ANDREA. Marido tan de repente
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo, ¿no es así?
Pues viernes dijo que sí,
y el domingo por ti envió;
cierta esta boda será
según anda el novio listo,
que parece que te ha visto
en la priesa que se da.
ISABEL. A obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andrea.
ANDREA. Puede ser que éste lo sea,
pero no hay marido bueno:
ver cómo se hacen temer
á los enojos menores,
y aquel hacerse señores
de su perpetua mujer;
aquella templanza rara
y aquella vida tan fría,

donde no hay un «alma mía»,
por un ojo de la cara;
aquella vida también
sin cuidados ni desvelos,
aquel amor tan sin celos,
los celos tan sin desdén;
la seguridad prolija.
y las tibiezas tan grandes,
que pone un requiebro en Flandes
quien llama á su mujer «hija».
¡Ah, bien haya un amador
destos que se usan ahora.
que está diciendo que adora
aunque nunca tenga amor!
Bien haya un galán, en fin,
que, culto á todo vocablo.
aunque una mujer sea diablo,
dice que es un serafín;
luego que es mejor se infiera
(haya embuste ó ademán),
aunque más finja un galán
que un marido, aunque más quiera.

ISABEL. Lo contrario he de creer
de lo que arguyendo estás,
y de mi atención verás
que el marido y la mujer,
que se han de tener, no ignoro,
en tálamo repetido,
respeto ella á su marido,
y él á su mujer decoro;
y éste callando querer,
mayor voluntad se nombre.
que no ha de tratar un hombre
como á dama á su mujer;
y así mi opinión verás
de mi argumento evidente.
menos habla quien más siente,
más quiere quien calla más.
No esa llama solicito,
todo lenguas al arder,
porque un amor bachiller
tiene indicios de apetito;
y así tu opinión sentencio
á mi enojo ó mi rigor,
que antes es seña de amor
la cautela del silencio;
dígalo el discurso sabio,

si más tu opinión me apura,
que no es grande calentura
la que se permite al labio;
la oculta es la que es mayor,
su dolor el más molesto,
y aquel amor que es honesto
es el que es perfecto amor;
no aquel amor siempre ingrato,
todo sombras, todo antojos,
que éste nació de los ojos,
y aquél se engendra del trato;
luego más se ha de estimar,
porque mi fe se asegure,
amor que es fuerza que dure
que amor que se ha de acabar.

ANDREA. Y di, ¿un marido es mejor
que en casa la vida pasa?

ISABEL. Pues ¿qué importa que esté en casa,
como yo le tenga amor?

ANDREA. ¿Y el que es por fuerza, no es fiera
pensión?

ISABEL. Tampoco me enfada.

ANDREA. Naciste para casada,
como yo para soltera.

ISABEL. Pues, déjame.

ANDREA. Ya te dejo;
pero este chisgaravís,
este tu fino don Luis,
galán de tapa de espejo,
ese que habla á barbotones,
de su prosa satisfecho,
que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones,
¿qué es lo que de ti ha intentado?

ISABEL. Ese hombre me ha de matar,
ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado,
con una asistencia rara;
si á la iglesia voy, allí
oye misa junto á mí;
si para el coche, él se para;
si voy á andar, yo no sé
cómo allí se me aparece;
si voy en silla, parece
mi gentilhombre de á pie;
y en efecto, el tal señor,
que mi libertad apura,

visto, es muy mala figura,
pero escuchado, es peor.
ANDREA. ¿Habla culto?
ISABEL. Nunca entabla
lenguaje disparatado,
antes por hablar cortado
corta todo lo que habla;
vocablos de estrado son
con los que á obligarme empieza,
dice *crédito, fineza,*
recato, halago, atención;
y desto hace mezcla tal,
que aun con amor no pudiera
digerirlo, aunque tuviera
mejor calor natural.
ANDREA. ¡Ay, señora mía! Malo,
no le vuelvas á escuchar,
que ese hombre te ha de matar
con los requiebros de palo.
ISABEL. Yo admitiré tu consejo,
Andrea, de aquí adelante.
ANDREA. Señora, el que es fino amante
habla castellano viejo;
el atento y el pulido
que éste pretende, creerás,
ser escuchado no más,
mas no quiere ser querido.
ISABEL. Andrea, amiga, sabrás
que tengo amor ¡ay de mí!
á un hombre que una vez vi.
ANDREA. Dime, ¿y no le has visto más?
ISABEL. No, y á llorar me provoco
de un dolor enternecida.
ANDREA. ¿Y qué le debes?
ISABEL. La vida.
ANDREA. ¿No sabes quién es?
ISABEL. Tampoco.
ANDREA. Para que ese enigma crea,
¿cómo (te pregunto yo)
de la muerte te libró?
ISABEL. Oye, y lo sabrás, Andrea.
ANDREA. Para remediarlo falta
saber tu mal.
ISABEL. Oye.
ANDREA. Di.
CABELLERA. *(Dentro.)* Ah de casa: ¿posa aquí
doña Isabel de Peralta?

ANDREA. Por ti preguntan. ¿Quién es?
ISABEL. ¿Si vienen por mí?
ANDREA. Eso infiero.
¿Quién es?

Sale CABELLERA

CABELLERA. Éntrome primero.
que yo lo diré después.
ISABEL. ¿Qué queréis?
CABELLERA. Si hablaros puedo.
si no os habéis indignado,
¿podré daros un recado
de don Pedro de Toledo?
ISABEL. Hablad, no estéis temeroso.
CABELLERA. ¡Buen talle!
ISABEL. Hablad.
CABELLERA. Yo me animo.
ISABEL. ¿Quién es don Pedro?
CABELLERA. Es un primo
del que ha de ser vuestro esposo.
que viene por vos.
ISABEL. Sepamos.
¿qué es lo que envía á decir?

Dale una carta.

CABELLERA. Que es hora ya de partir;
si estáis prevenida, vamos.
ISABEL Si esto que miro no es sueño.
no sé lo que puede ser.
¿Cómo no me viene á ver
ese primo de mi dueño?
ANDREA. ¡Oh marido apretador!
ISABEL. ¿Yo he de irme con tanta priesa?
CABELLERA. Señora, es orden expresa
de don Lucas. mi señor;
y para él delito fuera
no llegarle á obedecer;
manda que aun no os venga á ver
cuando entréis en la litera.
ISABEL. ¿Quién ese don Lucas es?
CABELLERA. Quien ser tu esposo previene.
ISABEL. ¡Excelente nombre tiene
para galán de entremés!
¿Vos le servís?
CABELLERA. No quisiera.
mas sírvole.

ANDREA. ¡Buen humor!
CABELLERA. Nunca le tengo peor.
ISABEL. ¿Cómo os llamáis?
CABELLERA. Cabellera.
ISABEL. ¡Qué mal nombre!
CABELLERA. Pues yo sé
que á todo calvo aficiona.
ISABEL. ¿No me dirás qué persona
es don Lucas?
CABELLERA. Sí diré.
ISABEL. ¿Hay mucho que decir?
CABELLERA. Mucho,
y más espacio quisiera.
ANDREA. Tiempo hay harto, Cabellera.
CABELLERA. Pues atended.
ISABEL. Ya os escucho.
CABELLERA. Don Lucas del Cigarral
(cuyo apellido moderno
no es por su casa, que es
por un cigarral que ha hecho)
es un caballero flaco,
desvaído, macilento,
muy cortísimo de talle,
y larguísimo de cuerpo;
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luengos,
muy bajos de empeine y anchos,
con sus Juanetes y Pedros;
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado,
y cuarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
como dice aquel proverbio,
no sólo espanta sus males,
pero espanta los ajenos;
si acaso duerme la siesta,
da un ronquido tan horrendo,
que duerme en su cigarral
y le escuchan en Toledo;
come como un estudiante,
y bebe como un tudesco,
pregunta como un señor,
y habla como un heredero;
á cada palabra que habla
aplica dos ó tres cuentos,
verdad es que son muy largos,

mas para eso no son buenos;
no hay lugar donde no diga
que ha estado. ninguno ha hecho
cosa que le cuente á él
que él no la hiciese primero;
si uno va corriendo postas
á Sevilla, dice luego:
«Yo las corrí hasta el Perú,
con estar la mar en medio»;
si hablan de espadas. él solo
es quien más entiende desto,
y á toda espada sin marca
la aplica luego el Maestro;
tiene escritas cien comedias,
y cerradas con su sello,
para si tuviere hija
dárselas en dote luego;
pero ya que no es galán,
mal poeta, peor ingenio,
mal músico, mentiroso,
preguntador, sobre necio,
tiene una gracia no más,
que con esta le podremos
perdonar esotras faltas:
que es tan mísero y estrecho,
que no dará, lo que ya
me entenderán los atentos;
que come tan poco el tal
don Lucas, que yo sospecho
que ni aun esto podrá dar,
porque no tiene excrementos.
Estas, damas, son sus partes,
contadas *de verbo ad verbum;*
esta es la carta que os traigo,
y este el informe que he hecho;
quererle es cargo del alma,
como lo será del cuerpo;
partiros, no haréis muy bien;
casaros, no os lo aconsejo;
meteros monja es cordura;
apartaros dél, acierto;
hermosa sois, yo lo admiro;
discreta sois, no lo niego;
y así estimaos como hermosa
y pues sois discreta, os ruego
que antes que os vais á casar
miréis lo que hacéis primero.

ISABEL. ¡Buen informe!
ANDREA. Razonable.
ISABEL. Pero dime: ¿cómo, siendo
su criado, hablas tan mal
de las partes de tu dueño?
ANDREA. Cómo quien come su pan.
CABELLERA. ¿Yo le como? ni aun le almuerzo;
sirvo por mi devoción,
que hice un voto muy estrecho
de servir á un miserable,
y estoyle ahora cumpliendo.
ISABEL. ¿Pues os pasáis sin comer?
CABELLERA. Si no fuera por don Pedro,
su primo, fuera criado
de vigilia.
ISABEL. Y dinos esto.
¿Don Pedro quién es?
CABELLERA. ¿Quién es?
Es el mejor caballero,
más bizarro y más galán
que alabar puede el exceso;
y á no ser pobre, pudiera
competir con los primeros.
Juega la espada y la daga
poco menos que el Pacheco
Narváez, que tiene ajustada
la punta con el objeto;
si torea es Cantillana,
es un Lope si hace versos,
es agradable, cortés,
es entendido, es atento,
es galán sin presunción,
valiente sin querer serlo,
queriendo serlo, bienquisto,
liberal, tan sin estruendo
que da y no dice que ha dado,
que hay muy pocos que hagan esto.
ANDREA. ¿Es posible que tu padre
eligiese aquel sujeto,
pudiéndote dar estotro?
CABELLERA. No me espanto, que en efeto
este no tiene un ochavo,
y esotro tiene dinero.
ANDREA. Pues ¿qué importa que lo tenga,
si lo guarda?
ISABEL. Yo no quiero
sin el gusto la riqueza;

decidme. ¿y ese don Pedro
tiene amor?

CABELLERA. Yo no lo sé;
mas trátanle casamiento
con la hermana de don Lucas.
doña Alfonsa de Toledo,
que puede ser melindrosa
entre monjas. y os prometo
que se espanta de un araña,
aunque esté cerca del techo;
vió un ratón el otro día
entrarse en un agujero,
y la dió de corazón
un mal con tan grave aprieto,
que entre siete no pudimos
abrirla siquiera un dedo;
pero son ellas fingidas,
como yo criado vuestro;
él viene ya á recibiros.

ISABEL. No vendrá. que vive el cielo,
que hoy ha de saber mi padre...

Sale DON ANTONIO, viejo

ANTONIO. Doña Isabel, ¿qué es aquesto?

ISABEL. Es, que yo no he de casarme,
mándenlo ó no tus preceptos,
con don Lucas.

ANTONIO. ¿Por qué, hija?

ISABEL. Porque es miserable.

ANTONIO. Eso
no te puede á ti estar mal
siendo su mujer, supuesto
que vendrás á ser más rica,
cuando él fuere más atento.

ISABEL. Es porfiado.

ANTONIO. No porfiar
con él y te importa menos.

ISABEL. Es necio.

ANTONIO. El te querrá bien,
y el amor hace discretos.

ISABEL. Es feo.

ANTONIO. Isabel, los hombres
no importa que sean muy feos.

ANDREA. Señor, es puerco.

ANTONIO. Limpiarle;
sea lo que fuere, en efeto,
yo os he de casar con él.

¿Será mejor un mozuelo
que gaste el dote en tres días,
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
Cásoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, ¿y hacéis pucheros?
¿Qué carta es esa?

ISABEL. Una carta
de mi esposo.

ANTONIO. ¿Y yo no tengo
carta alguna?

CABELLERA. No, señor;
voy á llamar á don Pedro,
porque hasta daros las cartas
no tuve orden para hacerlo;
guárdeos el cielo. *Vase.*

ANTONIO. El os guarde.

ISABEL. Quitadme la vida, cielos.

ANTONIO. Veamos; ¿qué dice la carta?

ISABEL. Dice así.

ANTONIO. Ya estoy atento.

ISABEL. *(Lee.)* «Hermana: Yo tengo seis mil y cuarenta y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi primo si no tengo hijos; hanme dicho que vos y yo podemos tener los que quisiéremos; veníos esta noche á tratar del uno, que tiempo nos queda para los otros. Mi primo va por vos, poneos una mascarilla para que no os vea, y no le habléis, que mientras yo viviere no habéis de ser vista ni oída. En las ventas de Torrejoncillo os espero; veníos luego, que no están los tiempos para esperar en ventas. Dios os guarde y os dé más hijos que á mí.»

ANDREA. ¡Hay tal bestia!

ISABEL. Dime ahora
bien de aqueste majadero.

ANTONIO. Sí haré, que no es disparate
el que viene dicho á tiempo;
don Lucas es hoy marido,
y para empezar á serlo,
ha dicho su necedad
como tal, porque, en efeto,
no es marido quien no dice
un disparate primero.

Dale una mascarilla.

ISABEL. La mascarilla está aquí.
ANDREA. Y está en el zaguán don Pedro.
ANTONIO. Pues póntela antes que suba.
ISABEL. Si esto ha de ser, obedezco.

Pónese la mascarilla.

ANDREA. Llamaron.
ISABEL. Llegó mi muerte.
ANTONIO. Abre la puerta.
ANDREA. Esto es hecho.

Salen DON PEDRO y CABELLERA

ANTONIO. Sea usted muy bien venido.
don Pedro, guárdeos el cielo.
PEDRO. Seáis, señor don Antonio,
bien hallado.
ANTONIO. ¿Venís bueno?
PEDRO. Salud traigo. ¿Y vos?
ANTONIO. Sentaos.
PEDRO. Perdonadme, que no puedo,
que me ha ordenado don Lucas
que llegue y no tome asiento,
que os pida su esposa á vos,
y que se la lleve luego.
ISABEL. (*Ap.* ¡Cielos, qué es esto que miro!
¿Este no es el caballero
á quien le debí la vida?)
Andrea.
ANDREA. ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
ISABEL. Este es el que te contaba
que tengo amor.
ANDREA. No te entiendo.
¿Este es quien te dió la vida,
como me dijiste?
ISABEL. El mesmo.
ANDREA. ¿Y éste á quien quieres?
ISABEL. También.
ANDREA. Si éste es primo de tu dueño,
¿qué has de hacer?
ISABEL. Morir, Andrea.
PEDRO. Aunque no merezca veros,
si las conjeturas ven,
divina Isabel, ya os veo,
mas sois vos, que vuestra fama;
mal haya el que, lisonjero,
yendo á pintaros perfecta,
aún no os retrató en bosquejo;

hermoso enigma de nieve,
que el rostro habéis encubierto
para que no os adivinen
ni los ojos ni el ingenio;
jeroglífico difícil,
pues cuando voy á entenderos,
cuanto solicito en voces,
tanto acobardo en silencios;
permitid vuestra hermosura...
mas no hagáis tal, que más quiero
ver esa pintura en sombras,
que haber de envidiarla en lejos;
claro cielo, sol y rayo
que está esa nube tejiendo,
venid á Toledo á ser
el más adorado objeto
que supo lograr Cupido
en los brazos de Himeneo;
la voz de don Lucas habla
en mi voz, yo soy quien, ciego,
á ser intérprete vine
de aquel amor extranjero;
y pues sois rayo, alumbrad
entre sombras y reflejos;
pues sois cielo y sol, usad
de vuestros claros efectos;
jeroglífico, explicaos;
enigma, dad á entenderos,
pues descubriéndoos seréis
con una causa y á un tiempo,
el jeroglífico, el rayo,
el sol, la enigma y el cielo.

ANDREA. Discreto parece el primo.

ISABEL. Advertid, señor don Pedro,
que se ha ido vuestra voz
hacia vuestro sentimiento;
doña Isabel es mi nombre,
no doña Alfonsa, y no quiero
que allá le representéis
y ensayéis en mí el requiebro;
y aunque el favor me digáis
por el que ha de ser mi dueño,
no os estimo la alabanza
que me hacéis, vedme primero,
y creeré vuestras lisonjas
creyendo que las merezco;
pero sin verme, alabarme,

es darme á entender con eso,
ó que yo soy presumida.
tanto, que pueda creerlo,
ó que don Lucas y vos
tenéis un entendimiento.

PEDRO. Pues el sol, aunque se encubra
entre nubes, no por eso
deja de mostrar sus rayos
tan claros, si no serenos;
el iris, ceja del sol,
más hermoso está y más bello
cuando entre negros celajes
es círculo de los cielos;
más sobresale una estrella
con la sombra; los luceros,
porque esté oscura la noche,
no por eso alumbran menos;
perfuma el clavel del prado
en verde cárcel cubierto,
por las quiebras del capullo
da á leer sus hojas luego;
pues ¿qué importa que esa nube
ahora no deje veros,
si habéis de ser como el iris,
clavel, estrella y lucero?

ANTONIO. Doña Isabel, ¿qué esperamos?
A la litera.

PEDRO. Teneos,
que vos no habéis de salir
de Madrid.

ANTONIO. ¿Por qué, don Pedro?

PEDRO. Porque no quiere mi primo.

ANTONIO. Pues decidme, ¿cómo puedo
dejar de ir á acompañar
á mi hija? Demás deso,
que si yo no se la doy,
y lo que ordena obedezco,
¿cómo me podrá dar cuenta
de lo que yo no le entrego?

PEDRO. Todo eso está prevenido;
ved ese papel que os dejo,
conque no necesitáis
de partiros.

ANTONIO. Ya le leo.
¿Qué es esto? papel sellado.

Abre un pliego de papel sellado.

ANDREA. ¿Qué será?
CABELLERA. Yo no lo entiendo.
ANTONIO. *(Lee.)* «Recibí de don Antonio de Salazar una mujer, para que lo sea mía, con sus tachas buenas ó malas, alta de cuerpo, pelimorena, y doncella de facciones, y la entregaré tal y tan entera, siempre que me fuere pedida por nulidad ó divorcio. En Toledo, á 4 de Setiembre de 638 años.—*Don Lucas del Cigarral. Toledo.*»
ISABEL. ¿Para mí carta de pago?
ANTONIO. Don Pedro, ¿este caballero
piensa que le doy mujer,
ó piensa que se la vendo?
CABELLERA. Pues yo sé que va vendida
doña Isabel.
ANDREA. Yo lo creo.
ANTONIO. Yo quiero ver á don Lucas
en las Ventas; vamos luego.
Ven, Isabel.
ISABEL. A morir.
¡Valedme, piadosos cielos!
PEDRO. Aunque esté vuestra pintura
en borrón, tiene unos lejos
dentro, que el alma retrata,
que casi son unos mesmos.
ISABEL. *(Ap.)* ¡Quién pudiera descubrirse!
PEDRO. *(Ap.)* ¡Quién viera su rostro!
ISABEL. ¡Cielos,
qué nave halló la tormenta
en las bonanzas del puerto!
ANTONIO. Ea, Isabel, á la litera.
ANDREA. *(A Cab.)* Ve delante.
CABELLERA. Allá te espero.
ANTONIO. *(Ap.* Yo lo erré.) Vamos.
ISABEL. Ya voy.
ANTONIO. ¿Qué esperáis?
PEDRO. Ya os obedezco.
ISABEL. *(Ap.)* ¿Si fuese yo la que quiero?
PEDRO. *(Ap.)* ¡Si éste es mi perdido dueño!
ANTONIO. *(Ap.)* Mas si don Lucas es rico,
¿qué importa que sea necio?

Vanse.

Interior de una venta

Salen DON LUIS y CARRANZA, criado

CARRANZA. ¿No me dirás, don Luis, adónde vamos?
Ya en las ventas estamos
del muy noble señor Torrejoncillo
ú del otro segundo Peralvillo,
pues aquí la hermandad mesonizante
asaetea á todo caminante;
don Luis, habla, conmigo te aconseja,
¿no me dirás qué tienes?
LUIS. Una queja.

Paséase.

CARRANZA. ¿A qué efecto has salido de la corte?
En estas ventas, di, ¿qué habrá que importe
para tu sentimiento?
Di, ¿qué tienes, señor?
LUIS. Desvalimiento.
CARRANZA. Deja hablar afeitado;
y dime, ¿á qué propósito has llegado
á estas ventas? Refiéreme, en efeto:
¿qué vienes á buscar?
LUIS. Busco mi objeto.
CARRANZA. ¿Qué objeto? Habladme claro, señor mío.
LUIS. Solicito á mi llama mi albedrío.
CARRANZA. ¿No acabaremos, y dirás qué tienes?
LUIS. ¿Quieres que te procure á mis desdenes?
CARRANZA. A oirlos en tu proa me sentencio.
LUIS. Y en fin, ¿han de salir de mi silencio?
CARRANZA. Dilos, señor.
LUIS. Pues á mi voz te pido
que hagas un agasajo con tu oído;
Carranza, amigo, yo me hallé inclinado,
costóme una deidad casi un cuidado;
mentalmente la dije mi deseo,
aspiraba á los lazos de Himeneo,
y ella, viendo mi amor enternecido,
se dejó tratar mal del dios Cupido;
su padre, que colige mi deseo,
en Toledo la llama á nuevo empleo,
y hoy sale de la corte
para lograr, indigno, otro consorte;
por aquí ha de venir, y aquí la espero,
convalecer á mi esperanza quiero

dando al labio mis ímpetus veloces,
á ver qué hacen sus ojos con mis voces;
Isabel es el dueño,
verdad del alma y alma deste empeño,
la que con tanto olvido
á un amante ferió por un marido;
suspiraré, Carranza, vive el cielo,
aunque me cueste todo un desconsuelo;
intimaréla todo mi cuidado,
aunque muera de haberle declarado;
culparé aquel desdén, que el pecho indicia,
aunque destemple airada la caricia;
mas si los brazos del consorte enlaza,
indignaréme con el amenaza:
mis ansias, irritado, airado y fiero,
trasladaré á las iras del acero,
que es descrédito hallarme yo corrido,
quedándose mi amor tan desvalido.
Ésta es la causa por qué, de esta suerte,
yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
de suerte que, corrido, amante y necio,
vengo á entrar por las puertas del desprecio:
con vuelo que la luz penetrar osa
galanteó mi muerte mariposa;
porque en este desdén, que amante extraño,
me suelte mi albedrío el desengaño,
y en este sentimiento
mi elección deje libre mi tormento,
y para que Isabel desconocida
logre mi muerte, pues logró su vida.

CARRANZA. Oí tu relación, y maravilla
que con cuatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes.

LUIS. Gente cursa el camino, ¿si ha llegado?

CARRANZA. ¿Qué es cursa? ¿este camino está purgado?

UNO. *(Dent.)* ¡Ah de la venta!

TODOS. *(Dent.)* ¡Hala!

UNO. *(Dent.)* ¡Ah, seor ventero!
¿Hay qué comer?

DOS. *(Dent.)* No faltará carnero.

UNO. *(Dent.)* ¿Es casado vusted?

DOS. *(Dent.)* Más ha de treinta.

UNO. *(Dent.)* Según eso, carnero hay en la venta.

TRES. *(Dent.)* Huésped, así su nombre se celebre,
véndame un gato que parezca liebre.

TODOS. *(Dent.)* ¡Hala!

UNO. (*Dent.*) ¿Qué hay?
DOS. (*Dent.*) ¡Mentecato!
Compra al huésped, que es liebre y tira á [gato.
CARRANZA. Una dama y un hombre miro.
LUIS. Quedo,
espérate, que vienen de Toledo.
CARRANZA. Nada, pues, te alborote.
UNO. (*Dent.*) ¿Dónde van Dulcinea y Don Quijote?
DOS. (*Dent.*) ¿Dónde ha de ir? al Toboso por la [cuesta.
LUCAS. (*Dent.*) Voy al infierno.
UNO. (*Dent.*) Eso es, voy á la venta.
LUIS. (*Dent.*) ¡Raro sujeto es este que ha llegado!
CARRANZA. Aqueste es un don Lucas, un menguado
de Toledo.
UNO. (*Dent.*) ¡Ah, seor huésped! si le agrada,
écheme ese fiambre en ensalada.
DOS. (*Dent.*) Si va á Madrid la ninfa á estar de [asiento,
en la calle del Lobo hay aposento.
TRES. (*Dent.*) Pues á fe que es mujer de gran tra- [bajo.
LUCAS. (*Dent.*) Pues ¡voto á Jesucristo! si me bajo,
que han de entrar en la venta por la posta.
TODOS. (*Dent.*) Gua, gua.
UNO. (*Dent.*) Que la ha tendido don Lan- [gosta.
LUCAS. (*Dent.*) Mentís, canalla.
CARRANZA. Ahora ha echado el resto.
LUCAS. (*Dent.*) Apeaos, doña Alfonsa, acabad presto,
porque quiero reñir.
ALFONSA. (*Dent.*) Detente, espera,
que me dará un desmayo que me muera.
UNO. (*Dent.*) Doña Melindre, déjele.
LUCAS. (*Dent.*) ¿Qué espero?
Matarélos, á fe de caballero.
ALFONSA. (*Dent.*) Detente, hermano.
LUCAS. (*Dent.*) Vínome la gana.

Salen DON LUCAS y DOÑA ALFONSA

Téngame cuenta usted con esta hermana.
LUIS. ¿No ve vusted, que es vaya?
CARRANZA. Uced se tenga.
LUCAS. Conmigo no ha de haber vaya ni venga.
Gentecilla...
TODOS. (*Dent.*) Gua, gua.
LUIS. Tened templanza.
UNO. (*Dent.*) Envaine vuesarced, señor Carranza.
LUCAS. ¿A mí Carranza, villandrón malvado?

CARRANZA. Yo soy Carranza, y soy muy hombre hon- [rado,

Empuña la espada Carranza.

que yo también me atufo y me abochorno.
LUCAS. Mientes tú y cinco leguas en contorno.
CARRANZA. Sáquela. *Saca la espada.*
LUIS. Téngase, que ya me enfada.
LUCAS. Déjeme darle sólo esta estocada.
LUIS. Tened.
LUCAS. Yo he de tirarle este altibajo.
LUIS. No me desperdiciéis este agasajo.
LUCAS. No os entiendo.
ALFONSA. Señor, mira.
LUIS. Repara
que es mi sirviente.
LUCAS. Fuera.
PEDRO. *(Dent.)* Para.
TODOS. *(Dent.)* Para.
LUIS. Una litera entró, y podéis templaros.
LUCAS. Aunque entre un coche, tengo de mataros.

Salen DON PEDRO, DON ANTONIO, CABELLERA, ANDREA y DOÑA ISABEL, con mascarilla

PEDRO. ¿Qué es esto?
ALFONSA. Tente, hermano,
detente.
LUCAS. No me vayan á la mano.
ANTONIO. ¿Con quién riñe?
LUIS. Con este mi criado.
ANTONIO. ¿Con un pobre criado así indignado?
Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.
LUCAS. Yo pensé que reñia con Carranza.
LUIS. Envainad, pues os logro tan templado.
LUCAS. Primero ha de envainar vuestro criado.
CARRANZA. La espada desempuño,
y obedezco. *Envainan.*
LUCAS. Yo envaino la de Ortuño.
ISABEL. *(Ap. á Andrea.)* Andrea, ¡qué mal hombre!
ANDREA. ¡Qué osco y negro!
LUCAS. Por mi cuenta, señor, ¿vos sois mi suegro?
ANTONIO. Vuestro padre seré.
PEDRO. *(Ap.)* Muero abrasado. [hablado?
ALFONSA. *(Ap.)* Don Pedro, ¿qué será que no me ha
Mas también puede ser que no me vea.
ISABEL. Doña Alfonsa es aquella, amiga Andrea.
LUIS. Esta es doña Isabel.

CARRANZA. Callar intenta.
ANDREA. Don Luisillo también está en la venta.
LUIS No puedo resistirme.
ISABEL. ¡Que hasta aquí haya venido á perseguirme!
LUCAS. ¿Y hala visto mi hermano?
ANTONIO. Ni la hablado.
LUCAS. ¿Vino siempre cubierta?
ANTONIO. Así ha llegado.
LUCAS. Y en fin, ¿me quiere bien?
ANTONIO. Por vos se muere.
LUCAS. ¿Y la puedo decir lo que quisiere?
ANTONIO. Sí, podéis.
LUCAS. ¿Puedo?
PEDRO. Sí, obligarla intenta.
LUCAS. Pues así os guarde Dios, que tengáis cuenta.
Un amor que apenas osa
á hablaros, dice fiel,
que una de dos, Isabel,
ó sois fea ó sois hermosa.
Si sois hermosa, se acierta
en cubrir cara tan rara.
que no ha de andar vuestra cara
con la cara descubierta.
Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda,
puesto que estando tapada,
nadie sabrá si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,
con vos si hoy hermosa os ven;
mas si os ven fea, también
todos se holgarán conmigo.
Pues estaos así, por Dios,
aunque os parezca importuno,
que no se ha de holgar ninguno,
ni conmigo ni con vos.
ISABEL. *(Ap. á Andrea.)* ¿Qué hombre es este, Andrea?
ANDREA. El peor
que he visto, señora mía.
ANTONIO. ¡Qué necedad!
LUIS. Grosería.
LUCAS. ¿No me habláis?
ISABEL. Digo, señor,
que debo agradecimiento
á ansias, y pasiones tales.
pues en vos admiro iguales
el talle y entendimiento.
La fama que vos tenéis,

por ser quien sois, os aclama;
pero no dijo la fama
tanto como merecéis.
Y así la muerte resisto
tarde, pues quiero decir
que en viéndoos pensé morir,
y ya muero habiéndoos visto.

LUCAS. ¡Lindo ingenio!

ANTONIO. Así lo crea
vuestra pasión prevenida.

LUCAS. ¿Qué decís?

PEDRO. Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

ALFONSA. Haz que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

LUCAS. Déjame brujulear,
que pinta bien.

ALFONSA. ¿A qué esperas?

LUCAS. Isabel, hacedme gusto
de descubriros, y sea
la máscara el primer velo
que corráis á la modestia,
que están aquí debatiendo
si sois fea ó no sois fea.
Y si acaso sois hermosa,
no es justicia que yo tenga
mancilla en el corazón
porque no tengáis vergüenza.

ISABEL. Los que son en vos preceptos
han de ser en mí obediencias.
Yo me descubro. *Quítase la mascarilla.*

LUCAS. Llenóme:
don Antonio, á fe de veras,
que hacéis excelentes caras.

ANTONIO. Era su madre muy bella.

PEDRO. *(Ap.)* Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares, un día,
libré de la muerte fiera.

LUCAS. ¿Qué os parece la fachada,
primo mío? Hablad.

PEDRO. Que es buena.

ISABEL. *(Ap.)* Ya me conoció don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

PEDRO. ¿Y á ti qué te ha parecido
doña Alfonsa?

ALFONSA. Que es muy fea.
PEDRO. Eres mujer y no quieres
que alaben otra belleza.
LUCAS. Pensando estoy qué deciros,
después que os vi descubierta,
que no sé lo que me diga.
Pedro.
PEDRO. Señor.
LUCAS. Oyes, llega,
y di por la boca verbos,
ó lo que á ti te parezca.
Háblala del mismo modo
como si yo mismo fuera;
dila aquello que tú sabes,
de luceros y de estrellas,
tierno como el mismo yo,
hasta dejarla muy tierna;
que cubierta, yo me atrevo
á hablar como una manteca;
pero en mi vida he sabido
hablar tierno á descubiertas.
PEDRO. ¿Yo he de llegar?
LUCAS. Sí, primillo,
con mi propio poder llegas.
PEDRO. ¿Con qué alma la he de decir
los requiebros y ternezas,
si es fuerza que haya de hablar
con la tuya?
LUCAS. Con la vuestra...
Señora, allá va Perico,
no hay sino teneos en buenas,
y advertid que los requiebros
que os dijere los requiebra
con mi poder; respondedle
como si á mí propio fuera...
Empezad.
PEDRO. Ya te obedezco.
ISABEL. *(Ap.)* Deme mi dolor paciencia.
ANDREA. Lindo empleo hizo Isabel.
PEDRO. Amor alas tiene, vuela,
surgió la nave en el puerto,
halló el piloto la estrella,
dió el arroyo con la rosa.
Salió el arco en la tormenta,
gozó el arado la lluvia,
hallaron el sol las nieblas,
rompió el capullo la flor,

encontró el ólmo la hiedra.
Tórtola halló su consorte,
el nido el ave ligera,
que esto y haberos hallado,
todo es una cosa mesma.
Bien haya ese velo ó nube,
que, piadosamente densa,
porque no ofendiese al sol,
detuvo á la luz perpleja.
Yo he visto nacer el día
con clara luz y serena
para castigar el prado,
ó ya en sombras ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al sol
serenidades diversas,
para engañar al mar cano
con una y otra tormenta;
pero engañarme con sombras,
y herir con luz, es destreza
que ha inventado la hermosura,
que es de las almas maestra.
Vos sois más, que aquello más
que cupo en toda mi idea,
y aún más que aquello que miro,
si hay más en vos, que más sea.
Que tan iguales se añudan
en vos ingenio y belleza,
vuestro donaire tan uno
se ha unido con la modestia,
que si á rendirme no más
que á la hermosura quisiera,
el ingenio me ha de hacer
que del ingenio me venza.
Si del donaire y recato
es quien igual me sujeta,
porque como estas virtudes
están unidas, es fuerza
que ó no os quiera por ninguna,
ó que por todas os quiera.

LUCAS. *(Ap. á Pedro.)* Aprieta la mano, Pedro,
que esto es poco.

PEDRO. Hermosa hiena,
que halagaste con voz blanda
para herir con muerte fiera,
¿cómo, decidme, de ingrata
soberbiamente se precia
quien me ha pagado una vida

con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os vi,
se rindieron mis potencias
de suerte...

ISABEL. Mirad, señor,
que es grosería muy necia
que me vendáis un desprecio
á la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente;
por la vista amor se engendra
del trato, y no he de creer
que amor que entra con violencia
deje de ser, como el rayo,
luz luego y después pavesa.

PEDRO. No engendra el amor al trato,
Isabel, que si eso fuera,
fuera querida también,
siendo discreta, una fea.

ISABEL. El trato engendra al amor,
y para que la experiencia
lo enseñe, si no hay agrado
es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura,
para el agrado es de esencia
que haya trato: luego el trato
es el que el amor engendra.

PEDRO. Con trato, amor, yo confieso
que es perfecto; mas se entienda,
que amor puede haber sin trato.

ISABEL. Pero en fin, amor se acendra
en el trato.

PEDRO. Decís bien.

ISABEL. Pues si es así, luego es fuerza
que os quede más que quererme,
si más que tratarme os queda.

LUCAS. *(Ap.)* No me agradan estos tratos.

PEDRO. Concedo esa consecuencia,
mas ya os trata amor, si os oye,
ya os quiere amor.

LUCAS. *(Ap.)* Mucho aprieta.

ISABEL. ¿Y me queréis?

PEDRO. Os adoro;
sólo falta que yo vea
vuestro amor.

ISABEL. Dirále el tiempo.

PEDRO. No le deis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.

ISABEL. Pues como á mi esposo es fuerza
quereros.
PEDRO. Seré dichoso.
ISABEL. Esta mano, que lo es vuestra,
lo dirá.
LUCAS. No es sino mía;

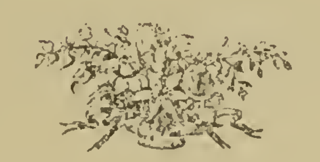
Tómala la mano don Lucas.

y es muy grande desvergüenza
que os toméis la mano vos
sin dármela á mí en la iglesia;
primillo, fondo en cuñado,
idos un poco á la lengua.
PEDRO. Si yo hablaba aquí por vos.
LUCAS. Sois un hablador, y ella
es también otra habladora.
ISABEL. Si vos me disteis licencia.
LUCAS. Sí, pero sois licenciosa.
PEDRO. Como tú dijiste que era
poco lo que la decía...
LUCAS. Poco era, quién os lo niega;
mas ni tanto ni tan poco.
ALFONSA. *(Ap.)* ¡Que ella le hablase tan tierna,
y que él la adore tan fino!
LUCAS. Doña Alfonsa.
ALFONSA. ¿Qué me ordenas?
LUCAS. Llevaos con vos esta mano.

Dala la mano de doña Isabel.

ALFONSA. Sí haré, y pido que me tengas
por tu amiga y servidora.
(Ap.) Y tu enemiga.
LUCAS. En Illescas
me he de casar esta noche.
ALFONSA. Hasta ir á Toledo espera,
para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mía juntas.
ISABEL. *(Ap.)* Antes quiera Amor que muera.
LUCAS. Señora mía, no estoy
para esperaros seis leguas.
LUIS. Muerto estoy; á acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda:
yo soy don Luis de Contreras,
vuestro servidor antiguo.
LUCAS. No os conozco en mi conciencia.

LUIS. Y amigo de vuestro padre.
LUCAS. Sed su amigo, norabuena;
pero no habéis de ir conmigo.
CABELLERA. Llega el coche.
ANDREA. La litera.
LUIS. Yo he de ir con vos.
LUCAS. Voto á Dios,
que me quede en esta venta.
LUIS. Ya me quedo.
LUCAS. ¡Gran favor!
ISABEL. Muerta voy.
CABELLERA. ¡Hermosa bestia!
ALFONSA. Muriendo de celos parto.
PEDRO. ¡Que esto mi dolor consienta!
ANTONIO. ¡Que esto mi prudencia sufra!
ISABEL. ¡Que esto influyese mi estrella!
LUCAS. Alfonsa, ¿guardas la mano?
ALFONSA. Sí, señor.
LUCAS. Pues tened cuenta,
entre bobos anda el juego...
Pedro, entrad.
PEDRO. ¡Cielos, paciencia!
LUCAS. Guárdeos Dios, señor don Luis.
LUIS. Allá he de ir, aunque no quiera.





JORNADA SEGUNDA

Patio de un mesón en Illescas

Sale DON PEDRO en jubón, con sombrero, capa y espada, y CABELLERA, medio desnudo, por el patio del mesón

CABELLERA. ¿Adónde vas, señor, desta manera,
medio desnudo?

PEDRO. Calla, Cabellera.

CABELLERA. A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
dónde ahora me llevas.

PEDRO. Habla quedo.

CABELLERA. Si hemos de ir fuera, aquí miro cerrada
la puerta principal de la posada.

PEDRO. No ha sido ese mi intento.

CABELLERA. Pues ¿adónde hemos de ir?

PEDRO. A este aposento.

CABELLERA. Don Lucas aquí duerme recogido,
que se oye en todo Illescas el ronquido;
doña Alfonsa. su hermana,
duerme en otra alcobilla á él cercana.

PEDRO. ¿Y el padre de Isabel?

CABELLERA. Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.

PEDRO. ¿Está cerrado?

CABELLERA. Cerrado está; di lo que quieres, ea.

PEDRO. ¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?

CABELLERA. En esta sala están.

PEDRO. Ven poco á poco,
que la tengo de hablar.

CABELLERA. Si no estás loco;
que has de perder el seso he imaginado.
¿Qué es esto? ¿tú, señor, enamorado

de una mujer que serlo presto espera
de don Lucas?

PEDRO. Sí, amigo Cabellera.

CABELLERA. Ten, señor, más templanza;
¿tú faltar de tu primo á la confianza?
¡Cómo! ¿tú enamorado de repente?

PEDRO. Más anciano es el mal de mi accidente;
siglos ha que padezco un mal eterno.

CABELLERA. Yo tuve tu accidente por moderno;
pero si tiene tanta edad, más sabio,
quiero saber la pena de tu labio;
dime tu amor, que ya quiero escucharle.

PEDRO. ¿Qué intentas con oirle?

CABELLERA. Disculparle.

PEDRO. ¿Me ayudarás después?

CABELLERA. Soy tu criado.

PEDRO. ¿Óyenos alguien?

CABELLERA. Todo está cerrado.

PEDRO. ¿Tendrás secreto?

CABELLERA. Ser leal intento.

PEDRO. Pues escucha mi amor.

CABELLERA. Ya estoy atento.

PEDRO. Era del claro Julio ardiente día:
Manzanares al soto presidía.
Y en clase, que la arena ha fabricado,
lecciones de cristal dictaba al prado,
cuando al morir la luz del sol ardiente,
solicito bañarme en su corriente;
en un caballo sendas examino,
y á la Casa del Campo me destino.
Llego á su verde falda,
elijo fértil sitio de esmeralda,
del caballo me apeo,
creo la amenidad, el cristal creo,
y apenas con pereza diligente
la templanza averiguo á la corriente,
cuando alegres también como veloces,
á un lado escucho femeniles voces.
Guió á la voz los ojos prevenido,
y sólo la logré con el oído;
piso por las orillas, y tan quedo,
que pensé que pisaba con el miedo:
mas la voz me encamina, y más me llama,
voy apartando la una y otra rama,
y en el tibio cristal de la ribera
á una deidad hallé desta manera.
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,

fuera el rostro, y en roscas el cabello,
deshonesto el cristal que la gozaba,
de vanidad al soto la enseñaba;
mas si de amante el soto la quería,
por gozársela él todo, la cubría.
Quisieron mis deseos diligentes
verla por los cristales transparentes,
y al dedicar mis ojos á mi pena,
estaba al movimiento de la arena,
ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
¿Quién con esta deidad no ha de estar ciego?
Turbio el cristal estaba,
y cuanto más la arena le enturbiaba,
mejor la vi, que al no ver la corriente,
sólo era su deidad lo transparente;
no el río, que al gozar tanta hermosura,
él es quien se bañaba en su blancura.
Cubría, para ser segundo velo,
túnica de Cambray todo su cielo,
y sólo un pie movía el cristal blando,
sin duda imaginó que iba pisando;
pero cuando sin verse se mostraba,
un plumaje del agua levantaba,
del curso propio con que se movía,
víale entre el cristal, y no le vía,
que distinguir no supo mi albedrío
ni cuándo era su pie, ni cuándo el río.
Procuraban ladrones mis enojos
robar sus perfecciones con los ojos,
cuando en pie se levanta toda hielo,
cubre el cristal lo que descubre el velo:
recátome en las ramas dilatadas,
prevenidas la esperan sus criadas;
dícenla todas que á la orilla pase,
y nada se dejó que yo robase;
y en fin, al recogerla,
tiritando salió perla con perla;
y yo dije, abrasado:
¡Oh qué bien me parece el fuego helado!
Sale á la orilla, donde verla creo,
pónenseme delante y no la veo:
enjúgala el halago prevenido
la nieve que ella había derretido;
cuando un toro con ira y osadía
(que era día de fiestas este día)
desciende de Madrid al río; y luego,
más irritado, sí, que no más ciego,

quiere, cruel é impío,
de coraje beberse todo el río:
bebe la blanca nieve,
bebe más, y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
parte á vengar su injuria por el soto,
las cortinas de ramas desabrocha,
sacude con la coz á la garrocha,
y á mi hermosa deidad vencer procura,
que se quiso estrenar con la hermosura.
Huyen, pues, sus criadas con recelo,
y ella se honesta con segundo velo;
que aunque el temor la halló desprevenida,
quiso más el recato que la vida.
Yo, que miro irritarse el toro airado,
de amor y de piedad á un tiempo armado,
indigno la pasión, librarla espero,
y dándole advertencias al acero,
(osadía y pasión á un tiempo junta)
el corazón le paso con la punta,
con tan felice suerte,
que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce que á mi amor debe la vida,
honestamente la hallo agradecida;
menos, viéndola más, mi amor mitigo,
entra dentro del coche, y yo la sigo;
cierra luego la noche:
entre otros, con lo oscuro pierdo el coche;
búscala y no la encuentra mi cuidado:
voyme á Toledo, donde, enamorado,
le dije mis finezas con enojos
á aquel retrato que copié en los ojos.
Quéjome sólo al viento;
procúrame mi primo un casamiento;
la ejecución de sus preceptos huyo:
voy á Madrid á efectuar el suyo;
vuelvo con Isabel (nunca volviera),
cubre el rostro Isabel (nunca le viera),
pues dice mi esperanza, hoy más perdida,
que es Isabel á la que di la vida;
por valor ó por suerte,
que es Isabel la que me da la muerte.
Y en fin, amante sí, y no satisfecho,
de la sombra esta noche me aprovecho;
á vengar con mis voces este agravio,
salga esta calentura por el labio:
sepa Isabel de mi cruel tormento,

asusten mis suspiros todo el viento;
sean, ahora que Isabel me deja,
intérpretes mis voces de mi queja;
suceda todo un mal á todo un daño,
válgame un riesgo todo un desengaño;
ahora la he de hablar, verla porfío,
déjame que use bien de mi albedrío:
deja que á hablarla llegue,
para que esta tormenta se sosiegue;
déjame que la obligue,
para que este cuidado se mitigue,
y porque al referir pena tan fiera,
mi gloria dure y mi tormento muera.

CABELLERA. Tu relación he escuchado,
y por Dios que me lastimo
que se enamore quien tiene
tan lindos cinco sentidos.
¿Tú, señor, enamorado?

PEDRO. Es el sujeto divino.

CABELLERA. Y tú muy lindo sujeto;
pero puesto que has venido
á hablar con doña Isabel,
llega falso y habla fino;
pero no andarás muy falso
con don Lucas, que es tu primo,
pues tú la amabas primero,
y él hasta ayer no la ha visto.
Y en llegando á enamorarse
un hombre á todo albedrío,
no hay hermano para hermano,
ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿cómo ha de valer un primo,
que es parentesco de negros?
Todos están recogidos
los huéspedes del mesón;
¿llamaré?

PEDRO. Llama quedito.

CABELLERA. No sea que el huésped nos sienta,
que es el huésped más cocido
que hay en Illescas, y siente
dentro en su casa un mosquito.

PEDRO. Oyes, ¿viste anoche entrar
á un don Luis, que se hizo amigo
de don Lucas?

CABELLERA. Embozado
tras la litera se vino,

y anoche tomó posada
en el mesón.

PEDRO. ¿Y has sabido
á qué viene?

CABELLERA. Galantea
á Isabel, que así lo dijo
su criado á otro criado,
y aqueste criado mismo
á otro criado después
como criado fidedigno
se lo contó, y él á mí:
yo ahora á ti te lo aviso,
que no sirve quien no cuenta
lo que ha visto, y que no ha visto.

PEDRO. Pues con amor y con celos
á un tiempo me determino
á hablar á Isabel.

CABELLERA. Pues manos
al amor: amo y amigo,
¿llego?

PEDRO. No llegues, espera,
que están abriendo el postigo
por de dentro.

CABELLERA. Dices bien.

PEDRO. ¿Qué será?

CABELLERA. No lo he entendido.

Sale DOÑA ISABEL, medio desnuda, y ANDREA, por otro aposento

ISABEL. No me detengas, Andrea.

ANDREA. ¿Dónde vas?

ISABEL. A dar suspiros
á los cielos de mis quejas.

ANDREA. Témplate.

ISABEL. No espero alivio.

ANDREA. ¿Qué intentas?

ISABEL. Buscar mi padre.

ANDREA. Está ahora recogido.

ISABEL. Ven á despertarle, Andrea,
que no ha de ser dueño mío
don Lucas.

ANDREA. Resuelta estás.

PEDRO. Arrímate.

CABELLERA. Ya me arrimo.

ANDREA. ¿Y si no quiere tu padre?

ISABEL. No es dueño de mi albedrío.

ANDREA. Pues ¿quién ha de ser tu esposo?

ISABEL. Don Pedro ha de serlo mío,
ó ninguno lo ha de ser;
si no es que, desconocido,
á Alfonsa quiere.

PEDRO. *(Ap.)* ¡Pedidme
albricias, alma y sentidos!

ANDREA. Vuélvete á dormir.

ISABEL. No puedo.

CABELLERA. *(Ap.)* Cenó poco, no me admiro.

ISABEL. ¿En qué aposento hallaré
á mi padre?

ANDREA. No le he visto
recoger, yo no lo sé:
en habiendo amanecido
podrás hablarle.

ISABEL. No alargues
plazos á un dolor prolijo:
don Pedro ha de ser...

Encuentra con don Pedro.

PEDRO. Don Pedro,
infelice dueño mío,
ha de ser el que te adore
tan amante y tan rendido,
que han de ser alma y potencias
lo menos que os sacrifico.

ISABEL. ¿Quién es?

PEDRO. Quien no os ha ganado,
cuando ya os hubo perdido:
el que os ha granjeado á penas,
el que os mereció á suspiros,
el que os solicita á riesgos,
el que os procura á cariños.

ISABEL. Hablad quedo, y ved que estamos...

PEDRO. Templar la voz no resisto,
que esta es la voz de mi amor,
y está mi amor encendido.

ISABEL. Señor don Pedro, si oisteis
la verdad del dolor mío,
si aún no os ha costado un ruego
la compasión de un cariño,
no os llaméis tan infeliz
como decís, pues no he dicho
acaso que tengo amor,
y ya vos lo habéis sabido.
Dejad para el desdeñado
la queja, llámese el digno

feliz, é infeliz se llame
el que nunca ha merecido.
Yo sí que soy desdichada.
pues os quiero, y lo repito,
y estando vivo el amor
tengo á los celos más vivos.
Ya habréis templado con verme
el mal de no haberme visto;
éste sí es mal, pues que tiene,
viéndoos más, menos alivio.
Doña Alfonsa ha de ser vuestra,
conque viene á ser preciso
que no lo pueda yo ser
ni pueda llamaros mío.
Ella es quien dice que os quiere,
conque yo naturalizo
á mis bastardos temores,
que son de mis celos hijos.
Mirad, pues, cuál de los dos
el más infeliz ha sido.
pues vos lográis un amor
y yo unos celos concibo

PEDRO. ¿Yo, Isabel, no tengo celos,
yo, decís vos, que me libro
de una verdad, que la cubro
con la sombra de un indicio?
¿No es la flor Clicie don Luis,
que constante á los peligros
está acechando los rayos
de vuestro Oriente vecino?
¿No viene á amaros. señora?
¿No viene tras vos? ¿No he visto
que os quiere?

ISABEL. ¿Y quién es el sol?
No con falsos silogismos
me arguyáis, cuando estáis vos
respondiéndoos á vos mismo.
Si es la Clicie flor don Luis,
¿cuándo el sol la Clicie ha sido?
¿Cuándo, para desdeñarla,
no es cada rayo un aviso?
Si soy sol, como decís,
¿cuándo mis rayos no han sido
para desdeñarle ardientes,
y para abrasarle tibios?
¿Qué os daña á vos que él me quiera,
pues veis que yo no le estimo?

Mucho más florece el premio
de la competencia al viso.
Al clavel quiere la rosa,
y él está desvanecido
de ver que le hayan premiado
en competencia del lirio.
Olmo que abrazó á la hiedra,
está más agradecido
de ver que siendo él distante
se olvidase del vecino.
Así, ¿qué importa que, amante,
constante, atento y activo,
me quiera don Luis á mí,
si con ver un amor mismo
en los dos, con ser á un tiempo
tan constantes como finos,
sois el preferido vos,
y es él el aborrecido?

PEDRO. Luego aunque me quiera á mí
doña Alfonsa, no hay indicio
para celos.

ISABEL. Sí le hay;
porque vos no me habéis dicho
que no la queréis; y yo
que aborrezco á don Luis digo.

PEDRO. Pues yo sólo os quiero á vos.

ISABEL. Que no me halaguéis os pido
con el amor, si después
me matáis con el olvido;
que mucho peor será,
si no le tenéis, fingirlo,
que si le tenéis, callarle;
pues por más decente elijo
que me ocultéis vuestra llama
y os halle después más fino,
que no hallarme aborrecida
pensando que me han querido.

PEDRO. Pulid el bruto diamante
de mi amor, en cuyos visos
haréis claras experiencias
del fondo del dolor mío.

ISABEL. Pues elíjase un remedio
para evitar los designios
de mi padre.

ANDREA. Cé, señores.

PEDRO. ¿Qué es lo que dices?

ANDREA. Que miro

abrir aquel aposento.
PEDRO. ¿Cuyo es?
ANDREA. El de don Luisillo.
PEDRO. ¿Dónde irá?
ANDREA. Habrá madrugado
para tomar el camino
antes que amanezca.
CABELLERA. Es cierto.
ISABEL. Pues, señor, yo me retiro,
no me vea.
PEDRO. Bien eliges.
ISABEL. Quédate á Dios, dueño mío.
PEDRO. En fin, ¿me querrás?
ISABEL. Soy tuya.
PEDRO. ¿Y don Luis?
ISABEL. Es mi enemigo...
¿Y Alfonsa?
PEDRO. Mátela amor.
CABELLERA. Acabad, cuerpo de Cristo.
que está don Luis en el patio.
ISABEL. Pues yo me voy, ven conmigo.
CABELLERA. Señor, entra tú también,
porque don Luis ha salido,
y puede verte al pasar
á tu aposento, y colijo
que no puede juzgar bien
de verte á esta hora vestido.
ISABEL. Mirad, don Pedro...
PEDRO. ¿Qué importa
que esté un instante contigo
en tanto que este don Luis
sale fuera?
ANDREA. Bien ha dicho:
luz tienes y eres honrada,
que él te quiere bien he oído,
y los que son más amantes
son los menos atrevidos.
ISABEL. Pues cierra.
ANDREA. La puerta cierro.
PEDRO. *(A Cab.)* Tú quédate aquí escondido,
pues no importa que te vea.
CABELLERA. Obedecerte es preciso.
ANDREA. Lo dicho. dicho. lacayo.
CABELLERA. Fregona, lo dicho, dicho.

Éntranse en el aposento de doña Isabel los tres, y queda Cabellera fuera.

Salen DON LUIS y CARRANZA

CARRANZA. A media noche, señor,
¿dónde vas?
LUIS. Nada te espante,
voy á intimar á mi amante
la justicia de mi amor.
CARRANZA. No alcanzo tu pensamiento.
LUIS. Huella quedo.
CARRANZA. ¿No dirás
dónde á estas horas vas?
LUIS. Solicito su aposento.
CARRANZA. Ten cordura, ten templanza;
¡que esto un hombre cuerdo intente!
¿Y si don Lucas te siente?
LUIS. No me aconsejes, Carranza.
CARRANZA. Durmiendo á todos ahora
con un mismo sueño iguálo,
no seas Arias Gonzalo
si está hecho el mesón Zamora.
De verla no es ocasión,
y esta en que la vas á hablar
sólo es hora de buscar
á la moza del mesón.
LUIS. A dedicar almas mil
vengo á la luz por quien veo,
porque nunca yo flaqueo
de ese accidente civil.
CARRANZA. Si ello ha de ser, vamos, pues,
mitiga tu sentimiento.
LUIS. ¿Sabes cuál es su aposento,
Carranza amigo?
CARRANZA. Este es;
anoche se recogió
en este aposento.
LUIS. Y di,
¿estás cierto en eso?
CARRANZA. Sí.
LUIS. Pues llama.

Llama Carranza á otro aposento que está enfrente del de Isabel.

¿Responden?
CARRANZA. No.
LUIS. Otra vez puedes volver
á llamar, por si despierta.

CARRANZA. Llamo.
ALFONSA. *(Dent.)* ¿Quién anda en la puerta?
LUIS. ¿Esta no es voz de mujer?
¿Quién será?
CARRANZA. Isabel sería.
LUIS. ¡Si es Andrea!
CARRANZA. No, señor,
que yo conozco mejor
su voz que la propia mía.
LUIS. Dudoso en la voz estoy.
CARRANZA. No es Andrea, señor.
LUIS. Pues
si no es Andrea, ella es.

Sale DOÑA ALFONSA, medio desnuda

ALFONSA. ¿Quién llamaba aquí?
LUIS. Yo soy.
ALFONSA. ¿Quién sois?
CARRANZA. Abrieron la puerta.
LUIS. Dueño hermoso de mi vida,
quien os procuró dormida
y os ha logrado despierta;
soy quien con fuego veloz...
ALFONSA. *(Ap.)* Que es don Pedro he imaginado;
como habla disimulado,
no le conozco en la voz.
LUIS. Trocar procura en caricias
halagos de un solo Dios,
soy el que viene tras vos.
ALFONSA. *(Ap.)* Don Pedro es: amor, albricias.
LUIS. Soy quien os quiere tan fiel...
ALFONSA. Pues ¿cómo, si eso es así,
no me hablasteis cuando os vi?
LUIS. *(Ap.* Tiene razón Isabel.)
No hagáis desatenta enojos
las que obré finezas sabio,
pues lo que dictaba el labio
representaban los ojos.
ALFONSA. Perdonad, que recelé
(que es desconfiada quien ama)
que mirabais á otra dama.
LUIS. Es verdad que la miré;
pero puesto su arrebol
de esa luz en la presencia,
conocí la diferencia
que hay de la tiniebla al sol.

ALFONSA. Por lisonja tan dichosa
premios mi verdad ofrezca,
mas como yo os lo parezca
no quiero ser más hermosa;
creer quiero lo que decís,
y valerme del consuelo.
CABELLERA. *(Ap.)* Doña Alfonsa, vive el cielo,
es la que habla con don Luis.
¡Buena es la conversación!
Que es ésta don Luis ignora;
¡cosa que le diese ahora
algún mal de corazón!
LUIS. Sola una ocasión deseo
en que yo pueda mostrar...
ALFONSA. Don Lucas ha de estorbar
nuestro amor.
LUIS. Así lo creo;
pero podéis estar cierta
que no ha de lograr su intento,
pues cuando este casamiento...
LUCAS. *(Dent.)* Hola, ¿quién anda en la puerta?
LUIS. ¿Quién es?
ALFONSA. Don Lucas, ¿qué haré?
CABELLERA. *(Ap.)* Sentido los ha por Dios.
LUIS. ¿Don Lucas está con vos?
ALFONSA. ¿Pues dónde queréis que esté?
LUIS. Daré quejas á los cielos;
¿así premiasteis mi amor?
¿Cómo...?
ALFONSA. ¿Qué es esto, señor?
¿De don Lucas tenéis celos?
LUIS. Yo he de ver...
ALFONSA. Tened templanza.
CARRANZA. No es tiempo de hacer extremos,
vente.
ALFONSA. Adiós, luego hablaremos. *Vase.*
LUIS. ¿Qué es esto, amigo Carranza?
CARRANZA. En la ceniza hemos dado
con el amor.
LUIS. Ven tras mí.
CARRANZA. ¿Sale yà don Lucas?
LUIS. Sí.
CARRANZA. Por Dios que se ha levantado.
LUIS. Perdí famosa ocasión.
Vanse los dos.
CABELLERA. Pulgas lleva el don Luisillo,
pero no me maravillo,

que hay muchas en el mesón.
A dormir de buena gana
me fuera; señor, no hay gente,

Llama á la puerta por donde entró don Pedro.

sal presto; pero... detente.

Sale DON LUCAS, medio vestido ridiculamente, con espada y una luz, por el aposento de Alfonsa

LUCAS. El diablo está en Cantillana;
¿quién está aquí?

Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.

CABELLERA. *(Ap.)* Ya me vió;
á mi fortuna maldigo.
LUCAS. Hombre ordinario, ¿qué digo?
¿Quién sois, hombrecillo?
CABELLERA. Yo.

Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.

LUCAS. ¿Qué es yo? con eso no salva
una cuchillada; fuera,
diga, ¿quién es?
CABELLERA. Cabellera,
al servicio de tu calva.
LUCAS. ¿Qué haces aquí?
CABELLERA. *(Ap.* ¿Qué diré?)
Digo, estaba, porque yo...
LUCAS. ¿Llamaste á mi puerta?
CABELLERA. No.
LUCAS. Pues ¿quién llamó?
CABELLERA. No lo sé.
LUCAS. ¿Viste abrir la puerta?
CABELLERA. Sí.
LUCAS. ¿Y á quien era conociste?
CABELLERA. No, señor.
LUCAS. ¿Y á qué saliste?
CABELLERA. Señor, á tu voz salí.
LUCAS. ¿Era hombre el que llamaba?
CABELLERA. Sí, señor.
LUCAS. ¿Vístele?
CABELLERA. No.
LUCAS. ¿Adónde entró?
CABELLERA. ¡Qué sé yo!
LUCAS. Esto está peor que estaba,
discurro; ¿no puede ser

que quien fué, con mal intento,
por llamar á mi aposento
llamase al de mi mujer?
¿Y que el que á llamar se atreve,
luego que abriesen la puerta,
dijese, en viéndola abierta,
acójome acá que llueve?
Pues si puede ser, yo intento
con gallardas osadías
entrar á hacer de las mías
y visitar su aposento;
y darle presumo un zás
de buen modo si le encuentro.

Va á la puerta don Lucas por donde entró don Pedro.

CABELLERA. Por Cristo que va allá dentro;
ah, señor, ¿adónde vas?
LUCAS. A visitar mi mujer.
CABELLERA. *(Ap.* ¿Cómo lo podré impedir?)
Mira que nos hemos de ir,
y que quiere amanecer.
LUCAS. ¿Qué importa eso? *Va á la puerta.*
CABELLERA. *(Ap.* Allá se arroja,
así le he de divertir.)
Señor, ¿quiéresme decir
de qué maestro es mi hoja?
Que no hay desde aquí á Sevilla
quien la sepa conocer. *Saca la espada.*
LUCAS. ¿Ahora?
CABELLERA. Ahora la has de ver.
LUCAS. De Francisco Ruiz Portilla.
CABELLERA. *(Ap.* ¡Que ahora no salga el asnazo
de don Pedro!) Es un espejo
la espada; diz que es del viejo.
LUCAS. Del mozo es este recazo:
quédate aquí.

Dale la espada y va á la puerta.

CABELLERA. *(Ap.* No remedia
nada, y su intento no he visto.)
¡Ah! ¿de las que has escrito,
quieres leerme una comedia?
LUCAS. ¿A media noche?
CABELLERA. Es verano.
LUCAS. ¿Pues adónde la oirás?
CABELLERA. En aquel pozo, y serás

poeta samaritano;
la que se ha de hacer cien días,
según dices.

LUCAS. Hela aquí. *Saca una comedia.*
Oye un paso que escribí
entre Herodes y Herodías.

CABELLERA. ¡Será famoso!

LUCAS. Sí á fe;
pero ver primero intento
quién llamaba á mi aposento.

Hace que va al aposento.

CABELLERA. Señor, yo fuí el que llamé.

LUCAS. Si eras tú, yo me concluyo;
¿y á qué llamaste si eras?

CABELLERA. Llamaba á que me leyeras
algún trabajillo tuyo
si no dormías acaso.
(Ap. Don Pedro así me ha de oir.)
Ahora es tiempo de salir.

Dice recio este verso.

LUCAS. ¿Quién ha de salir?

CABELLERA. El paso;
di los versos.

LUCAS. Son valientes.

CABELLERA. Lope es contigo novel.

LUCAS. Sale Herodes y con él
cuatrocientos inocentes.

Asómanse Andrea y don Pedro á la puerta.

PEDRO. Ahora á salir me obligo,
aunque allí está.

ANDREA. ¿Sales?

PEDRO. Sí.

CABELLERA. Vaya, señor.

LUCAS. Dice así:
¿Quién anda en aquel postigo?

Velos don Lucas y cierran la puerta.

PEDRO. El me vió, cierra la puerta;
cierra.

Cierran y tórnanse á entrar.

ANDREA. Nací desdichada.

LUCAS. ¿Conmigo la hacen cerrada?
Pues yo la he de hacer abierta.

CABELLERA. Vive Dios que no salió.

LUCAS. Cabellera.
CABELLERA. (*Ap.* El ha de hallarle.)
¿Quieres entrar á matarle?
Responde.
LUCAS. No, sino no;
llama á la puerta.

Llama Cabellera.

ANDREA. (*Dent.*) ¿Quién llama?
LUCAS. ¿Esta es la criada?
CABELLERA. Sí.
LUCAS. Hola, criada, abre aquí
al marido de tu ama.
ANDREA. Entrad. *Abre.*
LUCAS. Entra tú primero.
Morirá á fe de cristiano.
CABELLERA. Pon la daga en la otra mano
y dame ese candelero,
que yo he de morir contigo.

Dale don Lucas la luz á Cabellera.

LUCAS. Esa luz puedes llevar.
CABELLERA. (*Ap.* Así lo he de remediar.)
¿No me sigues?
LUCAS. Ya te sigo.
CABELLERA. Voy enojado.
LUCAS. Voy ciego.
CABELLERA. (*Ap.*) Adelante, industria mía.
LUCAS. ¡Adulterio el primer día!
Entre bobos anda el juego.

Éntranse.

Salen DON PEDRO y DOÑA ISABEL, turbados

ISABEL. ¿Entró don Lucas?
PEDRO. Entró,
desnudo el airado acero.
ISABEL. Detrás de aquella cortina
te esconde.
PEDRO. Yo me resuelvo,
diré que tu esposo soy.
ISABEL. Echasme á perder con eso;
escóndete, dueño mío.
PEDRO. Advierte...
ISABEL. Escóndete presto,
que llegan.
PEDRO. No me porfíes.

ISABEL. Mira, señor...
PEDRO. Estoy ciego.
ISABEL. Haz esto, señor, por mí.
PEDRO. Isabel, ya te obedezco.

Escóndese detrás de una cortina.

Salen DON LUCAS y CABELLERA con el candelero

LUCAS. Alumbra, mozo.
CABELLERA. Ya alumbro.
LUCAS. ¿Quién está en este aposento?
ISABEL. ¿Qué es esto, señor don Lucas?
¿Cómo vos, tan descompuesto,
alteráis de mi quietud
el recatado silencio?
LUCAS. ¿Qué hacéis, Isabel, vestida
á estas horas?
ISABEL. En el lecho
desvelada, y no desnuda,
estaba esperando el tiempo
de partir, y vos, airado
y ciego, ¿cómo resuelto
os entráis desta manera?
LUCAS. ¿Y qué hombre estaba aquí dentro?
ISABEL. ¿Estáis en vos?
LUCAS. Sí, señora,
y estoy en vuestro aposento,
y le he de ver de pe á pa;
alumbra, hermano, miremos
detrás de aquella cortina.
CABELLERA. Has dicho muy bien, yo llego;

Cae en el suelo Cabellera, fingiendo que tropezó, y mata la luz.

¡Jesús!
LUCAS. ¿Qué ha sido?
CABELLERA. Caer
y matar la luz á un tiempo.
LUCAS. Trae otra.
CABELLERA. Tengo quebrado
un pie; sal, señor.

Sale DON PEDRO detrás de la cortina, con la mano delante

PEDRO. *(Ap.)* Yo pruebo
á salir, puesto que ahora
no hay luces.

LUCAS. Ah, señor nieto,
pues es huésped, traiga luces.
(Ap.) Ponerme á la puerta quiero,
no sea que estando á oscuras
se salga el que está acá dentro.

Vase á la puerta, pónese en ella, y al salir don Pedro tropieza con él y ásele don Lucas.

ISABEL. *(Ap.)* ¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?
LUCAS. ¿Quién anda aquí?
PEDRO. *(Ap.)* ¡Vive el cielo,
que he topado con don Lucas!
LUCAS. Topé un hombre.
CABELLERA. *(Ap.)* Peor es esto,
porque al salir es sin duda
que ha topado con don Pedro;
quiero decir que soy yo,
y llegarme.

Llégase cara á cara con su amo.

LUCAS. Diga luego
quién es.
CABELLERA. Yo, que voy por luces.
LUCAS. Mentís, que es de mejor pelo
á quien yo tengo.
CABELLERA. Señor,
yo soy.
LUCAS. Ahora lo veremos;
¡luces!
MESONERO. *(Dentro.)* ¿Andan los demonios
en el mesón?

Hace fuerza don Pedro para soltarse.

LUCAS. Estaos quedo.

Salen DON LUIS y DOÑA ALFONSA con luces

ALFONSA. Luz hay aquí.
LUIS. Y aquí hay luz.
ISABEL. ¿Qué miro? ¡Válgame el cielo!
LUCAS. *Verbum caro factum est.*
Pues ¿qué hacéis aquí, don Pedro?
PEDRO. Señor, mirar por tu honor,
y mirar por lo que debo.
Mirar que tú eres mi sangre.
LUCAS. Dejad esos miramientos,
y decid, ¿qué hacéis aquí?
LUIS. Ea, responded, don Pedro.

LUCAS. ¿Quién os mete en eso á vos?
¿sois mi sombra, caballero?
LUIS. Soy vuestra luz, pues la traigo.
LUCAS. Pues llevaos la luz, os ruego,
que yo no la he menester.
¿Adónde vais?
LUIS. A Toledo.
LUCAS. Pues yo me vuelvo á Madrid
solamente por no veros.
LUIS. Sois ingrato, vive Dios;
yo me voy. *Vase.*
LUCAS. No soy más desto.
Válgate el diablo el don Luis.
ALFONSA. Don Lucas, decid, ¿qué es esto?
LUCAS. Don Pedro está aquí encerrado.
ALFONSA. ¿Vos le encontrasteis?
LUCAS. Yo mesmo.
ALFONSA. ¿Pues á qué entró?
LUCAS. ¡Qué sé yo!
ALFONSA. ¿Quiere á Isabel?
LUCAS. Lo sospecho,
pues yo le he hallado escondido
ahora.
ALFONSA. ¡Válgame el cielo!

Finge que le da el mal de corazón y cae sobre un taburete.

CABELLERA. Dióle el mal.
LUCAS. Tenla esa mano,
y tírala bien del dedo
del corazón. ¿No hay quien traiga
manteca?
ISABEL. Sí, yo la tengo.
LUCAS. Pues id por ella.
ISABEL. Yo voy.
(Ap.) Llamaré de allí á don Pedro. *Vase.*
CABELLERA. ¡Qué gran mal! ¡Pobre señora!
LUCAS. ¿Veis, primo, lo que habéis hecho?
Tenedla esta mano vos,
porque voy á mi aposento
por la uña de la gran bestia.

Vase, y don Pedro tómala la mano.

CABELLERA. Ponga su uña, que es lo mesmo.
PEDRO. ¿Fuese?
CABELLERA. Sí.
PEDRO. ¿Qué hemos de hacer?
CABELLERA. Luego trataremos deso;

requiebra á la desmayada
(si entra don Lucas) más tierno,
por que crea que la quieres,
que esto importa.

PEDRO. Y eso intento.

CABELLERA. El viene ya.

PEDRO. Doña Alfonsa,
mi luz, mi divino cielo,
no le disfracéis turbado
si he de gozarle sereno.
A vos os quiero, señora.

Sale DOÑA ISABEL

ISABEL. *(Ap.)* ¿Qué es lo que escucho?

PEDRO. Creed esto,
que sólo á vuestra hermosura
se consagran mis deseos.
El alma sois por quien vivo.
Vos sois la luz por quien veo.

ISABEL. Pues traidor, falso, atrevido,
viven mis ardientes celos.
Dioses que hoy en mi coraje
tienen la corona y cetro,
que he de pagarte en venganzas
cuanto cobro en escarmientos.
Don Luis ha de ser mi esposo,
porque aunque yo le aborrezco,
por vengarme de ti solo
vengarme en mí misma apruebo.
Quédate.

PEDRO. Espera, señora.

Deja á la desmayada.

Y advierte que estos requiebros
los pronuncio con el labio
y los finjo con el pecho.
Díjelos porque don Lucas
entendiese que la quiero,
no porque á ti no te adoro;
escúchame.

ISABEL. No te creo,
que no estando aquí no vienen
esas disculpas á tiempo.

CABELLERA. *(Ap.)* Si aqueste desmayo fuera
fingido, estábamos buenos.

PEDRO. Señora, sólo eres tú
el alma por quien aliento,

la muerte por quien yo vivo,
y la vida por quien muero.
Escucha.

ISABEL. No tengo oídos.
PEDRO. Repara bien...
ISABEL. Ya te dejo.
PEDRO. Que sólo te adoro á ti,
que á doña Alfonsa aborrezco.

Levántase doña Alfonsa del desmayo fingido.

ALFONSA. Pues vive el cielo, cruel,
falso, ingrato, lisonjero,
que has de decir de las dos
á cuál adoras, supuesto
que á ella le mientes finezas,
y á mí me finges requiebros.
CABELLERA. *(Ap.)* El desmayo era fingido,
todo el infierno anda suelto.
ALFONSA. ¿Di á quién quieres?
ISABEL. Eso aguardo.
PEDRO. Mirad...
ALFONSA. ¿En qué estás suspenso?
ISABEL. ¿Me quieres?
PEDRO. *(Ap.)* ¿Qué la diré?
ALFONSA. ¿Me aborreces?
PEDRO. *(Ap.)* ¿Qué haré, cielos?
ISABEL. ¿Qué, te elevas?
ALFONSA. ¿Qué, te turbas?
ISABEL. ¿Quién merece tu desprecio?
ALFONSA. ¿Quién es dueño de tu amor?
PEDRO. *(Ap.)* Si digo...
CABELLERA. *(Ap.)* Buena la ha hecho.
PEDRO. *(Ap.)* Quién quiero, á la una agravio,
si la otra favorezco.
ALFONSA. ¿Estas eran las finezas
con que antes, en mi aposento,
dijiste que me adorabas?
PEDRO. ¿Yo en tu aposento? ¿qué es esto?
ISABEL. A Alfonsa quieres, traidor.
ALFONSA. Doña Isabel es tu dueño.
ISABEL. Hoy has de probar mis iras.
ALFONSA. Hoy has de ver tu escarmiento.
PEDRO. Doña Alfonsa...
ALFONSA. No te escucho.
PEDRO. Doña Isabel...
ISABEL. Soy de fuego.
PEDRO. Mirad....

Sale DON LUCAS

LUCAS. Ya está aquí la uña.
CABELLERA. *(Ap.)* La bestia ha llegado á tiempo.
LUCAS. ¿Estás sosegada?
ALFONSA. No.
LUCAS. ¿Pues qué sientes?
ALFONSA. Un desprecio.
LUCAS. ¿Qué es esto, Isabel?
ISABEL. No sé.
LUCAS. Tú, di tu mal.
ALFONSA. Soy de hielo.
LUCAS. Tú, dime tu pena.
ISABEL. Es grande.
LUCAS. ¿No hay remedio?
ISABEL. Es sin remedio.
LUCAS. Don Pedro, dime, ¿qué sientes?
PEDRO. No tiene voz mi tormento.
LUCAS. ¿No lo he de saber?
ALFONSA. Sabráslo.
LUCAS. ¿No me lo dirás?
ISABEL. No puedo.
LUCAS. Isabel, á la litera.
Alfonsa, el coche está puesto;
Pedro, el rucio está ensillado,
en Cabañas nos veremos.
ALFONSA. Quejas, que muero de amor.
ISABEL. Iras, que rabio de celos.
LUCAS. Honra, que andáis titubeando.
PEDRO. Dudas, que andáis discurriendo.
LUCAS. Pero yo lo sabré todo,
que entre bobos anda el juego.





JORNADA TERCERA

Campo despoblado

Salen DON ANTONIO y DON LUCAS

LUCAS. *(Dentro.)* Ten ese macho, mulero,
que es un poquillo mohino.

Salen los dos.

ANTONIO. ¿Dónde fuera del camino
me sacáis?

LUCAS. Hablaros quiero.

ANTONIO. ¿Pues á qué nos apartamos
del camino? ¿Qué queréis?

LUCAS. Suegro, ahora lo veréis.

ANTONIO. Ya estamos solos.

LUCAS. Sí estamos.
¿Viene el coche?

ANTONIO. Se quedó
más de una legua de aquí.

LUCAS. ¿Queréis escucharme?

ANTONIO. Sí.

LUCAS. ¿Habéis de enojaros?

ANTONIO. No.

LUCAS. ¿Oís bien?

ANTONIO. ¿No lo sabéis?

LUCAS. Quiero hablar quedo.

ANTONIO. Hablad quedo.

LUCAS. Últimamente, ¿puedo
hablar á bulto?

ANTONIO. Podéis.
¿Tenéis que hablar mucho?

LUCAS. Mucho.

¿Replicaréis cuando yo
estuviere hablando?

ANTONIO. No.

LUCAS. Pues escuchad.

ANTONIO. Ya os escucho.

LUCAS. Yo soy (señor don Antonio
de Contreras) un hidalgo
bien entendido, así, así,
y bienquisto, tanto cuanto.
Soy ligero, luchador,
tiro una barra de á cuatro,
y aunque pese cuatro y libra,
á más de cuarenta pasos.
Soy diestro como el más diestro,
espléndidamente largo,
por el principio atrevido,
y valiente por el cabo.
De la escopeta en las suertes
salen mis tiros en blanco,
y puedo tirar con todos
cuantos hay del rey abajo.
Canto, bailo y represento,
y si me pongo á caballo,
caigo bien sobre la silla,
y della mejor si caigo.
Si en Zocodover toreo,
me llaman el secretario
de los toros, porque apenas
llegan, cuando los despacho.
Conozco bien de pinturas,
hago comedias á pasto,
y como todos también
llamo á los versos trabajos.
No soy nada caballero
de ciudad, soy cortesano,
y nací bien entendido
aunque nací mayorazgo.
Pues mi talle no es muy lerdo,
soy delgado sin ser flaco,
soy muy ancho de cintura,
y de hombros también soy ancho.
Los pies así me los quiero,
piernas así me las traigo,
con su punta de lo airoso,
y su encaje de estevado.
Yo me alabo, perdonad,
que esto importa para el caso,

y no he de hallar quien me alabe
en un campo despoblado.
En fin, discreto, valiente,
galán, airoso, bizarro.
diestro, músico, poeta,
jinete, toreador, franco;
y sobre todo, teniendo
de renta seis mil ducados,
que no es muy mala pimienta
para estos veinte guisados;
salgo á que Isabel merezca
estas gracias en sus brazos,
que nunca pensé por Dios
venderme yo tan barato;
y hallo que con vuestra hija
me diste por liebre gato.

ANTONIO. Advertid que sois un necio.

LUCAS. ¿No me oiréis?

ANTONIO. No he de escucharos,
mataros era más justo.

LUCAS. Señor mío, no lo hagamos
pendencia; escuchad ahora,
y vamos al cuento.

ANTONIO. Vamos.

LUCAS. Lo primero, envié á decir
que saliese con cuidado
de Madrid, y se pusiese
una máscara al recato.
Y ella se puso por una
media mascarilla, tanto,
que se le vió media cara
desde la nariz abajo.
Lo segundo, os supliqué
que no vinierais, enviando
de que á Isabel admitía
un recibo ante escribano.
Y os vinisteis, no sabiendo
que yo he de vestirme llano,
pues la tela de mujer
no ha menester suegro al canto.
Lo tercero, luego al punto
que me vió, se fué de labios,
y me dijo mil requiebros
por mil rodeos extraños.
Y una mujer, cuando es propia,
ha de andar camino llano,
que no ha de ser hablador

el amor que ha de ser casto.
Mas, arguyó con mi primo,
daca el trato, toma el trato,
con que se le echa de ver
que es tratante á treinta pasos.
Luego le dijo y le daba,
sin haberla nunca hablado,
los requiebros en mi nombre,
y en causa propia la mano.
Mas un don Luis se ha venido
amante zorrero al lado
por vuestra señora hija,
muy modesto, aünque muy falso.
Y en Illescas, esta noche
hallé á mi primo encerrado
en la sala de Isabel,
y hoy, que á examinarle aguardo,
pregunto: ¿qué fué la causa
de haber anoche violado
el que ella llamaba templo
y vos nombraréis sagrado?
Y díjome que allí oculto
estuvo, por ver si acaso
don Luis hablarla intentara,
para que su acero airado
feriara á venganzas nobles
aquellos celos villanos.

ANTONIO. ¿Y habló con don Luis?

LUCAS. No habló;
pero es caso temerario
que haya de andar un marido
si la hablado ó no la hablado.
¿Por una mujer, y propia,
he de andar yo vacilando,
pudiendo por mi persona
tener mujeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí;
mujer que se haya criado
en Toledo es lo que quiero,
y aunque naciese en mi barrio.
Mujer criada en Madrid,
para mí, propia, descarto,
que son de revés las unas,
y las otras son de Tajo.
Y en efecto, don Antonio,
sólo vengo á suplicaros
que os volváis á vuestra hija

á vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella
aunque me hicieran pedazos.
Solos estamos los dos,
nadie nos oye en el campo.
Volveos á casa á Isabel
á Madrid, sin enojaros,
que esto es entre padres é hijos,
que es algo más que entre hermanos.
Y en llegando las sospechas
á andar tan cerca del casco,
en siendo los suegros turbios
han de ser los yernos claros.

ANTONIO. Por cierto, señor don Lucas,
que un poco antes de escucharos
os tuve por majadero;
pero no os tuve por tanto.
¿Sabéis con quién habláis?

LUCAS. Sí;
dadme mi carta de pago,
y llevaos á vuestra hija.

ANTONIO. Con ella habéis de casaros
ó os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra cuantos
digan que á casar se vino?

LUCAS. ¿Y qué dirán los criados
que han sabido que don Luis
la anda siguiendo los pasos?

ANTONIO. Don Luis camina á Toledo.

LUCAS. Pues cómo van tan de espacio,
yendo Isabel en litera
y él en mula?

ANTONIO. ¿No está claro
que es por llevar compañía,
y no ir solo?

LUCAS. Ese es el caso,
que por no ir solo á Toledo
quiere ir acompañado.

ANTONIO. ¿No decís que vuestro primo
se encerró anoche en el cuarto
de mi hija?

LUCAS. Así lo digo,
y él así me lo ha contado,
para ver mejor si hablaba
con él.

ANTONIO. Pues desengañaos,
y logre esta diligencia

quietudes á vuestro engaño.
Si no es cómplice en su amor,
¿por qué queréis, indignado,
pagarla en viles castigos
cuanto debéis en halagos?
Don Luis está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado,
y yo quedo con la queja
y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente,
que, vive Dios, que me espanto,
que no tengáis entre esotras
la falta de ser confiado.

LUCAS. ¿Cómo no? Sí tengo tal,
que no soy tan mentecato
que no sepa que merezco
más que él esto y otro tanto;
pero díceme mi primo,
que es un poco más cursado,
que las mujeres escogen
lo peor.

ANTONIO. Pues consolaos,
que no tenéis mal partido
si es verdadero el adagio.

LUCAS. Ahora, señor don Antonio,
vuelvo á decir que estoy llano
á casar con vuestra hija,
ya yo estoy desengañado;
pero si acaso don Luis,
amante dos veces zaino,
vuelve á hacerse encontradizo
con nosotros, no me caso.

ANTONIO. Pues yo admito este partido.

LUCAS. Yo vuestro precepto abrazo.

ANTONIO. Pues esperemos el coche
en este camino.

LUCAS. Vamos.
Así, don Antonio, aviso,
que si hubiere algún engaño
en el amor de don Luis,
que si él entra por un lado
á medias, como sucede
con otros más estirados,
me habéis de volver al punto
cuanto yo hubiera gastado
en mulas, coche, litera,
gastos de camino y carros,

que no es justicia ni es bien,
cuando yo me quedo en blanco,
que seamos él y yo,
él del gusto y yo del gasto.

ANTONIO. Dios os haga más discreto.

LUCAS. No haga más, que ya ha hecho harto.

Vanse.

Dentro ruido de cascabeles y campanillas, y representan todo lo que se sigue dentro.

CAMIN. 1.° *(Dent.)* Arre, rucia de un puto; arre, beata.

CAMIN. 2.° *(Dent.)* Dale, dale, Perico, á la reata.

CAMIN. 1.° *(Dent.)* Oiga la parda, cómo se atropella.

CAMIN. 2.° *(Dent.)* Arre, mula de aquel, hijo de aquella.

CABELLERA. *(Dent.)* Va una carrera, cocherillo ingrato.

CAMIN. 1.° *(Dent.)* ¿Qué hace que no se apea y corre un [rato?

CABELLERA. *(Dent.)* ¿Adónde va el patán en el matado?

CAMIN. 1.° *(Dent.)* A buscar voy á tu mujer, menguado.

CABELLERA. *(Dent.)* Dígame, ¿si va á vella,
cómo va tan espacio?

CAMIN. 1.° *(Dent.)* Tal es ella.

ANTONIO. *(Dent.)* ¿Y él no deja á sus hijos con el cura?

OTRO CAMIN. *(Dent.)* Para, que aquí hay montón.

CABELLERA. *(Dent.)* ¿Pues qué hay?

TODOS. *(Dent.)* Basura.

MÚSICA. *(Dentro.)*

Mozuelas de la corte, todo es caminar,
unas van á Huete y otras á Alcalá.

CABELLERA. *(Dent.)* Para, cochero, el coche se ha volcado.

CAMIN. 1.° *(Dent.)* El cibicón del coche se ha quebrado.

CAMIN. 2.° *(Dent.)* Pues ¿qué importa?

ANDREA. *(Dent.)* ¡Qué lindo desahogo!

ALFONSA. *(Dent.)* ¡Sáqueme á mí primero, que me [ahogo!

CABELLERA. *(Dent.)* Paren esa litera.

COCHERO. *(Dent.)* Para, para.

ANDREA. *(Dent.)* Quebróse la redoma de la cara.

Salen DOÑA ISABEL y ANDREA

ISABEL. Volcóse el coche.

ANDREA. En hora mala sea.

ISABEL. Don Pedro saca á doña Alfonsa, Andrea:
¿qué espero? ya su amor se ha declarado.

ANDREA. ¿Si la dará otro mal como el pasado?

ISABEL. ¿Cómo mis iras se hallan más templadas?

ANDREA. Previniéndola están dos almohadas,
en tanto que aderezan una rueda.
ISABEL. ¿Queda más que saber?
ANDREA. Aún más te queda.
ISABEL. Ya doña Alfonsa en ella se ha sentado.
ANDREA. Don Pedro en la litera te ha buscado,
y, como no te halla, yo recelo
que te viene á buscar.
ISABEL. Pues, vive el cielo,
que yo no le he de hablar.

Salen DON PEDRO y CABELLERA

PEDRO. Oye, detente.
No quieras...
ISABEL. Déjame.
PEDRO. Tan impaciente
malograr mi verdad.
ISABEL. No hay quien la crea.
PEDRO. Ruégala que me escuche, amiga Andrea.
Abona tú mi fe.
ISABEL. Nada te abona.
CABELLERA. ¡Enternécete, dura Faraona!
PEDRO. Iras y pasos detén.
ISABEL. Cruel, diestro engañador,
que amagas con el amor
para herir con el desdén:
¿quién es tan ingrato, quién?
¿Quién fué tan desconocido,
que para haber conseguido
una tan fácil victoria
resucite una memoria
con la muerte de un olvido?
Y pues tus engaños veo,
delincuente el más atroz,
¿para qué hiciste á tu voz
cómplice de tu deseo,
si sabes que no te creo,
si conoces mi razón?
¿Por qué quiso tu pasión
(viendo que es mayor agravio)
hacer delincuente al labio
de lo que erró el corazón?
Y ya que tan falso eras,
y ya que no me querías,
di, ¿para qué me fingías?
¿Pídote yo que me quieras?

Tu amor hicieras, y fueras
poco fino; sólo un daño
sintiera mi desengaño;
mas tal mis ansias me ven,
que mucho más que el desdén
vengo á sentir el engaño.
No me hables, y mis enojos
menos airados verás,
que se irritan mucho más
mis oídos que mis ojos;
quiero vencer los despojos
de mi amor, si te oigo á veces,
y tanto al verte mereces,
que aunque has fingido primero,
sólo miro que te quiero
y no oigo que me aborreces.
Mas vete, que he de argüir,
cuando me quiera templar,
que á mí no me pueda amar
quien á otra sabe fingir;
ya yo te he llegado á oir,
que á tu prima has de querer,
y aquel que llegare á ser
en mi amor el preferido
aún no ha de decir fingido
que procura otra mujer.
Á Alfonsa dices que quieres,
á mí dices que me adoras,
por una, fingiendo, lloras,
y por otra, amando, mueres.
Pues ¿cómo, si no prefieres
tu voluntad declarada,
creerá mi pasión errada,
cuando es la tuya fingida,
que yo soy la preferida
y es Alfonsa la olvidada?
Pues témplese este accidente,
que no es justicia que acuda
á una tan difícil duda
un amor tan evidente;
porque es muy fácil que intente,
menos airado y más sabio,
siendo tan grande el agravio
á vista de mis enojos,
dar lágrimas á mis ojos
que evidencias á tu labio.
Quiere, adora á Alfonsa bella,

y sea yo la olvidada,
porque ya estoy bien hallada
con tu olvido y con mi estrella,
yo soy la infelice, y ella
quien te merece mejor,
y pues tuve yo el error
de haberte querido, es bien
que pague con el desdén
lo que erré con el amor.
Y vete ahora de aquí,
porque no es justicia, no,
que tenga la culpa yo
y te dé la queja á ti.

PEDRO. Hermosa luz por quien vi,
alma por quien animé,
deidad á quien adoré,
no hagas con ciega venganza
que pague tu desconfianza
lo que no ha errado mi fe.
Deja esa pasión que dura
en tus sentidos inquieta,
y no seas tan discreta
que no creas tu hermosura;
tú misma á ti te asegura,
imagínate deidad,
y creerás mi verdad,
usa bien de tus recelos,
y cría para estos celos
por hijo á la vanidad.
A doña Alfonsa prefieres,
bien como al lirio la rosa,
¿mas qué importa ser hermosa
si no presumes lo que eres?
Sé como esotras mujeres,
ten contigo más pasión,
haz de ti satisfacción,
sé divina más humana,
que á ti para ser más vana
te sobra más perfección.

ISABEL. Esa prudente advertencia
con que tu pasión me ayuda
es buena para la duda,
mas no para la evidencia:
ella dijo en mi presencia
que tú en su cuarto has estado
anoche, que la has hablado;
pues ¿cómo, si esto es verdad,

con toda mi vanidad
sosegaré á mi cuidado?
Y cuando eso fuera, di,
di, cuando con ella estabas,
¿no te oí decir que amabas
á doña Alfonsa?

PEDRO. Es así.

ISABEL. ¿Tú no lo confiesas?

PEDRO. Sí;
mas fingido mi amor fué.

ISABEL. Y cuando te pregunté
á cuál de las dos querías,
¿por qué no me respondías?

PEDRO. Oye, porque...

ISABEL. Di, por qué.

PEDRO. Porque es grosería errada,
nunca al labio permitida,
despreciar la aborrecida
en presencia de la amada;
bástela verse olvidada
sin que oyese aquel desdén,
bástela quererte bien
sin que al ver desprecio tal
la venga á pagar tan mal
porque me quiso tan bien.

ISABEL. Pues galán no quiero ahora
que por no dejar corrida
á aquella de quien se olvida
no hace un gusto á la que adora;
vete.

PEDRO. Escúchame, señora,
que agradezca, no te espante,
ver que me ame tan constante;
pero á ti te he preferido.

ISABEL. Pues si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

PEDRO. Oye, señora, y verás.

ISABEL. No he de oirte.

PEDRO. Aguarda, espera.

CABELLERA. Don Luis abrió la litera,
y mira si en ella estás.

PEDRO. ¿Y ahora también dirás
que no te tiene afición?

ISABEL. Daré la satisfacción.

PEDRO. Tampoco te he de creer.

ISABEL. ¿Quieres echarme á perder
con los celos mi razón?

Pues no ha de valerte, no,
despreciarle quiero aquí.

PEDRO. ¿Yo he de escucharle?

ISABEL. Sí.
Don Luis.

LUIS. (*Dentro.*) ¿Quién me llama?

ISABEL. Yo.

ANDREA. El viene acá, ya te oyó.

ISABEL. Escóndete entre esos ramos.

CABELLERA. La satisfacción oigamos.

ISABEL. Yo he de quedar con recelos,
y tú has de quedar sin celos.

CABELLERA. Ven, señor, que llega.

PEDRO. Vamos.

Escóndense.

Sale DON LUIS

LUIS. Al cariño de tu voz
no vengo, divina ingrata,
como otras veces solía,
á consagrar vida y alma:
á ser escarmiento vengo
de mi amor, á ser venganza
de tu desdén, á ser duda
de mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
cruel, al paso que blanda,
que me matas con los celos
y con el desdén me halagas;
yo soy el que mereció
sacrificarse á tus llamas,
si no ciega mariposa,
atrevida salamandra.
Yo soy aquel que te quiso
y aquel soy á quien agravias,
el que, como el girasol,
aspiró tus luces tardas,
el que anoche en tu aposento
logró, nunca los lograra,
de tu labio más favores
que tú quejas de mis ansias.
Y cuando á tan fino amor,
á tan fingidas palabras,
encubridora la noche
secretamente mediaba,
cuando un sí llegó á mi oído,

llegó un premio á mi esperanza,
recójome á mi aposento,
y cuando pensé que estaba
don Lucas dentro del suyo,
que á veces la voz engaña,
oigo en otro cuarto voces,
tomo luz, busco la causa,
y hallo (¡ay Dios!) que con don Pedro
tu fe y mi lealtad agravias;
¿para esto me diste un sí?
¿para esto, dime, premiabas
un amor que le he sufrido
al riesgo de una esperanza?
No quiero ya tus favores,
logre don Pedro en tus aras
las ofrendas por deseos,
que amante y fino consagra;
bastan tres años de enigmas,
tres años de dudas bastan,
desengáñenme los ojos
con ser ellos quien me engañan;
ya el sí que me diste anoche
no le estimaré.

ISABEL. Repara
que yo no te he hablado anoche;
¿dónde ó cómo?

LUIS. Ya no falta
sino que también me niegues
que me diste la palabra
de ser mi esposa; si piensas
que la he de admitir, te engañas.

ISABEL. ¿Yo te hablé anoche?

LUIS. ¿Eso niegas?

ISABEL. Mira...

LUIS. ¿Mis celos, qué aguardan?
Sólo vengo á despedirme
de mi amor; quédate, falsa;
tus voces ya no las creo,
tu amor ya me desengaña:
á Madrid vuelvo corrido,
vuélvase el alma á la patria;
del desengaño hallé el puerto:
¿quién navegó en la borrasca?
Razón tengo, ya lo sabes,
celos tengo, tú los causas,
y si dudosos obligan,
averiguados agravian.

ISABEL. Espera...
LUIS. Voyme.
PEDRO. *(Dentro.)* ¡Ah, cruel!
ISABEL. Mira...
LUIS. Déjame, traidora. *Vase.*

Salen DON PEDRO y CABELLERA

PEDRO. Pídeme celos ahora
de doña Alfonsa, Isabel;
habla, ¿qué te has suspendido?
No finjas leves enojos;
di que no han visto mis ojos,
di que está incapaz mi oído.
Resuelto á escucharte estoy;
¿qué puedes ya responder?
¿Con qué has de satisfacer
mis celos?
ISABEL. Con ser quien soy.
PEDRO. Pues ¿cómo puedes negar
que estuviste (¡gran tormento!)
con don Luis en tu aposento?
Respóndeme.
ISABEL. Con callar.
PEDRO. Isabel ingrata, di,
(fuego en todas las mujeres)
¿cómo niegas que le quieres?
ISABEL. Con decir que te amo á ti.
PEDRO. ¿No entró?
ISABEL. A callar me sentencio,
un bronce obstinado labras.
PEDRO. ¿No crees tú mis palabras,
y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intenta
mar que embozó la tormenta
con la quietud de la calma:
ingrata la más divina,
divina más rigorosa,
purpúrea á la vista rosa,
y al tacto cruel espina.
Ya no podrá tu rigor
peregrinar esta senda,
ya me he quitado la venda,
y con vista no hay amor.
A dejarte me sentencia
una verdad tan desnuda,

que al caminar por la duda
encontró con la evidencia.
Ya no he de ser el que soy,
ya no quiere arrepentido
sufrir á tu voz mi oído;
ya te dejo, ya me voy.

ISABEL. Pues falso, aleve, infiel.
Ingrato, como enemigo,
si estuve anoche contigo,
¿cómo pude estar con él?
¿Cuándo había de hablarle (espero
saber) cuando yo quisiera?
Respóndeme.

PEDRO. ¿No pudiera
haberte hablado primero?

ISABEL. No pudiera, y ese es
el indicio más impropio:
¿no sabes tú, que tú propio
le viste salir después
de su aposento?

PEDRO. Es así.

ISABEL. ¿Luego el castigo mereces?

PEDRO. ¿No pudo salir dos veces?

ISABEL. Sí pudo salir; mas di,
cuando estabas escondido,
¿que yo te amaba no oiste?

PEDRO. Sí; pero también pudiste
haberme ya conocido.

ISABEL. Ya que en esos celos das,
dime, don Pedro, por Dios,
¿puedo yo querer á dos?

PEDRO. A don Luis quieres no más.

ISABEL. Y si eso pudiere ser,
que no lo he de consentir,
¿por qué había de fingir
contigo?

PEDRO. Por ser mujer.

ISABEL. Tú eres la luz de mi vida,
sólo á ti te adoro yo.

PEDRO. ¿No lo haces de amante?

ISABEL. No.

PEDRO. ¿Pues de qué?

ISABEL. De agradecida.
Deja esa duda, señor.
no te cueste un sentimiento,
que no hay agradecimiento
adonde no hay fino amor.

PEDRO. Las finezas son agravios.
ISABEL. Mi bien, templa esos enojos,
y satisfagan mis ojos
lo que no aciertan mis labios.
PEDRO. No he de creerte, cruel.
ISABEL. Advierte...
PEDRO. No estoy en mí.

Salen DON LUCAS y DOÑA ALFONSA, cada uno por un lado

ALFONSA. Don Pedro, ¿qué hacéis aquí?
LUCAS. ¿Qué es esto, doña Isabel?
CABELLERA. *(Ap.)* Cayeron en ratonera.
LUCAS. ¿Qué era el caso?
ISABEL. Señor, fué...
PEDRO. Fué, señor... *(Ap.)* ¿Qué le diré?
ISABEL. Era estar quejosa...
PEDRO. Era,
reñirme ahora también
porque entré con el intento
que te dije en su aposento
esta noche.
LUCAS. Hizo muy bien.
ISABEL. *(Ap.* Esforcemos la salida.)
¿Y á vuestro amor corresponde,
que entre otro que vos adonde
yo estuviere recogida?
CABELLERA. *(Ap.)* Ya deste rayo escapamos.
ISABEL. ¿Vos dudáis, siendo quien soy?
Nadie entra donde yo estoy.
LUCAS. Porque no entre nadie andamos.
ALFONSA. ¿Que así este engaño creyó?
Don Lucas advierte ahora,
que no entró.
LUCAS. Callad, señora.
Yo sé si entró ó si no entró.
ALFONSA. Que creáis me maravillo
este enojo que fingió;
él la quiere.
LUCAS. Ya sé yo
que la quiere don Luisillo;
mas yo lo sabré atajar.
ALFONSA. No es sino...
LUCAS. Callad, señora,
que os habéis hecho habladora.
ALFONSA. Mirad...
LUCAS. No quiero mirar.

ALFONSA. Advierte, señor, que es él.
LUCAS. Calla, hermana, no me enfades,
háganse estas amistades:
dadle un abrazo. Isabel.
ISABEL. No me lo habéis de mandar,
que ha dudado en mi opinión.
LUCAS. Digo que tenéis razón,
pero le habéis de abrazar.
ISABEL. Por vos hago este reparo.
LUCAS. Sois muy honesta, Isabel.
ISABEL. ¿Querrá él?
LUCAS. Sí querrá él,
¿no está claro?
PEDRO. No está claro.
LUCAS. ¿Cómo no? viven los cielos...
PEDRO. Si aún no tengo satisfecha
una evidente sospecha...
LUCAS. ¿Qué sospecha?
PEDRO. *(Ap.)* De unos celos.
ALFONSA. ¿No lo has entendido?
LUCAS. No;
¿pues hay otra causa?
ISABEL. Sí,
que está doña Alfonsa aquí.
LUCAS. ¿Y estoy en las Indias yo?
Habéis de darla un abrazo
por mí; acabemos por Dios.
ISABEL. Voy á dársele por vos.
CABELLERA. *(Ap.)* Que te clavas, bestionazo.
ALFONSA. Siendo ciertos mis recelos,
¿cómo mis iras reprimo?
PEDRO. Agradecedlo á mi primo.

Abrázanse.

ISABEL. *(Ap.)* Agradécelo á mis celos.
LUCAS. Esto me parece bien.
ALFONSA. Mira, hermano...
LUCAS. Ya es enfado;
¿está el coche aderezado?
ANDREA. Sí, señor.
LUCAS. Isabel, ven.
ALFONSA. *(Ap.)* Diréle que me engañó
luego que salga de aquí.
LUCAS. ¿Eres su amiga?
ISABEL. Yo, sí.
LUCAS. ¿Y tú eres su amigo?
PEDRO. Aún no.

ANDREA. Hazlos amigos, ¿qué esperas?
LUCAS. Vuelvan acá, ¿dónde van?
CABELLERA. Déjalos, que ellos se harán
más amigos que tú quieras.

Vanse.

Un mesón en Cabañas

Salen DON LUIS y CARRANZA

CARRANZA. Este es Cabañas, señor.
LUIS. ¡Desaliñado lugar!
CARRANZA. La primera pulga, se dice,
que fué de aquí natural;
aquí han de parar el coche
y la litera.
LUIS. Es verdad,
y aquí he de hablar á don Lucas.
CARRANZA. Yo pienso que llegan ya.
Pero ¿qué intentas decirle
si le hablas?
LUIS. Tú lo sabrás.
CARRANZA. ¿Tienes celos de Isabel?
LUIS. He llegado á imaginar
que si anoche, como viste,
habló conmigo, será
poner manchas en el sol,
buscarla en su honestidad;
demás que aquel aposento
en que la hallamos está
poco distante del otro,
y se pudo acaso entrar
en él, oyendo la voz
de don Lucas.
CARRANZA. Es verdad,
que él la sintió cuando tú
la hablabas.
LUIS. Tente, que ya
llegan todos á la puente.
CARRANZA. ¿Qué intentas?
LUIS. Tú has de llamar
á don Lucas, y decirle
que un caballero que está
por huésped deste aposento
dice que le quiere hablar.

CARRANZA. Voy á hacer lo que me ordenas.
LUIS. Con silencio.
CARRANZA. Así será. *Vase.*
LUIS. Sepa don Lucas de mí
mi amor, sepa la verdad
de mi dolor, que no es bien,
donde tantas dudas hay,
ocultar el accidente
pudiendo sanar el mal.

Sale DON LUCAS

LUCAS. ¿Está un caballero aquí
que me quiere hablar?
LUIS. Sí, señor don Lucas.
LUCAS. ¿Todavía camináis?
¿Vais en mula ó en camello?
Porque desde ayer acá,
cuando os presumo delante,
os vengo á encontrar atrás.
¿Qué me queréis, caballero,
que un punto no me dejáis?
LUIS. Quiero hablaros.
LUCAS. Yo no quiero
que me habléis.
LUIS. Esperad,
que os importa á vos.
LUCAS. ¿A mí
me importa? Pues perdonad,
que con importarme á mí
tanto, no os quiero escuchar.
LUIS. ¿Y si toca á vuestro honor?
LUCAS. A mi honor no toca tal,
que yo sé más de mi honra,
que vos ni que cuantos hay.
LUIS. ¿Dos palabras no me oiréis?
LUCAS. ¿Dos palabras?
LUIS. Dos no más.
LUCAS. Como no me digáis tres,
lo admito.
LUIS. Pues dos serán.
LUCAS. Decidlas.
LUIS. Doña Isabel
me quiere á mí solo.
LUCAS. Zas;
más habéis dicho de mil
en dos palabras no más;

pero ya que se ha soltado
tan grande punto al hablar,
deshaced toda la media
y hablad más; ¿pero que más?

LUIS. Señor, yo miré á Isabel...

LUCAS. Bien pudierais excusar
haberla mirado.

LUIS. El sol,
cuando con luz celestial
sale al Oriente divino,
dorando la tierra y mar,
alumbra la más distante
flor, que en capillo fugaz
de la violencia del cierzo
guarda las hojas de azar.

LUCAS. No os andéis conmigo en flores;
señor don Luis, acabad...

LUIS. Digo que adoré sus rayos
con amor tan pertinaz...

LUCAS. ¿Pertinaz don Luis? ¿Queréis
que me vaya ahora á echar
en el pozo de Cabañas,
que en esta plazuela está?

LUIS. Quísome Isabel, que yo
lo conocí en un mirar
tan al descuido, que era
cuidado de mi verdad,
que quien los ojos no entiende...

LUCAS. Oculista ó Barrabás,
que de Isabel en los ojos
hallaste la enfermedad,
decidme, ¿cómo os premió?
que aquesto es lo principal,
y no me habléis tan pulido.

LUIS. Premióme con no me hablar;
pero en Illescas, anoche,
con ardiente actividad,
la solicité en su lecho,
salió á hablarme hasta el zaguán,
y en él me explicó el enigma
de toda su voluntad.
Dice que ha de ser mi esposa,
y que violentada va
á daros la mano á vos;
pues si esto fuese verdad,
¿por qué dos almas queréis
de un mismo cuerpo apartar?

Yo os tengo por entendido,
y os quiero pedir...

LUCAS. Callad,
que para esta y para estotra
que me la habéis de pagar.

ALFONSA. *(Dent.)* ¿Está mi hermano aquí dentro?

LUCAS. A esta alcoba os retirad,
que quiero hablar á mi hermana.

LUIS. Decidme, ¿en qué estado está
mi libertad y mi vida?

LUCAS. Idos, que harto tiempo hay
para hablar de vuestra vida
y de vuestra libertad.

Escóndese don Luis.

Sale DOÑA ALFONSA

ALFONSA. ¡Hermano!

LUCAS. ¿Qué hay, doña Alfonsa?

ALFONSA. Yo vengo á hablaros.

LUCAS. ¡Hay, tal,
que dellòs hablarme quieren!
Mas si yo me dejo hablar,
hacen muy bien en hablarme,
y hago en oirlos muy mal.

ALFONSA. ¿Estamos solos?

LUCAS. Sí, hermana.

ALFONSA. Di, señor, ¿te enojarás
de mis voces?

LUCAS. ¡Qué se yo!

ALFONSA. ¿Sabes, señor...?

LUCAS. No sé tal.

ALFONSA. Que soy mujer...

LUCAS. No lo sé.

ALFONSA. Yo, señor...

LUCAS. Acaba ya:
este don Luis y esta hermana
pienso que me han de acabar.

ALFONSA. Tengo amor...

LUCAS. Ten norabuena.

ALFONSA. A don Pedro.

LUCAS. Bien está.

ALFONSA. Pero él no no me quiere á mí,
porque, amante desleal,
á doña Isabel procura
contra mi fe y tu amistad.

LUCAS. Digo que no he de creerlo.

ALFONSA. Ya sabes que me da un mal
de corazón.
LUCAS. Sí, señora.
ALFONSA. ¿Y también te acordarás
que en Illescas me dió anoche
un mal destos?
LUCAS. ¿Pues qué hay?
ALFONSA. Sabrás que el mal fué fingido.
LUCAS. ¿Y ahora quién te creerá
si te da el mal verdadero?
ALFONSA. Importó disimular,
porque don Pedro, traidor,
juzgando que era verdad,
dijo á Isabel mil ternezas;
yo, entonces, quise estorbar
su amor con mi indignación;
y tan adelante está
su amor, que aun en tu presencia
la requebró.
LUCAS. Bueno está.
ALFONSA. Anoche estuvo con ella
en su aposento; y pues ya
llegan mis celos á ser
declarados, tu podrás
tomar venganza en los dos;
solicita, pues, vengar
esta traición que te ha hecho
contra la fidelidad
don Pedro.
LUCAS. ¡Buena la hice!
Mas ¿quién puede examinar
si quiere á don Luis ó á Pedro?
Pero á entrambos los querrá,
porque la tal Isabel
tiene gran facilidad.
Mas de lo que estoy corrido
más que de todo mi mal
es que, riñendo por celos,
los hiciese yo abrazar;
pero á cuál de los dos quiere
ahora he de averiguar;
y si es don Pedro su amante,
por vida deste y no más,
que he de tomar tal venganza,
que he de hacer castigo tal,
que dure toda la vida
aunque vivan más que Adán,

que darles muerte á los dos
es venganza venial.

ALFONSA. Pues ¿qué intentas?

LUCAS. ¿Don Antonio?

ALFONSA. Sentado está en el zaguán.

LUCAS. ¿Don Pedro?

ALFONSA. Ya entra don Pedro.

LUCAS. ¿Doña Isabel?

ALFONSA. Allí está.

Salen DON ANTONIO, DOÑA ISABEL, DON PEDRO, ANDREA y CABELLERA

ANTONIO. ¿Qué me mandas?

ISABEL. ¿Qué me quieres?

PEDRO. ¿Qué me ordenas?

LUCAS. Esperad:
Cabellera, entra acá dentro.

CABELLERA. Como ordenas entro ya.

LUCAS. Cerrad la puerta.

CABELLERA. Ya cierro.

LUCAS. Dadme la llave.

CABELLERA. Tomad.

LUCAS. Don Luis, salid.

Sale DON LUIS

LUIS. Ya yo salgo.

ISABEL. Di, ¿qué intentas?

ANTONIO. ¿Qué será?

PEDRO. ¿A qué me llamas?

LUIS. ¿Qué es esto?

ALFONSA. ¿Qué pretendes?

LUCAS. Escuchad:
el señor don Luis, que veis.
me ha contado que es galán
de doña Isabel; y dice
que con ella ha de casar,
porque ella le dió palabra
en Illescas, y...

CABELLERA. No hay tal,
que yo en Illescas anoche
le vi á una puerta llamar,
y con doña Alfonsa habló
por Isabel. ¿No es verdad
que tú la sentiste anoche?
¿Tú no saliste á buscar
un hombre, con luz y espada?
Pues él fué.

LUIS. ¿Quién negará
que tú saliste, y que yo
me escondí? Pero juzgad
que yo hablé con Isabel,
no con Alfonsa.

ALFONSA. Aguardad,
yo fuí la que allí os hablé;
pero yo os llegaba á hablar
pensando que era don Pedro.

PEDRO. *(Ap.)* Amor, albricias me dad.

ISABEL. ¿Lo entendiste?

PEDRO. Sí, Isabel.

LUCAS. Esto está como ha de estar,
ya está este galán á un lado,
con esto me dejará:
pues vamos al caso ahora,
porque hay más que averiguar:
doña Alfonsa me ha contado,
que, traidor y desleal,
queréis á Isabel.

PEDRO. Señor...

LUCAS. Decidme en esto lo que hay:
vos me dijisteis anoche
que entrasteis sólo á cuidar
por mi honor en su aposento;
conque colegido está
que de la parte de afuera
le pudiérades mirar;
mas os ha escuchado Alfonsa
ternísimo requebrar
y satisfacerla amante.

ANTONIO. Don Lucas, no lo creáis.

LUCAS. Yo creeré lo que quisiere,
dejadme ahora y callad;
mas os hablasteis muy tiernos
en Torrejoncillo; mas,
cuando el coche se quebró
(esto no podéis negar),
tuvisteis un quebradero
de cabeza.

CABELLERA. ¡Hay tal pesar!

LUCAS. Mas, al llegar á Cabañas
(esto fué sin más ni más),
la sacasteis en los brazos
de la litera al zaguán.
Mas, desde ayer á estas horas
os miráis de par á par,

cantando en coro los dos
el tono del ay, ay, ay;
mas, aquí os hicisteis señas,
mas. no lo pueden negar;
pues muchos mases son estos,
digan luego el otro mas.

ISABEL. Padre y señor...

ANTONIO. ¿Qué respondes?

ISABEL. Don Pedro...

ANTONIO. Remisa estás.

ISABEL. Es el que me dió la vida
en el río.

PEDRO. Y el que ya
no puede ahora negarte
una antigua voluntad;
antes que tú la quisieras
la adoré. no es desleal
quien no puede reprimir
un amor tan eficaz.

LUCAS. Calla, primillo, que vive...
pero no quiero jurar,
que he de vengarme de ti.

PEDRO. Estrena el cuchillo ya
en mi garganta.

LUCAS. Eso no,
yo no os tengo de matar:
eso es lo que vos queréis.

PEDRO. ¿Pues qué intentas?

ANDREA. *(Ap.)* ¿Qué querrá?
Entre bobos anda el juego.

ANTONIO. ¿Qué haces?

LUCAS. Ahora lo verás:
Vos sois, don Pedro. muy pobre,
y á no ser porque en mí halláis
el arrimo de pariente,
perecierais.

PEDRO. Es verdad.

LUCAS. Doña Isabel es muy pobre,
por ser hermosa no más
yo me casaba con ella;
pero no tiene un real
de dote.

ANTONIO. Por eso es
virtuosa y principal.

LUCAS. Pues dadla la mano al punto,
que en esto me he de vengar;
ella muy pobre, vos pobre,

no tendréis hora de paz.
El amor se acaba luego,
nunca la necesidad;
hoy con el pan de la boda
no buscaréis otro pan.
De mí os vengáis esta noche;
y mañana á más tardar,
cuando almuercen un requiebro,
y en la mesa, en vez de pan,
pongan una fe al comer
y una constancia al cenar,
y en vez de galas se pongan
un buen amor de Milán,
una tela de «mi vida»,
aforrada en «me querrás»,
echarán de ver los dos
cuál se ha vengado de cuál.

PEDRO. Señor...

LUCAS. Ello has de casarte.

CABELLERA. Cruel castigo le das.

LUCAS. Entre bobos anda el juego:
presto me lo pagarán,
y sabrán presto lo que es
sin olla una voluntad.

PEDRO. (*Ap.* Hacerme de rogar quiero.)
Señor...

CABELLERA. La mano la da,
no se arrepienta.

PEDRO. Esta es
mi mano. *Danse las manos.*

ISABEL. El alma será
quien sólo ajuste este lazo.

LUCAS. Don Luis, si os queréis casar,
mi hermana está aquí de nones,
y haréis los dos lindo par.

LUIS. En Toledo nos veremos.

LUCAS. Iréme dél si allá vais.

CABELLERA. Y don Francisco de Rojas
á tan gran comunidad
pide el perdón, con que siempre
le favorecéis y honráis.

LO QUE SON MUJERES





PERSONAS

SERAFINA.	DOÑA MATEA.
RAFAELA.	DON MARCOS.
DON ROQUE.	DON GONZALO.
GIBAJA, gracioso.	ESTEBAN } criados.
INESICA.	JACOBO } criados.
DON PABLO.	





JORNADA PRIMERA

Sala

Salen SERAFINA y RAFAELA

SERAFINA. Llévenla luego á un convento,
no ha de estar en casa un hora.
RAFAELA. Yo te confieso, señora,
que es justo tu sentimiento;
pero aunque es doña Matea
con los hombres tan humana,
es, en efecto, tu hermana.
SERAFINA. ¿Enamoradita y fea?
¿Qué es esto?
RAFAELA. Templanza ten.
SERAFINA. ¿No quieres tú que me asombre,
si en la vida ha visto hombre
que no le parezca bien?
El chico, por lo donoso;
el grande, por lo entallado;
el puerco, por descuidado;
el limpio, por cuidadoso;
porque guarda, el miserable;
por arrojado, el valiente;
al que habla, por elocuente;
al que calla, por loable;
al cobarde, por templado;
al hablador, por chistoso;
al tibio, por vergonzoso;
por discreto, al mesurado;
al vano, por presunción;
por constante, al importuno;
jamás ha visto hombre alguno
que no le cobre afición.

Pues en un convento vea
su humanidad reprimida.

RAFAELA. Señora...

SERAFINA. No vi en mi vida
más malas gracias de fea;
lindas partes de adorada
tiene mi tal hermanita;
segundita, pobrecita,
feíta y enamorada;
en un convento es notorio
que templará este deseo.

RAFAELA. Señora, yo no la veo
con hambre de refitorio;
cásala con un garzón
casero, y lo mismo has hecho,
que tiene un marido estrecho
mil cosas de religión.

SERAFINA. No hay que replicarme en nada;
convento, quiera ó no quiera.

RAFAELA. Advierte...

SERAFINA. Echadme acá fuera
esa bienaventurada.

RAFAELA. No te quiero replicar,
pero no se ha levantado.

Llaman.

SERAFINA. ¿Quién es?

RAFAELA. Un hombre que ha dado
todo hoy en quererte hablar.

SERAFINA. No entre hombre á hablarme.

RAFAELA. Yo creo
que te agrade si le ves.

SERAFINA. ¿Parécete á ti que es
sujeto de galanteo?

RAFAELA. Cada pie de á media vara,
las piernas de á caña y media;
pues la cara lo remedia
que es semicapón de cara
el hombre desmadejado.

SERAFINA. Nadie hombre entero me nombre.

RAFAELA. Señora, no entre por hombre,
entre por acaponado;
mira que ser tan cruel
con los hombres es error.

SERAFINA. Ahora estoy de buen humor,
entre por reirnos dél.

Sale GIBAJA

GIBAJA. El cielo guarde, señora,
ese traslado del mismo:
ese espacio, donde atento
con rasgos negros ha escrito,
de que sois su hermosa copia,
la perfección tan al vivo,
que porque todos la atiendan
á la margen poner quiso
dos ojos, como quien dice,
ojo á sus labios divinos,
donde el sangriento coral
le viene como nacido,
también *ojo* á sus mejillas
de nácar, no por adbitrio
de la beldad, que están rojas
de vergüenza de haber visto
vuestros dientes tan iguales,
tan perfectos, tan unidos,
que os están todos de perlas;
que viendo igualmente fino,
ya el nácar, y ya el jazmín
de dientes y labios limpios,
cuanto corren á encenderse,
dicen lo que se han corrido.
También *ojo* á las pestañas,
que en blanco raso, aunque liso,
al canto de sus dos cejas
el párpado han guarnecido.
Y *ojo* también á esos ojos
que dan muerte. ¿Quién ha visto
que aquello mismo que mata
sea lo que dé el aviso?

SERAFINA. Al caso, por vida mía,
que tengo ya los oídos
cansados de estar oyendo
de jazmín mil desvaríos,
mil vergüenzas de coral,
de nácar dos mil delirios,
y de aljófares y perlas
mil sartas de desatinos.
¿Quién sois?

GIBAJA. Señora, yo soy
hombre tan espantadizo,
que ando haciendo sacramentos
de cualquier cosa que estimo.

SERAFINA. No os entiendo.
GIBAJA. Soy un hombre,
que por dar á mis amigos
un buen día con su noche,
doy muy malas de continuo.
RAFAELA. ¿Ese oficio es cosi-cosa?
SERAFINA. Explicaos ya.
GIBAJA. Ya me explico.
Yo soy...
SERAFINA. ¿Qué?
GIBAJA. Casamentero.
SERAFINA. Alcahuete á lo divino,
¿qué queréis en esta casa?
GIBAJA. Casaros, porque me han dicho
que tenéis sobre lo hermoso,
sobre lo airoso y lo lindo,
cuatro mil y más de renta.
RAFAELA. Sin joyas, sin ajuar rico,
sin más de tres mil ducados
de deudas.
GIBAJA. Pues yo os afirmo
que está en manos el pandero
que los hará veinticinco.
SERAFINA. ¿Y cómo os llamáis?
GIBAJA. Gibaja.
SERAFINA. Silla ó Gibaja. *(Ap.)* Imagino
con el tal casamentero
divertirme un rato.

Siéntanse.

GIBAJA. Digo,
que podéis dar cuadro echadas
de blancura al mismo armiño.
¿A qué novio os he de dar?
Aquí tengo treinta escritos,
que los he escogido á moco
de candil.
SERAFINA. No escogéis limpio;
¿y este oficio es provechoso?
GIBAJA. Este año no se ha corrido.
SERAFINA. ¿Cásanse agora mujeres?
GIBAJA. Algunos casamientillos
hay de viudas.
RAFAELA. ¿De doncellas
no hay también?
GIBAJA. Halos habido;
pero hay pocos, como hay pocas.

SERAFINA. ¿Casáis muchos?
GIBAJA. De continuo.
SERAFINA. ¿Y cómo los engañáis?
GIBAJA. Casándolos.
SERAFINA. Yo no os digo
sino ¿cómo los casáis?
GIBAJA. Fácilmente.
SERAFINA. ¿Cómo?
GIBAJA. Oidlo.
SERAFINA. ¿Mentiréis?
GIBAJA. No os caso agora.
SERAFINA. Pues proseguid.
GIBAJA. Ya prosigo.
Primeramente, yo tengo
una memoria en que escribo
cuantos en San Sebastián
son de fiesta y de domingo;
los de la comedia nueva;
los que sin pleito ni oficio
en el patio de palacio
suelen estar de continuo;
los del Prado. los de Atocha;
y á cada cual en mi libro,
para entenderse con ellos,
les pongo por seña un signo.
Al que es valiente, á la margen
del mismo nombre le pinto
el signo León; y si es
cobarde, el Piscis le pinto;
si es sufrido, el signo Tauro;
y el de Aries, si es muy sufrido;
si es de mala condición,
el Escorpión; si es bienquisto,
el Géminis; y al que no es
para hombre, el signo Virgo;
si está buboso le pongo
el Cáncer; y si es muy rico
y ha venido de las Indias,
el Acuario; mas si es hijo
de algún tendero ó tratante,
el signo Libra le aplico;
si es muy feo ó contrahecho,
el Sagitario; y si ha sido
casado con dama hermosa
y fué pobre, pongo el signo
Capricornio, que lo es
de pobres, aunque maridos.

Éntrome en cualquiera casa
de soltero, y en mi estilo
de casar propongo luego
novias como Dios las hizo.
Si es medianamente hermosa,
hermosa la significo;
de manera, que no puede
pensarse de hito en hito
que su hermosura es el dote,
y que en Madrid he sabido
que adorarla por su sal
hallara mil novios indios.
Si es pobre, que es hijodalga,
y luego cuento que he visto
su ejecutoria con tanta
letra de oro en pergamino.
Si es rica y no es bien nacida,
le doy con el refrancillo:
«Dineros son calidad»;
y le digo: Señor mío,
sepa uced que don tener
es caballero castizo.
Si es muy fea, y hallo luego
mi novio un poco remiso,
digo que la mujer propia
ha de picar un poquito
en fea, que desa suerte
anda un hombre con descuido.
Si el novio dice que es gorda
de ahogar, luego le digo:
¿Ha de hacer randas con ella,
que la quiere de pelillos?
Si le propongo una flaca
y la desecha, le riño,
que una mujer por arrobas
debe encerrar para siglos.
Si es larga, la digo luego,
muñecas para los niños;
si es chica, de la mujer
lo menos es lo más lindo.
Si la novia es algo puerca,
que el matrimonio hace limpio,
que es agua de calabobos
que la coge sobre aviso;
si entra algún señor á verla,
que entra á parlar un ratillo
en buena conversación,

aunque otra cosa hayan dicho,
que es un santo el buen señor
y el mal pueblo es un maldito;
y, en fin, dejando á mi novio
puesto este mal durativo,
á mentir más á la novia
que elige voy, llamo y digo:
Ea, señora, su remedio.
¡Oh, gracias á Dios, que quiso
que haya hallado para uced
un novio como nacido!
¡Ah qué hombre, señora mía!
Quien es, digo; y de camino,
misterios y más misterios
hago cuando al hombre intimo;
porque como el matrimonio
es sacramento, es preciso
que tenga dentro de sí
mil misterios escondidos.
Si no agrada el que propongo
á su elección y á mi arbitrio,
como esto es para la mano,
le voy dando novios ripios.
Al que me culpan de viejo,
aseguro que le elijo
porque es hombre ya de hecho,
y las novias, por lo mismo
le desechan, que no quieren
novio de hecho; porque han visto
que el novio de hacer es sólo
bueno para ser marido.
Si traigo un mozo galán
y le culpan por mocito,
les digo que el matrimonio
hace viejos infinitos;
si de jugador le culpan,
que está cansado la afirmo
de ser perdido y de andar
ya de garito en garito,
y desea una señora
que traiga algún caudalillo
para poder con descanso
quitarse deste mal vicio.
Si en alguna desdichada
dicen que tiene algún hijo
que llaman, en buena guerra,
con gran llaneza replico:

Ansí será para hombre;
y si es corcovado, digo
que se cargó de razón
riñendo en un desafío,
y se le ha quedado toda
seis dedos del cerviguillo.
Si es feo, que así han de ser
los hombres; si es atadito,
la digo que así podrá
hacer dél cera y pabilo;
si es valiente, arrufianado,
crudo y temerón, la digo:
la casa siempre ha de oler
á hombre, cuerpo de Cristo.
Si no tiene pantorrillas,
y muy preciado de lindo
trae dos verdades por piernas,
que están mal hechas, replico:
no tiene razón, que entrambas
están cortadas al hilo.
Y, en fin, haciendo á los dos,
á ella rica y á él más rico,
contando gracias de entrambos
y diciendo á un tiempo mismo
á ella que él muere por ella,
aunque nunca la haya visto,
y á él que esto está de Dios,
juez de los dos, sin delito
les pongo á cuestión de novios,
y al instante que se han visto,
á dos vueltas que les doy
confiesan el sí, y yo pido
joya que luego la vendo,
tela que la hago vestido;
y ya dejando á los dos
sacramentados, me guiño
muy soltero, y ellos quedan
casados y arrepentidos.

SERAFINA. Amigo, reñiros quiero
que hagáis esta narración,
que implican contradicción
verdad y casamentero.

RAFAELA. Serafina, aunque te admira
que te hable con claridad,
á vueltas de la verdad
se introduce la mentira.
¿No echas de ver que está es

treta del juego, señora?
Dícete verdad agora
para mentirte después.
SERAFINA. Dices bien; mas como sé
que mentirme sólo quieres,
cuando la verdad dijeres
tampoco la creeré.
GIBAJA. Casarte sin trampa intento,
y hemos de ir otros los dos.
SERAFINA. Mi abuelo (que tenga Dios)
dejó por su testamento
un mayorazgo fundado,
que heredó con mejor suerte
mi padre, y yo, por su muerte,
como mayor le heredado;
que no se reparta y venda
entre otras hijas mandó,
y no puedo serlo yo
por no ser libre mi hacienda,
y la he de dejar perder
por no casarme.
GIBAJA. Eso es dar
sólo en quererse casar.
RAFAELA. ¿Con quién?
GIBAJA. Con su parecer.
¿Tú no has de casarte?
SERAFINA. Sí.
GIBAJA. ¿Hombre ha de ser?
RAFAELA. No le nombre.
SERAFINA. ¿Adónde hallaré yo un hombre
que parezca ansí, ansí?
No hallo uno que bueno sea;
todos me parecen mal;
¡oh fuego en todos!
RAFAELA. Igual
los quiere doña Matea,
tu hermana.
SERAFINA. Los viles modos
de sus traiciones ignora.
GIBAJA. Pues dime, ¿qué hace, señora?
RAFAELA. No hace más de que hace á todos.
GIBAJA. Para que contenta estés,
te daré muy afamado
un excelente letrado.
SERAFINA. ¿Muy espeso?
GIBAJA. Un si es no es.
SERAFINA. A poca paz me convida,

si con él me he de casar,
hombre con quien he de andar
en pleitos toda la vida.

GIBAJA. Un peinado me promete
mil doblas si le queréis.

SERAFINA. Gibaja, no le toquéis,
que se le ajará el copete.

GIBAJA. Que no he de hallar, averiguo,
novio que haga la razón.

SERAFINA. ¡No topara yo un hombrón
de aquellos del tiempo antiguo!
Un hombrón extraordinario.

GIBAJA. ¿De qué manera me has dicho?

SERAFINA. Quiero un hombre de capricho
y no del uso ordinario.

GIBAJA. Aquel de Toledo es
bueno, pero con la edad
tiene cierta enfermedad.
¡Ah! ¿queréis un montañés,
que es excelente figura?
¿Queréis otro, aunque algo viejo,
natural de Jaraicejo,
un lugar de Extremadura?
El regidor de la Mora
es mejor, si rico fuera;
ansí, á aquel de Talavera
le tengo de hablar ahora.
Que es el modo y traza toda
á vuestro capricho igual;
hombres son que cada cual
os viene á pedir de boda,
y por si alguno os agrada
haré que á servir empiecen.

SERAFINA. Todos cuatro me parecen
sujetos de carcajada:
traedlos.

GIBAJA. Por ellos iré,
pero decidme, señora,
¿para atraerlos agora
á esta casa qué diré?

SERAFINA. Que es para tomar estado;
mas la risa se asegura,
de ver entrar un figura
de novio muy espetado,
que á todo se contradice
cuanto me quiere fingir,
intentando no decir

los disparates que dice;
que va de sí muy pagado
cuando en la calle se ve,
sólo de que le miré
tres veces de medio lado.
Vengan, que á tiempo oportuno
vendrán si vienen ahora.

GIBAJA. ¿Cómo los traeré, señora?
SERAFINA. Todos juntos y uno á uno.
GIBAJA. Antes que esta acción pase,
¿cómo dárseme no intenta
una alhaja á buena cuenta?
SERAFINA. Gibaja, cuando me case.
GIBAJA. Advertid, que dar no es
dar promesas semejantes:
la que no florece antes
nunca da fruto después;
mas si un novio os persuade,
que os he de vencer espero.
SERAFINA. Daros cien doblones quiero
por un hombre que me agrade.
RAFAELA. Como esa promesa lleve,
no pienso que irá contento.
GIBAJA. ¿No tomaré por los ciento?...
RAFAELA. ¿Cuánto?
GIBAJA. Los noventa y nueve.
SERAFINA. Yo soy firme.
GIBAJA. Como todas;
y eso el tiempo lo dirá.
SERAFINA. Idos, que me cansáis ya,
perrito de todas bodas.
GIBAJA. Por eso desaires paso,
Serafina; mas por Dios
que me he de vengar de vos.
SERAFINA. ¿De qué manera?
GIBAJA. Si os caso. *(Vase.)*
SERAFINA. Aunque como Adonis sea,
ninguno me satisface.
Doña Matea, ¿qué hace?

Sale DOÑA MATEA

MATEA. Aquí está doña Matea.
SERAFINA. ¿Era hora de levantarte,
señora hermana?
MATEA. ¿Ya empieza
vuesa merced á reñirme?

SERAFINA. Son ya las diez.
MATEA. Cuando sean;
¿también como los vestidos
me cuenta las horas?
SERAFINA. Tenga
la muy... mucha cortesía.
MATEA. ¿La qué?
SERAFINA. La muy escudera.
MATEA. En nada soy yo segunda
como en lo roto.
SERAFINA. ¡Que quiera
una nacida después
hablar como una primera!
Yo os entraré en un convento.
MATEA. ¿Qué religión más estrecha
que su casa?
SERAFINA. Y religión,
en que vos sois una lega.
MATEA. Vuesarced es la entendida.
SERAFINA. Y vos lo parecéis.
MATEA. Esa
fué una palabra mayor
dicha en mi cara.
SERAFINA. Y que sea;
¿qué?
MATEA. Que no es vuesarced
tan hermosa como piensa:
si no fuera un poco vana,
¿qué valía?
SERAFINA. ¡Que se atreva
á manchar esta blancura!
MATEA. Es verdad, ¿quién se lo niega?
Pero advierta que las blancas
se usan, porque son monedas.
SERAFINA. ¿Pero cuándo se ha de usar
lo feo?
MATEA. ¿Uced no pondera
que no tenga gracia?
SERAFINA. Sí.
MATEA. ¿Pues cómo puedo ser fea?
SERAFINA. Como ninguno la quiere,
aunque de todos se prenda.
MATEA. Por ahí también soy hermosa,
por desdichada en finezas.
SERAFINA. ¡Ay, que quiere ser también,
como una persona mesma
infeliz!

MATEA. Si ella es mi hermana,
¿no quiere que infeliz sea?
SERAFINA. La de todos, no responda.
MATEA. La de nadie, déjeme ella.
SERAFINA. ¿Todos los hombres no dice
que le agradan?
MATEA. ¿Quién lo niega?
Cada uno por algo es bueno;
yo los quiero desde afuera
por inclinación, y hasta ahora
no ha habido quien me merezca.
SERAFINA. Esa es gran falta.
MATEA. Señora,
¿no hay algunas que se afeitan?
¿Otras no hay que hablan fruncido?
¿Otras no hacen reverencias
de saltillo? ¿No hay algunas
que hablan culto? ¿No hay doncellas
que en la noche de San Juan
escuchan lo que es vergüenza?
¿Hago yo estas candideces?
¿Incurro yo en faltas dellas?
Querer á hombres es falta
de mujeres. Que yo tenga,
adonde hay otras con tantas,
una, es algo llevadera.
Ser inclinada á los hombres
ni es liviandad ni flaqueza;
este es un buen natural,
y aunque algunos riesgos tenga
de pesarle á una mujer
que no la estimen ni quieran,
aunque pesa el desdén tanto,
vale el amor lo que pesa.
SERAFINA. ¿Negarásme que los hombres
son traidores?
MATEA. Que lo sean,
que no han de ser mis vasallos.
SERAFINA. ¿Que son falsos?
MATEA. Malos fueran,
si á los hombres que estimara
los quisiera por moneda.
SERAFINA. ¿Y que no tienen palabra?
MATEA. ¡Ay, hermana, así tuvieran
las obras!
SERAFINA. ¿Podrás negarme,
hermana, que en cuanto intentan

son todos los hombres dobles?
MATEA. Ansí duraran por peñas.
SERAFINA. ¿Negarásme...?
MATEA. ¿Negarásme
que nos buscan, nos requiebran,
que se arriesgan al desaire
y que á la muerte se arriesgan?
¿Por algún hombre habrá muerto
mujer alguna en pendencias?
¿Cuántos por ellas murieron?
Sus honras, vidas y haciendas,
todas son de las mujeres.
SERAFINA. Y todas son de cualquiera.
MATEA. Yo los quiero por la parte
que me toca, que obedezca
mi planeta me permite;
benévolo es el planeta
que á los hombres me ha inclinado;
benévola fué la estrella
cuyos influjos en mí
me fuerzan...
SERAFINA. Callad, Matea,
que un convento ha de quitaros
toda esa benevolencia.
MATEA. Yo me he de casar, señora.
SERAFINA. ¿Con qué dote? ¿Habrá quién quiera
la nobleza por ajuar?
¿Pensáis con vuestra belleza
casaros? ¿O es que esperáis
la ventura de...
MATEA. La fea
es sólo la presumida,
la hermosa es la que no piensa.
SERAFINA. Hola, llevadme esta hermana
al segundo estrado.
MATEA. Hoy fuera
tan hermosa como tú.
SERAFINA. ¿Cómo?
MATEA. Si fuera primera.

Vanse.

Salen GIBAJA y RAFAELA

GIBAJA. ¿No puedo ahora entrar?
RAFAELA. Espera,
y á mi ama avisaré;
Gibaja, ¿qué la diré?
GIBAJA. Dila que salga acá fuera.

RAFAELA. Famosa tarde ha de ser.
¿Los novios?
GIBAJA. Tú los verás.
RAFAELA. ¿Cuántos son?
GIBAJA. No traigo más
de cuatro para escoger.
RAFAELA. ¿Cuatro? Pues voy á decillo.
GIBAJA. Dila tú que estoy aquí.
RAFAELA. Ansí, ¿no habrá para mí
un novio del baratillo?
GIBAJA. ¿Eres algo honesta?
RAFAELA. Poco.
GIBAJA. ¿Eres hacendosa?
RAFAELA. ¿Yo?
GIBAJA. ¿Eres bien nacida?
RAFAELA. No.
GIBAJA. ¿Tienes dinero?
RAFAELA. Tampoco.
GIBAJA. ¿Limpia?
RAFAELA. Con sólo un vestido.
GIBAJA. ¿Doncella podré decir?
RAFAELA. Ya eso es mucho pedir.
GIBAJA. No te faltará marido.
RAFAELA. Di, ¿cómo?
GIBAJA. De buena masa.
¿Quieres más?
RAFAELA. Si puede ser,
que tenga mucho quehacer,
y todo fuera de casa.
GIBAJA. Rafaela, como ahora
anda la malicia lista,
todos son novios de vista.

Salen DOÑA MATEA y SERAFINA

SERAFINA. ¿Es Gibaja?
RAFAELA. Sí, señora.
MATEA. Ver estos novios espero.
SERAFINA. ¿Viene esa cuadrilla toda
de novios?
GIBAJA. Como á una boda.
SERAFINA. Pues entren.
GIBAJA. Oye primero.
El que á visitarte agora
entra, el primer pretensor,
sabe que es un regidor
de la ciudad de Zamora,

que en el semblante y el modo
extraño de su opinión,
le verás la condición.

SERAFINA. ¿Qué hace?

GIBAJA. Se pudre de todo.

SERAFINA. Será muy entretenido.
Verle y hablarle quisiera.

GIBAJA. En esa antesala espera.

SERAFINA. Venga ese tonto podrido.

GIBAJA. Lo podrido en el color
de la cara se le ve.

SERAFINA. Llámale, acaba.

GIBAJA. Sí haré.
¡Señor don Marcos!

Sale DON MARCOS

MARCOS. ¡Señor!

RAFAELA. *(Ap.)* ¡Jesús, qué hombre!

GIBAJA. La gran doña
Serafina es la que veis.

MARCOS. ¿Y es bien hecho que se llame
una entendida mujer
Serafina? Busque nombre
que en la Letanía esté,
confírmese Serafina,
que yo no he de hablar ni ver
á quien por el nombre extraño
la conozcan en Argel.

SERAFINA. Confirmaréme por vos.

MARCOS. Eso sí, confírmese.

SERAFINA. Una silla al seor don Marcos.

Van á llegarle la silla.

MARCOS. Esperad, no la lleguéis.

SERAFINA. Pues ¿por qué no queréis silla?

MARCOS. Linda pregunta: porque
primero que me la arrastren,
y primero que os ponéis
en el estrado, y primero
que estamos, ¿cuál ha de ser
el que antes ha de sentarse?
Primero que os componéis
las faldas, y yo me aplano,
pongo la espada al revés,
podrá otro hacer, muy cumplidas,
cuatro visitas ó seis.
Usese, cuerpo de Cristo,

cuando no sea menester,
que el que no quiere sentado
haga una visita en pie.

SERAFINA. No os sentéis.

MARCOS. Ansí lo hago.

SERAFINA. ¿Cómo estáis?

MARCOS. Otra vejez.
Que vean á uno sano y bueno
y gordo, y aunque le ven
colorado, le pregunten:
«¿Cómo está vuestra merced?»
Y que le pregunte el otro:
«¿Y usted cómo está?» Después
hasta preguntarse luego
por sus hijos y mujer.
Majadero, no preguntes
lo que no quieres saber,
que si es cortesano uso,
es prolijidad cortés.

SERAFINA. No os he topado la moca
de la lisonja.

MARCOS. Tal vez
hallo alguna que me agrade.

SERAFINA. ¿No soy vuestra?

MARCOS. No podéis;
yo soy claro, perdonad.

SERAFINA. Pues ¿no me diréis por qué?
¿Qué os desagrada de mí?

MARCOS. Toda vos.

SERAFINA. Grosero es.

MARCOS. Señora mía, no quiero
yo para propia mujer
una mujer muy hermosa;
porque siempre pensaré
que aunque ella mirar no quiera,
habrá quien la quiera ver.
El matrimonio se toma
para el descanso, no es
para cuidado; yo quiero
traer para mi traer
mujer de casa, ni fea
de manera que yo esté
solicitando vecinas,
ni hermosa tanto, que den
en mirarla mis vecinos;
porque mi propia ha de ser
para el gusto algo que fea,

también hermosa algo qué,
que yo solamente busco
mujer para mi mujer.

SERAFINA. ¿Luego yo soy muy hermosa?

MARCOS. Ya os entiendo; agora queréis
que os alabe, y yo no alabo
lo que yo no he menester.
Guárdeos el cielo. *Vase.*

SERAFINA. Esperad.
¡Ah, don Marcos!

GIBAJA. Ya se fué.

MATEA. Este hombre me viene á mí
cortado.

RAFAELA. Pruébatele.

SERAFINA. ¿Hay tal modo de pudrirse?

RAFAELA. No vi tal.

SERAFINA. Pudriérame
con sólo oirle: los hombres
muy joviales han de ser,
y han de ser poco podridos.

GIBAJA. Oyes, pues yo te traeré
un contrario dese.

SERAFINA. ¿Cómo?

GIBAJA. En el zaguán le dejé
de aquella casa: es un hombre
que de cuanto escucha y ve
se le da otro tanto, como
á ti se te ha de dar dél.
Ni de la hambre se aflige,
ni le fatiga la sed,
y es para él todo uno
el tener y no tener.
No agradece á la fortuna
lo que le sucede bien,
pero ni della tampoco
se queja aunque no le dé.

SERAFINA. Será un Demócrito éste,
si fué un Heráclito aquél...
Llámele.

GIBAJA. Por la ventana
una seña le he de hacer...
Ya sube.

SERAFINA. ¿Es el extremeño
aqueste hombre?

GIBAJA. El mismo es.

SERAFINA. ¿De dónde es?

GIBAJA. De Jaraicejo.

SERAFINA. ¿Hidalgo?
GIBAJA. ¿No lo ha de ser?
SERAFINA. ¿Puntual?
GIBAJA. Es extremeño.
RAFAELA. ¿Y no es chorizo?
GIBAJA. También.
SERAFINA. ¿No sube?
GIBAJA. Ya entra en la sala.
¿Don Roque?

Sale DON ROQUE

ROQUE. ¿Quién ha de ser?
SERAFINA. Silla á don Roque.

Vanle á llegar silla.

ROQUE. Sentado
hablará un hombre á placer.
SERAFINA. Pero no lleguen la silla.
ROQUE. Muy bien dice; ¿para qué?
Sentado habla un hombre más
de aquello que es menester.
Vuestra merced, ¿cómo está?
SERAFINA. (*Ap.* Este es algo más cortés.)
Estoy á vuestro servicio,
con poca salud; y usted,
¿cómo se halla?
ROQUE. Yo estoy
como quisiereis que esté.
Mi señora, el buen Gibaja
dice que me quiere bien,
y á vuestra casa me trae
á ver qué me parecéis.
Hermosa sois, vive Dios,
y en el alma estimaré
que me deis luego la mano,
si ha de ser mía después.
Yo he querido en este mundo,
yo he sabido amar, y sé
que es andar galanteando
andar por el A, B, C.
Contento estaré de amaros,
y de que luego me améis,
mi Serafina, pagado,
sobre contento, estaré.
conque á un tiempo dos finezas
juntas podré agradecer:

que me deis la vida presto,
y que también me la deis.

SERAFINA. Poco habláis, y compendioso
en lo que habláis; pero ¿quién
puede conseguir el premio
sin costarle el merecer?
El servir y esperar cría
el mérito: ¿vos no veis
que no merece mi amor
quien no probó mi desdén?
Eso es juzgarme posible,
señor don Roque; idos, pues,
que no quiero yo por dueño
á quien...

ROQUE. Al punto me iré.
¿Hase un hombre de morir
porque vos no le queréis?
Aun tanto como premiarme
os debiera agradecer.

SERAFINA. Finezas, no.

ROQUE. ¿Y no es fineza?...

SERAFINA. ¿Qué?

ROQUE. Que me desengañéis.

SERAFINA. Sólo el que espera merece.

ROQUE. Pues digo que esperaré,
como yo os merezca luego.

SERAFINA. ¿Cuánto?

ROQUE. Un hora, dos y tres.

SERAFINA. No hay quien me merezca á mí...
¿No os vais ya?

ROQUE. Razón tenéis.
¿He de andar queriendo yo
á quien no me quiere bien?

Hace que se va.

SERAFINA. Sois un grosero.

ROQUE. Es verdad.

SERAFINA. Sois un prolijo.

ROQUE. También.

SERAFINA. (*Ap.* ¡Que se vaya, y no lo sienta!)
¿No os vais? Oid.

ROQUE. No me iré.

SERAFINA. ¿Yo soy hermosa?

ROQUE. Sí sois.

SERAFINA. ¿Y os parezco bien?

ROQUE. Muy bien.

SERAFINA. ¿Y me querréis si os premiare?

ROQUE. Como á mi vida os querré.

SERAFINA. Seréis constante.
ROQUE. Sí soy.
SERAFINA. Pues agora que yo sé
que me queréis, idos luego.
ROQUE. Hacéisme mucha merced. *Vase.*
SERAFINA. No vi hombre tan desahogado.
GIBAJA. Es como yo le pinté.
MATEA. La pachorra deste hombre
para mí vale, pardiez.
SERAFINA. ¡Jesús, qué malos los hombres!
GIBAJA. Si al tercero quieres ver,
espérate.
SERAFINA. ¿Y es de dónde?
GIBAJA. Natural de Cangas es,
un lugar de la montaña
é hijodalgo, como el rey,
del hábito de Santiago.
SERAFINA. ¿Es galán?
GIBAJA. No, pero aun bien
que es viejo.
SERAFINA. ¿Y es entendido?
GIBAJA. Échalo todo á perder
con saber latín.
SERAFINA. ¿Qué hace?
GIBAJA. Cuando te entre agora á ver,
la mitad de lo que diga
no lo entenderás.
SERAFINA. ¿Por qué?
GIBAJA. Estudió Filosofía,
y Teología también
ha estudiado en Salamanca,
y sin que sepa por qué,
hará en latín y romance
una mezcla á dos por tres;
y cuando está muy en ello,
trae, sin qué ni para qué,
un lugar de la Escritura,
que venga ó no venga bien.
SERAFINA. Tonto sin saber latín
nunca es gran tonto.
GIBAJA. Está bien.
SERAFINA. Llámale.
GIBAJA. ¿Verle deseas?
SERAFINA. Para reir le quiero ver.
GIBAJA. ¿Seor don Pablo?

Sale DON PABLO

PABLO. *Ecce quem amas.*
SERAFINA. ¡Raro hombre!
RAFAELA. Un prodigio es.
PABLO. Aunque en esa cuadra ha un hora
que ha esperado mi deseo
que vuestros justos desdenes
diesen castigo á mi ruego,
los doy por bien empleados;
pues tan grande fué el acierto,
que sola vuestra hermosura
es más que fué mi deseo.
Agradezco, hermosa dama,
la dilación, y agradezco
que salgáis tan desdeñosa,
cuésteme siquiera el verós
el deseo de esperaros;
ni el pastor ni el marinero
agradecen que el sol salga,
sólo porque ven que presto
ha de salir á alumbrar
tierra, mar y aire sereno,
que ellos le estimaran más
como el sol saliera menos.
RAFAELA. Mientes, Gibaja, que este hombre
es muy prudente y discreto.
GIBAJA. Vese ahora la labor,
lo fondo es en majadero.
PABLO. Miedo tengo á vuestros ojos,
y estimo lo que los temo,
porque ansí espero alcanzar
ser de vuestros ojos dueño.
SERAFINA. Niego que con el temor
pueda alcanzarlo, supuesto
que no puede el temeroso
declarar sus sentimientos.
PABLO. Cuando se da la triaca
para que sane el enfermo,
por que obre eficaz, disponen
que lleve el tósigo dentro,
y es que se va al corazón
el tósigo, y aunque es cierto
que él destruye, porque lleva
á la triaca á hacer su efecto.
á la parte donde va

da la vida, y ansí hay tiempo
que para la vida suele
ser medicina el veneno;
asentada esta experiencia,
agora escucha el ejemplo.
El tósigo es el amor
que mata al merecimiento,
mas como lleva consigo
la triaca del respecto,
la atención, la desconfianza,
que son del mérito efectos,
él no inficiona, ellos obran,
él cesa, y merecen ellos.
Que aunque traía el temor
de aquel tósigo, en él mesmo
estaba por ingrediente
el mismo contraveneno.
Pues si del temor suceden
atenciones y respetos,
luego es sólo aquel que teme
quien tiene merecimiento.

SERAFINA. Bien habla.

GIBAJA. Para la postre
debe de dejar lo bueno.

MATEA. Mucho sabe para ser
de capa y espada.

SERAFINA. Cierto
que es lástima, y que ese talle,
esa ciencia, ese despejo,
con tal sangre hayan estado
tantos años sin empleo.
¿De dónde sois?

PABLO. Soy de Cangas.

RAFAELA. ¿Qué hacienda?

PABLO. Poca, por cierto;
pero soy muy bien nacido
por el hábito que tengo.

SERAFINA. ¿Por el hábito se sabe?

PABLO. *¿Quis est ista?*

GIBAJA. *Volaverunt.*

SERAFINA. Es mi hermana.

PABLO. ¿Y es doncella?

SERAFINA. Y lo será.

PABLO. Más es eso;
luego conocí que era
vuestra hermana.

SERAFINA. ¿En qué?

PABLO. Eso es bueno,
en que se parece á vos.
SERAFINA. ¿Sois corto de vista?
PABLO. *Nego.*
SERAFINA. Miradme bien.
PABLO. Se os parece.
SERAFINA. Sois un grande majadero.
PABLO. *Domina, nescio quid dicis.*
SERAFINA. Mejor decís, sois un necio;
¿por qué habéis de comparar
conmigo, siendo yo objeto
de vuestro amor, otra luz?
PABLO. *Verbi gratia.*
SERAFINA. Ya no quiero
oir ejemplo ninguno.
GIBAJA. Oyele.
SERAFINA. Decidle presto.
PABLO. ¿La luna no se parece
al sol? ¿El sol no es más bello
que la luna? Pues ¿qué importa
que ella le imite, supuesto
que ha de arder con luces tibias
cuando él con rayos serenos?
Matea, *ergo quid interest,*
ut sit tuæ lucis exemplum,
si sunt tua radia solis
et sunt lunæ radia ejus?
Doña Matea, ¿qué importa
que sea de tu luz ejemplo,
si son sus rayos de luna
y son los del sol los vuestros?
SERAFINA. ¿Y qué dirán las estrellas
de Madrid, de que consiento
que sea luna?
MATEA. ¿No me basta
la infelicidad que tengo
de ser ejemplo de luna,
sino que aún no lo merezco?
SERAFINA. Por ser luna llena, sólo
queréis ser luna.
MATEA. Yo apruebo
serlo, siquiera en menguante.
PABLO. *Bene dixit.*
SERAFINA. Yo padezco
con esta hermana segunda
lo que no es posible, y pienso
poner orden.

MATEA. Orden no;
matrimonio es lo que quiero.
SERAFINA. No lo esperéis.
PABLO. De San Pablo
viene aquí un lugar á pelo.
SERAFINA. Echame de aquí, Gibaja
este hombre.
GIBAJA. Oye primero
el lugar que es de San Pablo.
PABLO. Y en la *Epístola ad ephesios.*
SERAFINA. Adefesios lo habláis todo;
idos de aquí.
PABLO. *Iam obedior.*
¿Un lugar de la obediencia
no me oiréis?
SERAFINA. ¡Viven los cielos!
Si no os vais...
PABLO. *Airata est.*
SERAFINA. Que os dé muerte.
PABLO. *Timeo et eo.*
¿Me querréis?
SERAFINA. Si me dejáis.
PABLO. ¿Y cuándo volveré á veros?
SERAFINA. En estudiando romance.
PABLO. Mirad...
SERAFINA. Ni escucharos quiero.
PABLO. *¿Quare, cur, quoniam vel quia?*
SERAFINA. ¿Qué hombre es éste, santo cielo?...
Idos, don-Pablo, por Dios.
PABLO. Voime, pues.
SERAFINA. Presto.
PABLO. *Laus Deo.* *Vase.*
SERAFINA. Mareada quedo, Gibaja.
GIBAJA. Yo te pondré en tierra presto.
MATEA. ¡Lo que este hombre enseñaría
á su mujer!
SERAFINA. Muerta quedo.
¿Es el que queda como éste?
GIBAJA. Antes es destotro extremo,
que ni sabe hablar latín,
ni romance.
RAFAELA. ¿Qué sujeto
es él?
GIBAJA. Oye, por tu vida,
la pintura.
SERAFINA. Dila.
GIBAJA. Empiezo:

El que en ese patio espera
á visitarte el postrero,
sabe que es un caballero
natural de Talavera,
principal y de buen pelo,
abultado de persona,
y trae lenguaje y valona
dos ó tres dedos del suelo.
El talle un poco grosero,
cintura de tomo y lomo;
lo que es el zapato, romo,
pero aguileño el sombrero.
Trae daga larga después,
muy puesta á lo de Sevilla,
cortos brahón y ropilla
y el ferreruelo á los pies.
Postura de hacer desdenes,
crudeza de dar enojos,
el bigote hasta los ojos,
y la oreja hasta las sienes.
Asustado de color,
crudo un lado, otro cocido;
esto es cuanto á lo vestido,
mas lo parlado es peor.

SERAFINA. ¿Cómo habla?

GIBAJA. Por varios modos
te hablará si le escuchares,
con estribillos vulgares
dél solo, con ser de todos.

SERAFINA. ¿Son refranes?

GIBAJA. No lo son,
estribillos son no más.

SERAFINA. Di cómo.

GIBAJA. ¿No le oirás?
El talle y conversación
te ha de dar gran gusto.

RAFAELA. Y dí,
¿son las que habla necedades?

GIBAJA. Son unas vulgaridades
destas que hablan por ahí;
y si el estilo te agrada,
el sujeto no es muy malo.

SERAFINA. Entre.

GIBAJA. ¡Ah, señor don Gonzalo!

Sale DON GONZALO, vestido como se pinta

GONZALO. Como quien no dice nada.
(*Mírala.*) ¡Oiga el diablo!
RAFAELA. ¡Gran figura! *Vase.*
GONZALO. Mi señora, por Dios santo,
que sois esto y otro tanto
más que ninguna hermosura;
matante de las del hampa
sois con vuestro rostro bello;
pues vuestra blancura, es ello,
pues vuestro talle ¡ya escampa!
Señora (vaya conmigo),
á fe, á fe, que por lo airosa
sois para mí mucha cosa;
pues ¡qué ojos!... no sé si digo;
la frente, por lo serena,
no la puede haber cerrada;
¿pues la boquilla? no es nada;
¿pues la nariz? la ha hecho buena;
las manos, como cristiano,
que si igualar las quisiera
han de ganar á cualquiera
por diez dedos y las manos;
es para volverse loco
si un hombre á veros comienza:
la honestidad, es vergüenza;
¿será malo el pie? ¡y qué poco!
El cabello, lo primero,
cosa de admirarlo grave;
pero lo que no se sabe
cuál será, ansí me lo quiero.
MATEA. Discreto es; en todo toca.
SERAFINA. ¡Los desaliños que entabla!
GONZALO. ¡Oigan! Vive Dios, que el habla
la tiene á pedir de boca.
SERAFINA. (*Ap.*) En su genio, he de intentar
despedirle.
GONZALO. Hablad, por Dios.
SERAFINA. Señor don Gonzalo, vos
habláis, que no hay más que hablar;
genio tal y de tal casta,
¿ahí se topará en quienquiera?
mas para la vez primera.
ya habéis dicho lo que basta;
yò os doy palabra, que cuando

un dueño, un amante nombre,
procuraré haceros hombre.

GONZALO. ¿Me queréis?

SERAFINA. Eso burlando;
y voime mientras se guisa
la boda.

GONZALO. En fin, dueño bello,
¿qué me queréis tanto dello?

SERAFINA. Todo eso es cosa de risa...
Ven, Gibaja.

GIBAJA. Aquí te espero.
¿Qué te parece?

SERAFINA. Muy malo.

MATEA. ¿Ves? pues tiene el don Gonzalo
gracia por lo majadero.

GONZALO. ¡Ahí se topará en la calle
moza como vos!

SERAFINA. No á fe.

GONZALO. ¿Y mi talle es algo que...?
Responded.

SERAFINA. ¡Qué lindo talle!

MATEA. Digo que se da á querer.

SERAFINA. Todos serán mis despojos,
nada habéis dicho á mis ojos.

GONZALO. Los ojos son para ver.

SERAFINA. ¿Cómo os sentís?

GONZALO. Como ciego.

SERAFINA. ¿Es de mirarme?

GONZALO. ¿Pues no?

SERAFINA. ¿Qué os aflige?

GONZALO. Un qué sé yo.

SERAFINA. ¿Es dentro del alma?

GONZALO. ¡Fuego!
El rostrillo es de matar.

SERAFINA. ¿Vais enamorado?

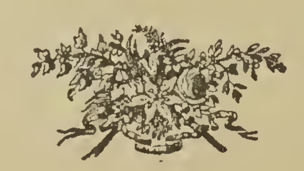
GONZALO. ¡Pus!

SERAFINA. Idos, y vedme.

GONZALO. Ahora, ¡sus!

SERAFINA. Ven, Matea, adiós.

GONZALO. ¡Andar!





JORNADA SEGUNDA

Sale DON ROQUE

ROQUE. Esta es la Cava Baja,
y esta ha de ser la casa de Gibaja;
á las ocho me ha dicho que me espera
dentro en su casa, y preguntar quisiera,
puesto que hablarle espero,
si es el suyo este cuarto; llamar quiero.
¡Ah de casa!

CRIADA. *(Dent.)* ¿Quién es?

ROQUE. Ya han respondido.
¿Posa aquí el seor Gibaja?

CRIADA. Ya ha salido.

ROQUE. ¿Dónde, señora mía?

CRIADA. A la plaza, y ya dijo que volvía.

ROQUE. ¿Ya ha salido á casar tan de mañana?

CRIADA. Entre, y siéntese usted.

ROQUE. De buena gana.

Entra por una puerta y sale por otra.

El cuarto es por cierto acomodado,
si no estuviera tan desmantelado;
sillas, bufete y cama; mal lo pasa,
debe de dar su ajuar á los de casa.

Sale DON MARCOS

MARCOS. Según soy desgraciado,
sin duda que Gibaja me ha casado:
que madrugue y le vea me ha pedido
dentro en su casa, doime por marido;
porque á llamarme no se atrevería
sabiendo que me visto á mediodía;

pero agora sabremos lo que pasa
si está en casa Gibaja.

ROQUE. No está en casa,
agora ha de venir.

MARCOS. Pues yo le espero.

Sale DON PABLO

PABLO. *Pax Christi*, ¿posa aquí un casamentero?

ROQUE. Señor, sí.

PABLO. ¿Para qué me habrá llamado?

MARCOS. Mucho tarda, ¿qué va que se ha mudado?

Sale DON GONZALO

GONZALO. El me dijo que aquí venga á esperalle;
este el cuarto ha de ser, no hay sino dalle.

ROQUE. Pues sillas hay, se siente el que quisiere.

Siéntanse.

PABLO. *Sede apud mihi.*

MARCOS. ¡Que haya quien espere!

ROQUE. ¡Lindo tiempo!

PABLO. Gustoso para todos.

MARCOS. ¡Oigan esto, y Madrid lleno de lodos!
¡Que no habiendo que hablar, se haya dado
en que lo pague el tiempo de contado!

ROQUE. ¡Cuál ha estado la plaza hoy de gente,
y hecha un jardín de fruta diferente!

MARCOS. Llegue á comprar de una frutera astuta,
y verá lo que lleva de la fruta.

ROQUE. ¡Oh gran Madrid!

MARCOS. Este hombre se endemonia.

PABLO. Todo el *Tu autem es*, eso *per omnia.*

ROQUE. Lo que alabar querría
de Madrid, sólo es la ropería,
donde por su dinero,
á cualquier forastero
de roperos le viste una cuadrilla,
desde las medias hasta la golilla;
y lo que es más: como dinero tenga,
se lo ajustan, que venga que no venga.

MARCOS. No está muy bien cortado el tal vestido;
pero lo que es cosido, ni cosido.

GONZALO. La opinión que yo llevo,
es que á uno le ponen como nuevo.

ROQUE. Oigan otro prodigio.

PABLO. *¿Quid?*

GONZALO. No es nada.

ROQUE. En la plaza verán de la Cebada,
sin otras cosas que por raras dejo,
unas tiendas que hay de hierro viejo,
que son tiendas movibles que allí vienen
y no vale seis reales cuanto tienen;
y el mercader desta cerrajería
almuerza, come y cena cada día,
aunque muy poco venda,
él, su mujer é hijos, con la tienda.

PABLO. Siempre veo estas tiendas, á fe mía,
corrientes con igual mercadería;
siempre están con lo mismo cuando llego.

MARCOS. Lo que se compra allí se arroja luego.

ROQUE. Y es fuerza que uno destos se lo halle.

MARCOS. A la noche lo buscan por la calle.

ROQUE. Pues en los ojos no hay engaño alguno,
mire bien lo que compra cada uno.

MARCOS. Pues eso es lo que á mí me trae podrido;
que no hay cosa que sea lo que ha sido.
Panecillos de suela fregenales
en las tiendas los venden por candeales;
y en todas las tabernas, de contino,
agua de espuma con color de vino.
En el figón un par de gorriones
empanados en forma de pichones,
¿y que no pueda un hombre
comprar las cosas todas por su nombre?
Que si para sacar un vestidillo
pide en la tienda tafetán sencillo,
para que el mercader no se me inquiete,
he de llamarle tafetán doblete;
y como sufro al tafetán sencillo,
si pido esparragón, es rayadillo,
que la quieren hacer tela más noble,
y ha de ser ormesí el tafetán doble.
Si pido guarnición un poco extraña,
dicen: «¿Quiere llevar pata de araña?»
Y á un pasamano que hay del tiempo viejo,
dicen: «¿Quiere de diente de conejo?»
En oyendo estos nombres en su prosa,
yo pienso que me venden otra cosa.

ROQUE. Eso es muy fácil cosa remediallo.

MARCOS. Diga cómo, y lo haré.

ROQUE. Con no comprallo.

GONZALO. Ande en pelota.

MARCOS. Harto mejor sería,
por no vestirse un hombre cada día.

ROQUE. Miren qué linda criatura
va por la calle.

Miran á la calle.

GONZALO. Allá va.

MARCOS. Abobadilla es un poco,
y yo, para mi caudal,
algo entendida quisiera
y no hermosa de matar.

PABLO. No decís bien.

MARCOS. Bien arguye.

PABLO. *Sic argumentor.*

MARCOS. Hablad.

PABLO. La hermosa cuatro sentidos
aprovecha; pues verán
que el tacto, la vista, el gusto,
y el olfato, cada cual
agradece cuando logra;
y es muy grande necedad
dejar á cuatro por sólo
un sentido corporal,
pues es la entendida y fea
para el oído no más.

MARCOS. La hermosura de una vez
se goza; mas nadie ha
gozado al entendimiento
de una vez sola no más;
el oído es un sentido
del alma, y por ella van
las pasiones de la lengua
á hacerse en ella lugar.
El siempre es otro, y ella es
siempre una, pues ¿quién querrá
con diferente apetito
comer siempre de un manjar?

PABLO. Quien ama, por conseguir
es por lo que ama, que no hay
quien adore por oir
aquello que amando está.
Los deseos son los hijos
del amor: quien sabe amar
solicita merecer,
y quien merece querrá
conseguir, que el conseguir
es premio del desear.
¿No son decentes los ruegos?
La esperanza, ¿quién dirá

que no es lícita? pues ambas
aspiran á la beldad.
Con oirla solamente,
ninguno conseguirá
una belleza, que esotros
sentidos la han de gozar.
Luego no habiendo belleza,
no habrá amor. Luego será
mejor, necia, la hermosura,
que discreta la fealdad.

ROQUE. ¡Qué bien dice!

GONZALO. Concluyóle.

MARCOS. Sólo esto me ha de enterrar;
¡que haya tantos que se paguen
sólo del ruido no más,
sin entender la razón!

ROQUE. Dice bien.

MARCOS. Pues escuchad.
Aquel que ama una belleza,
si la desea gozar,
no ama la misma hermosura
que á sí se quiere no más.
Por conseguir quiere sólo;
quien sólo por adorar
quiere á su dama, éste quiere
con fineza y con verdad;
el que todos los sentidos
solicita aprovechar,
quiere el interés del gozo;
el que con amor mental
del oído se aprovecha,
ama sólo por amar;
pues si la hermosa ha de hacerme
grosero en el desear,
será mejor la entendida,
pues tiene más calidad
amor que será por ella
que amor que por mí será.

PABLO. ¿Luego no puede quererse
gozando?

ROQUE. Sí puede tal.

MARCOS. Mas se debe á aquel que quiere
por querer.

ROQUE. No dice mal.

PABLO. ¿A cuál quisiérades vos?

GONZALO. Yo á la hermosa, voto á san.

MARCOS. Y vos ¿á cuál estimarais?

ROQUE. Yo á entrambas, por variar.
PABLO. Querer lo que se ha gozado
es más firmeza.
ROQUE. Es verdad.
MARCOS. Mas fineza es que yo adore
lo que es imposible.
ROQUE. Más.
MARCOS. Don Demócrito del diablo,
¿quiérenos usted dejar?
PABLO. *Taceas* por amor de Dios.
GONZALO. Déjelos usted allá
decir verbos.
ROQUE. Muy bien dicen.
MARCOS. ¡Fuego en hombre temporal!
ROQUE. Yo soy un...

Sale GIBAJA

GIBAJA. Paz sea en mi casa.
MARCOS. ¿Y en otras no quiere paz?
GIBAJA. Señor don Roque.
ROQUE. Gibaja.
GIBAJA. Don Gonzalo...
GONZALO. Pesia tal.
GIBAJA. Don Pablo.
PABLO. *Idem per idem.*
GIBAJA. Don Marcos...
MARCOS. ¿Era hora ya?
Dos pesadumbres me hicisteis
á un tiempo.
GIBAJA. ¿No sé yo cuál?
MARCOS. Hacerme que madrugase
y hacerme luego esperar.
GIBAJA. De los cuatro necesito.
MARCOS. Aquí están todos, hablad.
PABLO. Decid, si hablar vos queréis,
insolidum, ó á la par.
GIBAJA. Todos juntos.
ROQUE. Sea á espacio.
MARCOS. Sea aprisa.
ROQUE. Mejor será.
GIBAJA. Ya os acordáis de aquel día
en que con tranquilidad
quisisteis de una belleza
todo el piélago sondar;
y que os volvisteis los cuatro,
huyendo de un huracán

que levantó el desengaño
de la hermosura en el mar.

MARCOS. Es ansí.

GIBAJA. También sabéis
que, de por sí á cada cual,
le llevé á pesar el sol
de Serafina.

MARCOS. Acabad,
y saltemos á la orilla,
que yo me empiezo á marear.

GIBAJA. Volví á la India de amor,
con intento de doblar
de Buena Esperanza el cabo,
y hallé borrascoso el mar,
porque la gran Serafina...

GONZALO. Yo he sabido días ha...

GIBAJA. ¿Qué?

GONZALO. Que es cruel por el cabo.

ROQUE. ¿Hay más de no navegar?

PABLO. ¿Qué dijo de mí?

GIBAJA. De ti
dijo bien poco. no más
de que eras tonto en latín,
y que cómo sufrirá
sin propósito y sin tiempo
un lugar sin más ni más.
Y que te buscara quien
te supiese acepillar,
que estabas un poco basto,
y que no se ha de prendar
de un hidalgote de Asturias,
y que quién sazonará,
amor, especie en Corito,
con sus puntas de patán.

GONZALO. ¿Y de mí?

GIBAJA. De ti algo menos;
dijo que el oirte hablar
era cosa muy molesta
en términos de rufián;
mas también volvió por ti
en una cosa.

GONZALO. Di, ¿cuál?

GIBAJA. Dijo que si te pusieran
un hombro con otro igual,
te bajaran la cabeza
cuatro dedos más atrás;
si te bajaran el talle

un palmo, y al rematar
te le adelgazasen otro,
si te pudiesen trocar
los pies donde están las piernas,
y ellas donde ellos están,
dijo que en toda la corte
no habría hombre más cabal.

ROQUE. ¿Y de mí?

GIBAJA. De ti me dijo
que eras hombre temporal,
y que para qué son buenos
hombres de tanta bondad.
Que por qué se ha de dar ella
con toda su voluntad
á quien no se le da nada
de aquello que se le da.
Pero del señor don Marcos
me dijo que estaba el tal
muy podrido, y que se fuese
á Antón Martín á curar.

MARCOS. ¿Tanto me pudrí por ella?
¿Dije yo, pesia la tal,
que por qué trae las pechugas
abiertas de par en par?
¿Lo escotado de la espalda
pudríselo con mirar
por la espalda hasta la punta
que era dama de canal?
¿Pudríme de verla blanca,
con que para mí no hay
tela que menos me vista
que se mancha con mirar?
¿Pues de qué me pudro? Oh, pesia,
quien la ve desengañar
si me pudrí de lo menos
y si he callado lo más.

ROQUE. Cúlpame á mí de que solo
no me pudrí, y os quejáis;
si supiera que no hice
más caso de su deidad
que hice de su desdén,
¿qué pudiera decir más?
¿Qué dijera si supiera
que no se me diera un real
de hallarla agradable, hermosa,
ó fea y perjudicial?
Y, en fin, de que no me quiera

¿qué dijera, á saber ya
de que hoy se me daba aquí
lo que ayer se me dió allá?

GONZALO. Cúlpame también á mí
mi estilo por más vulgar,
con que la dije: Señora,
premiad mi deseo, y zas;
y viendo la sal con que hablo,
acaso dijera más
de que era para mí todo
cuanto hablaba un papasal.
Pues diga lo que dijere,
que yo lo he pensado mal,
ó es querer roer el lazo
el no quererse casar.

PABLO. Pues qué, ¿yo la hablé en latín?
Si la dijere un lugar
de los *Cantares*, que casi
se le estuve por cantar;
si la dijera también,
cuando la vi titubear,
el *nescitis quid petatis*,
que era cosa natural;
pero un lugarcillo ó dos
despoblados, que serán
como los de la montaña,
lugares sin vecindad.
¿Qué le hacen á esta señora,
pregunto á cuantos están
oyéndome? ¿Dios no dijo
por su boca, si en Dios la hay,
Crescite et multiplicamini,
creced y multiplicad?
Para que se multiplique
se casa uno, y para más.
Pues pregunto: ¿los latines
causan esterilidad?
Y cuando venga á ser vieja,
diga, ¿cuánto estimará
saber un par de latines
que yo la podré enseñar?
¿Llévola alguna ventaja
en saber latín? Dirá
que hablándola en esta lengua
no me entenderá jamás.
Yérrase, que una ventaja
he llegado á confesar,

que al más entendido lleva
la mujer que es más bozal;
que aunque un hombre le hable idiomas
el que quisiere inventar,
le entenderá una mujer;
pero él no la entenderá
si ella no quiere, aunque hable
en su idioma natural.

GIBAJA. A gran daño, gran remedio;
ea, señores, amolad
los ingenios, que por Dios
que ha de haber bien que cortar.
Sabed que en otra locura
ha dado esta perenal.

MARCOS. Decid qué es.

GIBAJA. Dar cada día
de audiencia un día cabal.
Cuantos amantes vinieren
á pretender, la tendrán
audiencia; pero el despacho
de todos siempre es igual.
Agora, de nueve á diez
en la antesala estará
de su casa, despachando
lindos á todo juzgar;
¿está alguno de los cuatro
herido del dios rapaz,
que es lenguaje de poeta?
Díganme vustedes cuál
está enamorado, ó quién
bien hallado está no más,
que es lenguaje de quien no
quiere decir que lo está.
Ea, ¿no me respondéis?
¿Entre los cuatro no hay
amante? que agradecido
yo sé bien que no le habrá.
En la lengua de Gonzalo
lo diré, ¿pues no me habláis?
¿Díganme cuál de los cuatro
tiene...

GONZALO. Decidlo.

GIBAJA. Pañal.

MARCOS. ¿Quién? el que tuviere amor;
pues es niño, le tendrá,
que yo la quiero por tema.

PABLO. *Ego quoque.*

GONZALO. Yo no más
de porque ella no me quiere
doy suspiros cual y cual.
ROQUE. Yo si me ama la querré.
si no. no me he de matar.
GIBAJA. ¿Queréis los cuatro...
ROQUE. Queremos.
GIBAJA. Todos de conformidad
ir á la audiencia de amantes?
MARCOS. ¿Y qué hemos de hacer allá?
GIBAJA. Ahora lo diré: los cuatro,
si es que pretendéis triunfar
con el ruego y con el tiempo
desta dama pertinaz.
habéis de mudar estilo.
Vos, señor. aunque os pudráis,
os pudrid hacia allá dentro,
sufrid y disimulad
por lo que bien os parece
lo que os pareciere mal.
Seis mil y seiscientas leguas
tiene el mundo, imaginad
que por mucho que enmendéis,
os queda más que enmendar.
Y vos, mi señor don Roque,
que seáis importará
ni tan Demócrito en todo
que os riáis de cuanto hay,
ni tan don Marcos tampoco,
que un Heráclito seáis;
vos. don Gonzalo, mi amigo,
el bajo estilo dejad,
dejad estos estribillos
en quien nadie se vendrá;
y pues sois de Talavera.
donde hablan tan bien, hablad
un poco más vidriado
y pintado un poco más.
Y vos. el señor don Pablo,
cuando vais á enamorar
á las damas. no en latín,
porque no os entenderán,
ni aun en romance, sino
hay en el lenguaje. real;
y ansí, mudando el estilo
todos cuatro faz á faz,
delante de Serafina

os aconsejo que vais;
porque un ardid he pensado
con que la he de hacer andar
tras los cuatro, sin saber
más de que quiere, y no á cual.
¿Daisme palabra los cuatro
de dejaros gobernar
y hacer lo que yo os dijere?

MARCOS. Yo la ofrezco.
PABLO. ¿No contáis
el ardid?
GIBAJA. Vereisle presto;
que la he de vencer fiad.
MARCOS. No por amor, por venganza
he de hacer lo que ordenáis,
sin pudrirme exteriormente;
pero interior, perdonad.
ROQUE. Yo ofrezco no contentarme
si no es de verla penar.
GONZALO. Y yo ofrezco dar un corte
en el modo de mi hablar.
PABLO. Yo hablaré como en desierto,
por no tocar en lugar.
GIBAJA. ¿Mudaréis de estilo?
GONZALO. Sí.
GIBAJA. Pues á esta sala os pasad,
que ha de escribir cada uno...
MARCOS. Decidnos qué.
GIBAJA. Un memorial.
ROQUE. ¿Para Serafina?
GIBAJA. Sí,
ninguno se ha de enojar
de ver al otro premiado.
GONZALO. Yo lo ofrezco ansí.
GIBAJA. Jurad.
MARCOS. Yo lo ofrezco.
ROQUE. Y yo lo juro.
PABLO. *¡Oh quam jocundum* será
fratres habitare in unum!
GIBAJA. ¿Qué es esto, no lo dejáis?
ROQUE. ¡Qué bien dijo!
GIBAJA. Vos tampoco.
GONZALO. ¿Era barro?
GIBAJA. ¡Hay tal porfiar!
MARCOS. ¡Que no sean consistentes!
¿Quién se ha de querer juntar
con hombres para tan poco?

GIBAJA. ¿Y eso no es pudrirse?
MARCOS. ¿Hay tal?
Tú verás la enmienda.
PABLO. Tú
otro hombre has de ver.
GIBAJA. Entrad:
guerra contra Serafina.
MARCOS. Tú nos has de acaudillar.
ROQUE. ¿Eres soldado?
GIBAJA. Helo sido.
PABLO. ¿Dónde?
GIBAJA. Luego lo sabrán.
GONZALO. Los casamenteros sirven
en la guerra del casar.

Vanse.

Sala en casa de Serafina

Salen SERAFINA, DOÑA MATEA y RAFAELA

RAFAELA. ¿Tu recato y tu prudencia
en esta locura dió?
SERAFINA. ¿Han dado las nueve?
MATEA. No.
SERAFINA. No es hora de hacer audiencia.
MATEA. No haces mayor tu deidad
con caprichos semejantes;
dar una audiencia de amantes
es cosa nueva.
SERAFINA. Es verdad;
si mi desdén los condena,
no quiero mayor victoria,
pues vengo á lograr la gloria
de verles sufrir la pena.
En esta contienda y lid
de amantes, triunfar espero,
y por el capricho quiero
hacerme rara en Madrid.
RAFAELA. Con mal trato y peores modos,
habrá alguna por constante
que engañe uno y otro amante;
mas no quien los burle todos.
SERAFINA. ¡Que es ver unos figurones
requebrar muy ponderados,
con vocablos estudiados,
afectando las razones!
Cuando me asomo al balcón,

¡que es ver al que me se inclina,
requebrar desde una esquina
tentándose el corazón!
¿A quién mil canas no quita
ver, cuando está enamorado,
á uno muy tierno y barbado
echar una lagrimita?
Ríome con gran consuelo,
cuando sus ternezas miro.
de otros que aman de suspiro,
con miradura de cielo.
Pues si voy á lo parlado,
tendremos materia harta:
¡las necedades que ensarta
uno que está enamorado!
Ayer, un amante orate
mi mano alabó por bella;
pero á cada dedo della
le dijo su disparate.
Otro á la mano otra vez
dijo, fingiendo pasiones,
que en el picar corazones
era mano de almirez.
A mi boca, otro menguado
dijo (con frialdad no poca):
«Cada labio desa boca
es un bocací encarnado.»
A mi pelo, sin recelo,
dijo un calvo muy de veras,
que para hacer cabelleras
tenía extremado pelo.
Díjome otro con pasión:
«Guardad esos dientes bellos,
Serafina. que con ellos
me mordéis el corazón.»
Y aun estos son los mejores,
si á oirlos te persüades.
Los que no hablan necedades
son quien las dice mayores.
Cuando alguno me contente,
si le procuro escuchar,
al punto empieza á llamar
campo del amor mi frente.
Luego un divino arrebol
mi cabello da en despojos,
luego que mis negros ojos
le dan dos higas al sol.

Que porque no le hagan mal,
cuando competirlos ves,
dicen que mi nariz es
un montante de cristal.
Mis cejas, si este ha alabado,
son instrumento de un dios,
desde cuyos arcos dos
dispara flechas, vendado.
Si dientes y boca aquel,
verá el que quiera cogerla,
suelta tanta de la perla,
listo tanto del clavel.
La garganta no es cuestión,
que es pasadizo de nieve,
por donde á subir se atreve
por la boca el corazón.
Y ansí, Rafaela, sabrás
que mi constancia te avisa
que el que habla mal me hace risa,
y el que habla bien me hace más.
Con verlos, de su amor luego
se hace dueño mi desdén,
y con oirlos, también
vengo á triunfar de su ruego.
No viene á ser castigarlos
no oirlos ni verlos jamás;
sólo es castigarlos más
oirlos, verlos y dejarlos.

RAFAELA. Daránte eternos renombres.
¡Lindo gusto de mujer!

MATEA. ¿Qué gusto puede tener
quien quiere mal á los hombres?
A un hombre de lindo talle,
di, ¿quién sabe hacer desprecio
de verle pisar tan recio
que desempiedra la calle?
Con recato y con decoro,
cuando empuñan el rejón,
¿quién no cobrará afición
á un hombre que mata á un toro?
¿Qué mujer no cobra amor
á aquel que en lid concertada
obra con la negra espada,
y con la blanca mejor?
Si el oirlos te da enojos,
¿por que ha de ser permitido
que eche á perder el oído

el crédito de los ojos?
Que mientan es más blasón
de la que quiere y suspira,
cuando pasa la mentira
plaza de satisfacción.
Al que no teme, también
le puedes recompensar
lo que le llega á costar
fingir que te quiere bien.
Los que son falsos amantes
que no han de vengarse ves
por mucho que hagan después
de lo que sufrieron antes.
Quien no te quiere ofender
y contigo está contento,
de uso, y no aborrecimiento
solicita otra mujer.
Pues ¿por qué se ha de enojar
el que tuyo llega á ser,
si es una cosa querer
y es otra cosa variar?
El que á otra quiere después,
que no la querrá te arguyo
por el desmérito tuyo.
que por su inconstancia es.
Pero ¡cuán agradecido
vendrá y con mayor deseo
el que después otro empleo
vuelve amante arrepentido!
Hermana, de errores tales
ni te admires ni te asombres;
créeme, y quiere á los hombres,
que son bellos animales.

SERAFINA. Y de celos el dolor,
¿á quién no causa recelos?

MATEA. Si no se usaran los celos.
¿de qué sirviera el amor?

SERAFINA. ¡Qué! ¿tanto los quieres?

MATEA. Sí.

SERAFINA. De ti me vengo á cansar
tanto, que te he de casar,
por que me venguen de ti.

MATEA. Agradecerte debiera
la venganza que merezco.

SERAFINA. Digo que casarte ofrezco;
¿pero hallarás quién te quiera?

MATEA. Para que yo tome estado

y por que vengada estés,
bastará que tú me des
un amante desechado.

SERAFINA. El que adoró mi beldad,
¿cómo ha de poder quererte?

MATEA. Dos mil cosas desa suerte
suele hacer la variedad.

SERAFINA. Ya os tomáis mucha licencia,
y no sé cómo se atreve
una...

RAFAELA. Señora, las nueve.

SERAFINA. Ya es hora de dar audiencia:
abre, ya pueden entrar.

RAFAELA. Ruido en la antesala escucho.

GIBAJA. *(Dent.)* Señores, la audiencia.

RAFAELA. Mucho
tienes hoy que despachar.

Sale DON ROQUE

ROQUE. Ya el sol riendo hace salva
al alba,
puesto que trae su arrebol
luz del sol;
la aurora que el campo dora
ríe y llora;
y yo en tiniebla esto ahora
en vuestra luz salgo á ver,
reir, llorar y amanecer
al sol, al alba y la aurora.

Sale DON MARCOS

MARCOS. Ya produce matizado
el prado;
ya corre más diligente
clara fuente;
brota la rosa olorosa
más golosa;
y yo, Serafina hermosa,
sólo en veros, salgo á ver
producir, brotar, correr
la fuente, el prado y la rosa.

Sale DON GONZALO

GONZALO. Ya más sonora y suave
canta el ave;
sin nubes, sin niebla fría
nace el día;

calma el viento más atento
en su elemento;
yo, que ni uno ni otro siento,
salgo á veros por mirar
cantar, nacer y calmar,
el ave, el día y el viento,

RAFAELA. ¡Otro estilo desde ayer!
Amor los va mejorando.

SERAFINA. Señores amantes, ¿cuándo
acabó de amanecer?
Ya es mediodía, y querría
ver tan agudos talentos:
troven esos pensamientos
si pueden al mediodía.

Sale DON PABLO

PABLO. Abrásase haciendo salva,
el alba;
vencido con tu arrebol,
huye el sol;
la aurora herida se ignora
donde llora;
y aunque es mediodía ahora,
abráseme ó no, he de ver.

LOS CUAT. Herir, abrasar, vencer
al sol, al alba y aurora.

Sale GIBAJA

GIBAJA. *(Ap.)* Digo que la licioncilla
ha sido extremada cola,
y que están otros los cuatro;
así quiera ella estar otra.

SERAFINA. Llegad, don Pablo.

GIBAJA. *(Ap. á don Pablo.)* Valor;
habladla muy descollado,
sin lugar.

PABLO. Yo soy soldado
de la milicia de amor;
que me embarqué significo,
rompiendo espumas y famas
por el golfo de las Damas,
á la India de Puerto Rico.
No merecí que admitieras
los deseos de servirte,
aunque para persuadirte
tomé puerto en las Terceras;

mal herido en tu escuadrón,
donde me llevé la palma,
saqué una herida en el alma
y otras en el corazón.
Otros mil servicios dejo,
y sólo que estimes pido
el tiempo que te he servido.

SERAFINA. Retiraos, que estáis muy viejo.

PABLO. Siempre esperé premio igual.

SERAFINA. Oigan, ¿que ha hablado en romance?

PABLO. Señora, el favor alcance
que pido en el memorial,
pues ya no soy de provecho.

SERAFINA. El memorial se verá.

PABLO. Vedlo luego.

SERAFINA. Bien está.

GIBAJA. *(Ap.)* Famosamente lo has hecho.

SERAFINA. *(A Gibaja.)* Este amante lo habla bien.
con más prudencia y respeto.

GIBAJA. El desdén le ha hecho discreto.

SERAFINA. Enseña mucho el desdén;
y vendrá á parar su ruego
en que le haga algún favor.

GIBAJA. *(A don Marcos.)* Ea, llegad sin temor.

RAFAELA. Llegad, don Marcos.

MARCOS. Ya llego;
no huye quien de vos espera
lograr felices trofeos,
que el despedir los deseos
es soberbia muy grosera.
No quise amar, pero amé;
vencer quise, y me rendí;
para ver la luz nací:
yo vi la luz, y cegué.
Agradeced al que muere,
quejoso, aunque no ofendido,
que es la queja del herido
lisonja para el que hiere.
Ya contenta el alma llega
á no ver lo que miró,
quien la luz examinó
victoriosamente ciega;
mas para templar mi mal,
sólo pido...

SERAFINA. ¿Qué queréis?

MARCOS. Que el premio sólo me deis
que pide este memorial.

SERAFINA. Ya le veré.
GIBAJA. *(Ap.)* No va malo.
RAFAELA. Otro hombre el podrido está.
SERAFINA. Esperanzas pedirá.
RAFAELA. Llegad, señor don Gonzalo.
MARCOS. *(A Gibaja.)* ¿Hablé á vuestro gusto?
GIBAJA. Sí;
bien lo dijisteis los dos.
MARCOS. Dadme licencia, por Dios,
para pudrirme de mí.
GONZALO. Pues yo, hermosa Serafina...
GIBAJA. En hablar culto trabaje.
MARCOS. Mas que se le va el lenguaje...
GIBAJA. ¿Dónde?
MARCOS. A la jacarandina.
GONZALO. Un amor tengo que es mengua.
GIBAJA. *(Ap.* De que hable bien desconfío.)
Que lo errasteis.
GONZALO. *(Ap.* Señor mío,
no me vayan á la lengua.)
Digo, que estaba fiado,
quien adora el que confía... *Con turbación.*
Perdonadme, reina mía,
que esto es poco y mal hablado.
SERAFINA. De ver á un hombre me espanto,
que tenga turbación tal.
GONZALO. Señora, este memorial
dirá esto y otro tanto.
Pensamientos como el hilo
de delgados os dirá.
SERAFINA. ¿Aún dura?
RAFAELA. Amor no podrá
enmendar un bajo estilo.
GONZALO. En él veréis el empeño
en que entra mi amor fiel;
todo lo que digo en él,
cierto que es cosa de sueño.
SERAFINA. Esta noche, sin enojos,
sobre él espero soñar.
GONZALO. Eso es querer acertar
mi deseo á cierra ojos.
MARCOS. *(Ap.)* Que no puede más recelo.
GIBAJA. Mil necedades ensartas.
GONZALO. Callen barbas y hablen cartas.
SERAFINA. Pues venga el memorial.
GONZALO. Helo.
Dale el memorial.

MARCOS. Una y otra necedad
habéis dicho, vive Dios.
GIBAJA. Don Roque, enmendadlo vos.
RAFAELA. Señor don Roque, llegad.
ROQUE. Llegue mil veces felice,
aunque temeroso llegue,
amante que á conquistar
un imposible se atreve.
Yo huí del fuego que arrojan
dos dulces ojos ardientes;
¿cuándo no logró centellas
aquel que en la piedra hiere?
Pero el osado y amante
dificultades emprende,
no se vence lo rendido,
lo inexpugnable se vence.
GIBAJA. Bueno va.
GONZALO. Demonio es.
SERAFINA. No se perderá por éste.
ROQUE. Verdad dice mi deseo,
no finge amor, porque teme
que á filos de una mentira
una verdad se ensangriente.
¡Oh, si el dueño á quien adoro
el alivio permitiese
del llanto á los ojos míos,
porque en líquidos corrientes
destile mi sentimiento!
Que porque le oigas decente,
es la lengua muy grosera
y son ellos muy corteses.
SERAFINA. ¿Quién os quita que lloréis?
ROQUE. Á mí nadie.
GIBAJA. *(Ap.)* Que se pierde;
enmendadlo vos, don Marcos.
SERAFINA. Pues llorad.
MARCOS. Si le sucede
lo que á mí, ¿cómo podrá,
pues mi dueño ingrato quiere
que, sangriento, su desdén
en todo mi amor se cebe?
SERAFINA. ¿Pues cómo os impide el llanto
lo que queréis?
MARCOS. Desta suerte:
Del agua del llanto es
el corazón arca débil
de tres llaves, y desta arca

son los dos ojos dos fuentes.
Una llave tiene amor,
y otra llave el dolor tiene,
y como es tesoro real
el llanto, para que quede
con seguridad, se da
otra á la crueldad más fuerte.
La llave de la crueldad
tenéis vos, y cuando quiere
abrir el dolor, procura
abrirla, pero no puede.
No puede tampoco amor
abrir, aunque abrir pretende;
pues dolor y amor, ¿qué importa
que una y otra llave prueben,
si no quiere la crueldad,
siempre obstinada y rebelde,
ni que mi dolor se alivie
ni que mi amor se consuele?

GONZALO. *(Ap.)* En el pico de la lengua
lo tuve.

ROQUE. *(Ap.)* El hombre es prudente.

GIBAJA. *(Ap.)* Remediólo.

ROQUE. El memorial
os ofrece un pretendiente

Dale el memorial.

del amor; y así, si habéis
de consultalle, leedle.

SERAFINA. Una cosa por los cuatro
he de hacer.

ROQUE. ¿Qué?

SERAFINA. Que no os cueste
desvelos la dilación,
y estando todos presentes,
todos cuatro memoriales
despacharé de una suerte.
Lee tú este memorial,

Dale uno á doña Matea.

Matea; y tú lee éste,

Dale otro á Rafaela.

Rafaela; y tú, Gibaja,
lee éste. *Dale otro á Gibaja.*

RAFAELA. ¿Qué es lo que quieres?

SERAFINA. Leerlos todos á un tiempo
y que á un tiempo los decrete.
Leed.

TODOS. *(Leen.)* «Don Marcos desea,
puesto que no le queréis,
que por esposa le deis
á vuestra hermana Matea.»
SERAFINA. ¿A Matea?
MARCOS. Sí, señora.
SERAFINA. ¿Y ese?
RAFAELA. Lo mismo pretende
don Pablo.
MATEA. Y don Gonzalo
pide lo mismo por éste.
SERAFINA. Y ese ¿qué pide?
GIBAJA. Lo mismo.
SERAFINA. No es posible.
MATEA. Lee.
RAF. Y GIB. Lee.
SERAFINA. ¡Qué equívocos eran todos
los fingimientos corteses!
PABLO. Yo dije que el memorial
diría lo que pretende
mi deseo.
MARCOS. Al memorial
trasladé voces decentes.
GONZALO. Yo fundé en mi memorial
mi pretensión.
ROQUE. No te ofende
quien, herido del desdén,
la medicina apetece.
SERAFINA. *(Ap.)* Eslabones sus palabras,
en mi corazón ardiente
sacan menudas centellas;
muchas son, pero aún no prenden.
GIBAJA. *(Ap.)* Aún no ha obrado la purguilla,
mas polvos de celos tiene.
SERAFINA. ¿De suerte, señor soldado
de amor, que servisteis siempre
de Matea en la milicia,
y que era aquella prudente
metáfora por mi hermana?
PABLO. Perdonad que lo confiese.
SERAFINA. ¿La aurora, el alba y el sol,
el prado, la rosa y fuente,
el arca del corazón
con las tres llaves que tiene
amor, dolor y crueldad,
y otros requiebros más verdes,
por ella eran?

MARCOS. Sí, señora.
SERAFINA. ¿Es ansí?
ROQUE. No hay quien lo niegue.
GONZALO. Yo testigo.
SERAFINA. ¿Vos, don Marcos,
no confesasteis mil veces
que adorabais mi hermosura?
MARCOS. Y porque yo la confiese,
¿cuándo oyó vuestra constancia
de mi amor ruegos decentes?
Mil veces confesaré
que el que á esas manos se atreve,
toma el cielo con las manos,
y el que esas mejillas viere,
bien verá que no podéis,
por tristeza ó accidente,
poner sobre la mejilla
la hermosa mano de nieve,
porque ella no se derrita
ó porque ellas no se hielen.
Pero como yo he dejado
que mi inclinación me fuerce,
me lleva mi inclinación
á otro dueño; haced que premie
vuestra hermana mi deseo,
porque no será decente
que se descubra el dolor
y la herida se cautele.
SERAFINA. Vos, Matea, ¿qué decís?
MATEA. Que me ofreciste dos veces
darme esposo y darme dueño
como haya quien me desee;
y puesto que hay quien me quiera,
que cumplas lo que prometes.
SERAFINA. ¿Y á cuál eliges?
GONZALO. Si acaso,
don Gonzalo te merece...

Todos ruegan á Matea.

MARCOS. Si agradeces mi elección...
ROQUE. Si una constancia agradeces...
PABLO. Si una inclinación se premia...
MATEA. Los memoriales.
RAFAELA. ¿Qué quieres?

Pónese grave Matea.

MATEA. Decretarlos.
RAFAELA. *(Ap.)* Ya se entona.

GIBAJA. Estos son.
MATEA. ¡Gran paso es este!
Don Marcos, oid.
SERAFINA. Primero,
dejad que yo los decrete. *Quitáselos.*
¿Cómo, villanos?
MARCOS. Señora...
SERAFINA. ¿Segundo dueño prefieren
delante de mi hermosura
vuestras pasiones aleves?
¿Cómo, traidores...?
GIBAJA. *(Ap.)* Pegó.
SERAFINA. ¿En la corte de amor puede,
si amor se pierde por niño,
vuestra urbanidad perderse?
Idos, don Marcos.
MARCOS. No sea
mi dueño quien me desdeñe,
que no me ofende tu enojo.
MATEA. Don Marcos, volved á verme.
SERAFINA. Idos, don Roque.
ROQUE. ¿Y qué hará
quien adora y quien padece?
MATEA. Yo haré que no padezcáis.
SERAFINA. ¿Qué aguardáis?
PABLO. A que me dejes...
GONZALO. Que consientas...
SERAFINA. Idos luego.
PABLO. Que el que ama...
GONZALO. Que el que padece...
MATEA. Yo me acordaré de entrambos.
SERAFINA. ¡Que esto escuche!
PABLO. Si te ofende...
SERAFINA. No me habléis más.
GONZALO. Si te agravia...
SERAFINA. Calla ó te daré la muerte.
MATEA. Señora, el ser más dichosa
no te hace...
SERAFINA. Traidora, vete.
RAFAELA. Mira bien...
SERAFINA. Calla, villana.
GIBAJA. Advierte...
SERAFINA. Todos me dejen.
MARCOS. *(Ap.)* Mejoróse mi fortuna.
GONZALO. *(Ap.)* Andallo.
MARCOS. *(Ap.)* Padezca.
ROQUE. *(Ap.)* Pene.

SERAFINA. Criad segundas en casa.
MATEA. No hay belleza como suerte.
GIBAJA. Salte el huevo.
PABLO. Pague en celos
lo que ofendió con desdenes.
SERAFINA. Presto los hombres olvidan.
MARCOS. Presto las mujeres quieren.
SERAFINA. ¡Mujeres, lo que hombres son!
MARCOS. ¡Hombres, lo que son mujeres!
MATEA. De hoy más he de ser feliz.
GIBAJA. Salió mi ardid como siempre.
SERAFINA. A morir me voy de enojo.
MARCOS. Voy á pudrirme dos meses.
MATEA. A estimar mi suerte voy.
ROQUE. Voy á consolarme adrede.
GONZALO. Voy á hacer lo que yo sé.
PABLO. ¡Ah, qué lugar se me ofrece!
SERAFINA. Mujeres, todos los hombres
son unos.
PABLO. Unas son siempre
todas las mujeres, hombres.
SERAFINA. Son traidores.
RAFAELA. Son aleves.
MARCOS. Adoran, aborrecidas.
PABLO. Adoradas, aborrecen.
SERAFINA. ¡Mujeres, lo que son hombres!
GONZALO. ¡Hombres, lo que son mujeres!





JORNADA TERCERA

Salen RAFAELA y SERAFINA, medio desnuda, el cabello tendido.

SERAFINA. En fin, ¿no quieres dejarme,
Rafaela?

RAFAELA. Señora, no,
que estás con el crecimiento.

SERAFINA. Vete, y déjame, por Dios,
morir á solas.

RAFAELA. Señora,
yo te he cobrado afición,

Paseándose las dos.

aunque criada, y no quiero
que te mueras sin doctor.

SERAFINA. Vete, que sólo en mi queja
tiene alivio mi dolor.

RAFAELA. Mira que te puede dar
sobre una imaginación
un suspiro; ¡Dios nos libre!

SERAFINA. ¿Y mataráme?

RAFAELA. ¡Pues no!
¿Pues de qué murió la amante
de Teruel? Deso murió.

SERAFINA. Pues mis suspiros escucha.

RAFAELA. Ansí hablarás.

SERAFINA. Es error,
porque nunca fué palabra
el suspiro, con ser voz.

RAFAELA. Los suspiros nunca supe
de la calidad que son;
porque á unos causan alivio,
pero á otros desazón.
Uno muere de un suspiro,
otro dél convaleció,

es triaca y es veneno,
es alivio y es pasión.
Yo no entiendo á los suspiros.

SERAFINA. ¿No has visto á una misma flor
que un viento la reverdece
y que otro la marchitó?
Es que aquel viento que sopla
las calidades tomó
de la tierra donde nace;
y así, aquel viento ó vapor,
si es seco, abrasa la rosa;
y si es húmedo, la oreó.
El suspiro que del cuerpo
se origina ¿quién dudó
que el corazón nuestro alienta?
Pero aquella exhalación
que se levanta del alma,
como es su fuego veloz,
obra con las calidades
de fuego en el corazón.
Corazón y flor ejemplo
te darán, pues son los dos:
ella, un corazón del campo;
y él, de la vida una flor.

RAFAELA. Pues ahora estás tan moral
y yo tu gusano soy,
permíteme que hebra á hebra
te hile toda la pasión;
la verdad me di, señora.
¿Tienes amor? Dilo.

SERAFINA. No.

RAFAELA. Mira, el amor y los celos
unas calenturas son
que hasta que salen al labio
no las ve el que las pasó;
mas por sola la experiencia
te diré tu mal, que yo
he estado muy achacosa
destos males, gloria á Dios.
Di, ¿aborreces algún hombre?

SERAFINA. Ninguno de mi afición
es dueño.

RAFAELA. No te pregunto
sino ¿si aborreces hoy
á aquel que ayer no querías?

SERAFINA. Yo aborrezco á quien me amó;
pero ¿cómo saber puedes

de mí este fuego veloz,
preguntando por el odio
y no por la inclinación?

RAFAELA. Ahora lo verás. ¿Por qué
le aborreces?

SERAFINA. ¿No es razón
que aborrezca á quien me quiso
si á otra adora y á mí no?

RAFAELA. Pues si aborreces á quien
te olvida, porque te amó,
si por esto le aborreces,
le tienes por eso amor.

SERAFINA. ¿Cuándo has visto amor sin celos?
Pues no teniéndolos yo,
es cierto que amor no tengo.

RAFAELA. Celos tienes.

SERAFINA. Es error.

RAFAELA. ¿De tu hermana no los tienes?
¿No me lo dijo tu amor?

SERAFINA. Yo de mi hermana los tengo,
no de quien la ama en rigor;
y una cosa es tener celos
della, porque fué elección
de quien me quiso, y es otra
celos de quien la eligió;
della, y no de quien la quiere,
son mis celos; luego son
celos de ira los que tengo
y no celos del amor.

RAFAELA. ¿Qué más tiene tener celos
de quien es adoración
del amante, ó tener celos
del mismo que la adoró?
Los della son unos celos
de sentir que granjeó
el amante que la olvida;
los de aquel que se mudó
á adorar otro sujeto,
¿no nacen de una pasión?
¿No son de una causa efectos?
Luego no habrá distinción
en celos della por él
si él fué aquel que los causó,
ó en los celos dél por ella
si unos mismos celos son.

SERAFINA. ¿Quieres ver que tengo celos
della y de quien me ama no?

Cuatro son los que la quieren,
y si yo tuviera amor,
á uno quisiera no más;
es asentada opinión
que no es amor verdadero
el que se reparte en dos.
Luego si á cuatro no puedo
tener amor, ¿no es cuestión
que de los cuatro tampoco
tendré celos? Pues si doy
que tengo celos, mis celos
serán (si es que celos son)
della, por querida sí,
dellos, por amantes no.

RAFAELA. A eso respondo que tú
querrás á alguno.

SERAFINA. El dolor
que tengo en el alma es ese.

RAFAELA. ¿Pues qué es?

SERAFINA. Una obstinación
de no amar con el deseo
de amar á quien me olvidó.

RAFAELA. ¿Luego es amor?

SERAFINA. ¿Pues di á quién
quiero, si quiero?

RAFAELA. El mejor
es don Marcos.

SERAFINA. Moriréme
si sufro su condición.

RAFAELA. Don Gonzalo, el extremeño,
es bueno, porque es hombrón.

SERAFINA. ¿Qué importa que sea diamante,
si es bruto?

RAFAELA. Tienes razón.
¿Y don Pablo?

SERAFINA. ¿Quién podrá
sufrir su conversación?

RAFAELA. ¿Don Roque?

SERAFINA. No quiero amante
que tiene tan raro humor
que no me quiere por mí
sino por su condición.

RAFAELA. ¿Qué sientes?

SERAFINA. Siéntome arder.

RAFAELA. ¿Dónde está el mal?

SERAFINA. ¡Qué sé yo!

RAFAELA. Mira si es dentro del alma.

SERAFINA. No, como el doliente soy
que el dolor tiene, y no sabe
adónde tiene el dolor.

RAFAELA. Señora, y esta academia
que has dispuesto para hoy,
¿á qué efecto?

SERAFINA. Hoy cumple años
Matea, y con ocasión
de festejarla; he dispuesto,
por disimular mejor
mi pena y dar á entender
cuán poca es la estimación
que hago de uno y otro amante
que uno y otro me olvidó,
celebraré una academia,
donde el asunto peor
es mi asunto, que ha de ser
de mi disimulación.
Y porque viendo mi ingenio,
quiero que el que se cegó
de mis ojos y no quiso
penetrar la luz del sol,
que adore el entendimiento,
pues la luz desperdició.

RAFAELA. Y desta regla creída
verán tan nueva excepción,
que siendo Matea y tú,
hermosa tú y ella no,
contra el uso habéis de ser
en la academia las dos,
fea ella con ignorancia,
tú hermosa con discreción;
pero ella sale, señora,
á esta sala.

SERAFINA. Ya me voy.

RAFAELA. Háblala por vida tuya,
y muy á lo socarrón;
si te da lugar la pena,
haz burla de la elección
de sus amantes, y á ellos
la puedes hacer mayor;
porque sienta por agravio
el que tuvo por blasón.

SERAFINA. Bien me aconsejas, si pueden
risa y llanto con valor
calmar el llanto en los ojos
y herir la risa en la voz.

Sale DOÑA MATEA

MATEA. La música viene aquí,
todo prevenido está.
SERAFINA. ¿Enviaste á llamar ya
los académicos?
MATEA. Sí,
mis años has celebrado
como tuyos.
RAFAELA. Y mejor.
SERAFINA. Siempre te he tenido amor.
MATEA. Algo lo has disimulado.
SERAFINA. Pero hoy te trae mi afición
á quien te ama, hermana mía,
porque celebren tu día
los que aman tu perfección.
MATEA. ¿Perfección? No soy hermosa,
que el espejo no me engaña;
feliz sí.
SERAFINA. Desde tamaña
te tuve por venturosa;
ninguno que te ama aquí
te ha llegado á merecer.
MATEA. Claro está; ¿qué pueden ser
los que no te aman á ti?
SERAFINA. Un podrido te ha querido,
y es ajar tu pundonor
que te ame.
MATEA. No es lo peor
lo que le agrada á un podrido.
SERAFINA. Busque un lugar el señor
montañés, muy ponderado
para el amor.
MATEA. En mí ha hallado
un lugar para el amor.
SERAFINA. Que te ama un contento, vi
que á todas quiere igualmente.
¿No es verdad?
MATEA. Y solamente
no se contenta de ti.
SERAFINA. Si te aman á ti es porque
mis desdenes han sentido:
todos á mí me han querido,
y á todos los desdeñé.
Pero conmigo no ignoras
que son con malicia clara
traidores.

MATEA. Muy cara á cara
te hablan para ser traidores.
SERAFINA. Pero si yo los quisiera,
en qué me amaran te funda.
MATEA. Siempre viste la segunda
desechos de la primera.
SERAFINA. Tan aburrida estoy, sí,
que por no escucharte, intento
irme desde aquí...
MATEA. ¿Al convento
que tenías para mí?
SERAFINA. ¿Y no estarás sin decencia
pobre tú y pobre tu amante
en religión mendicante?
MATEA. Yo quiero esta penitencia.
SERAFINA. Si á responderme te pones,
vencerásme, es cosa clara.
MATEA. ¿Por qué?
SERAFINA. Porque tienes cara
de alcanzarme de razones. *Vase.*
RAFAELA. La hermosa sólo merece
del amor el interés.
MATEA. No es hermosa la que lo es,
sino la que lo parece.

Sale SERAFINA

SERAFINA. Cansada de oirte estoy;
ruido en la antesala he oído,
entra á ver quién ha venido.
RAFAELA. Por medio la abre. Yo voy.
Vase por una puerta.

Sale GIBAJA

GIBAJA. Años mil (si darlos puedo)
cumpláis, Matea divina,
en vida de Serafina...
MATEA. *(Ap.)* Maldiciones, que la heredo.
GIBAJA. Y con finezas constantes,
que amor en ti vinculó,
goces, casándote yo,
el mejor de tus amantes.
SERAFINA. No habla conmigo.
MATEA. En efeto,
¿no dirás á qué has venido?
GIBAJA. A la academia he traído
mis catorce de soneto.

SERAFINA. ¿Qué tal es?
GIBAJA. ¡Gran pensamiento!
MATEA. La verdad, escrito á medias.
GIBAJA. ¡Bueno! Yo hago las comedias
que acaban en casamiento.
Ya hago una.
SERAFINA. ¿Poeta eres?
MATEA. ¿Buena traza?
GIBAJA. Singular.
SERAFINA. ¿Y cómo se ha de llamar?
Dilo.
GIBAJA. *Lo que son mujeres.*
MATEA. ¿Y tiénesla ya acabada?
GIBAJA. No.
SERAFINA. Pues yo la iré leyendo.
MATEA. ¿Qué, tanto hay?
GIBAJA. Voy escribiendo
en la tercera jornada.
SERAFINA. ¿Qué figuras del tablado
son las que has introducido?
GIBAJA. Un contento y un podrido,
un montañés y un menguado.
SERAFINA. Serán papeles valientes.
GIBAJA. Y ha de tener cada uno
su capricho.
MATEA. Uno por uno
son mis cuatro pretendientes.
SERAFINA. ¿Mujeres?
GIBAJA. Una que adora
á cuantos viere y no viere,
y otra que á ninguno quiere.
SERAFINA. ¿Mi hermana y yo?
GIBAJA. Sí, señora.
SERAFINA. ¿Silbaránla?
GIBAJA. No lo sé;
como en el patio mandaren.
MATEA. ¿Te enojarás si silbaren?
GIBAJA. Si lo merece, ¿por qué?
Los que más me han aplaudido,
que una y otra han vitoreado,
me miran. cuando la he errado,
como á privado caído.
Si entro aplaudido aquel día,
y no me habla bien Apolo,
dejárame venir solo
la gente que me seguía.

SERAFINA. Esa comedia es segura,
al aplauso te prevén.
GIBAJA. La que á nadie quiere bien
ha de cansar por figura.
SERAFINA. Lo más bien visto ha de ser.
MATEA. Ese capricho remedia.
GIBAJA. *(Ap.* Contándola la comedia
la digo mi parecer);
mas tengo trazado ya
que aunque es entendida y bella,
ninguno la quiere á ella.
SERAFINA. Eso es lo que ella querrá.
GIBAJA. Pero he pensado también
que el amante que la viere
quiera á la que á todos quiere.
SERAFINA. Eso quiere ella.
MATEA. Hace bien.
SERAFINA. La constante, yo he pensado,
que viéndola sin amor,
ha de ser la que mejor
parecerá en el tablado.
MATEA. La que ama con viva llama
es más extraña mujer:
al pueblo ha de parecer
mejor la que á todos ama.
SERAFINA. La fácil no es más excusa.
MATEA. A la constante condena.
SERAFINA. La facilidad no es buena.
MATEA. La constancia no se usa.
SERAFINA. Cuando á los fines esté...
MATEA. Si á la traza conviniere,
casa á la que nadie quiere.
GIBAJA. ¿Con quién?
MATEA. Yo lo pensaré.
SERAFINA. A la que no supo amar
deja sin casar.
MATEA. Sea ansí.
SERAFINA. Sea.
GIBAJA. Silbaránme á mí
si la dejo sin casar.
MATEA. ¿Pues qué trazas?
GIBAJA. Sin recelos
de silbo, en un paso extraño
trazo á la una un engaño,
y doy á la otra unos celos,
y otros diferentes ramos
el patio celebrará.

Sale una CRIADA

CRIADA. Todos han venido ya
á la academia.
SERAFINA. Pues vamos.
GIBAJA. ¿No es linda traza?
SERAFINA. Extremada.
GIBAJA. ¿Qué te parece?
MATEA. Famosa.
SERAFINA. No seré yo la celosa.
MATEA. No seré yo la burlada;
contenta estoy.
SERAFINA. Muerta vivo.
GIBAJA. Voy á la academia.
SERAFINA. Ven.
GIBAJA. Una academia hay también
en la comedia que escribo.

Vanse.

Sale RAFAELA con una sobremesa

RAFAELA. A esta sala han de venir,
y puesto que aquí ha de ser,
los bancos quiero poner
y el recado de escribir;
pero sola no podré
si no me ayudan á mí;
mas Gibaja viene allí,
á Gibaja llamaré.
¡Gibaja!

Sale GIBAJA

GIBAJA. ¿Quién me ha llamado?
RAFAELA. Yo.
GIBAJA. ¿Qué quieres?
RAFAELA. ¿Qué ha de ser?
Que me ayudes á tender...
GIBAJA. Habla presto.
RAFAELA. Aquel estrado.
GIBAJA. Quien tus partes estimó,
justo es que á servirte acuda;
desde hoy he de ser tu ayuda,
pero de cámara no.
RAFAELA. Tiende esa alfombra.
GIBAJA. ¿Trae lodos?

Tiéndenla.

RAFAELA. ¿No es soberbia alfombra esta?
GIBAJA. Antes, de puro modesta,
se deja pisar de todos.
RAFAELA. Tiende igual.
GIBAJA. Sí tenderé.
RAFAELA. El bufete.
GIBAJA. Mucho pesa.

Pónenle.

RAFAELA. Cásame esta sobremesa
con el bufete.
GIBAJA. Sí haré;
pero el bufete se ensancha.
RAFAELA. Cásele.
GIBAJA. No le conviene,
que la sobremesa tiene
por un cuarto una gran mancha.
RAFAELA. ¿Pues el bufete quién es
que desa mancha se enfada?
¿No es una bestia pesada
que anda siempre en cuatro pies?
GIBAJA. Dices bien, no mire en nada:
cásese, cuerpo de tal.
RAFAELA. Córtala.
GIBAJA. Pues ponla igual,
no sea corta y mal echada.
RAFAELA. Pluma y tinta venga aquí.
GIBAJA. Y los polvos vengan presto.

Pónenlo todo.

RAFAELA. Muchos hacen mangas desto.
GIBAJA. ¿De polvos de cartas?
RAFAELA. Sí.
GIBAJA. Dime necedades hartas,
que escuchártelas me alegra.
RAFAELA. Las mangas de lana negra
¿no son de polvos de cartas?
GIBAJA. Poner los bancos intento.
RAFAELA. Pardiez, que ha de ser gran día.
GIBAJA. ¿Ves esto de la poesía?
Pues todo es cosa de viento.
RAFAELA. Ya bien pueden empezar.
GIBAJA. Parlando están allá fuera.
RAFAELA. En tanto, saber quisiera
yo cuándo me he de casar;
¿no me lo ofreciste?
GIBAJA. Digo
que á darte un novio me allano;
mas ¿quiéresle de mi mano?

RAFAELA. Sí.
GIBAJA. Pues cásate conmigo.
RAFAELA. ¿Juegas?
GIBAJA. Sí, gracias á Dios.
RAFAELA. ¿Gastas?
GIBAJA. A todo rozar.
RAFAELA. ¿Viéneste tarde á acostar?
GIBAJA. A la una ó á las dos.
RAFAELA. ¿Callarás?
GIBAJA. ¿Pues qué he de hacer?
RAFAELA. ¿Verás?
GIBAJA. No veré, á fe mía.
RAFAELA. ¿Y en casa estarás de día?
GIBAJA. A las horas de comer.
RAFAELA. ¿Vivirás muy confiado?
GIBAJA. Y desconfiado también.
RAFAELA. ¿Y á mí me tratarás bien?
GIBAJA. Como ande yo bien tratado.
RAFAELA. ¿No me dejarás mandar?
GIBAJA. Mucho puede la razón.
RAFAELA. ¿Irás á una comisión?
GIBAJA. Si tú me la hicieres dar.
RAFAELA. ¿Sabrásme amar y querer?
GIBAJA. Cuando me toques á mí.
RAFAELA. ¿Estás firme en eso?
GIBAJA. Sí.
RAFAELA. No te faltará mujer.
GIBAJA. De tu ama saber quisiera
qué tahur de amor le agrada.
RAFAELA. Ella está ya tan picada
que jugará con cualquiera.
GIBAJA. ¿Picada está?
RAFAELA. ¿No lo ves?
GIBAJA. Pero la academia toda
viene ya.
RAFAELA. Esto y la boda
se queda para después.

Salen ESTEBAN y JACOBO y todos los demás ACADÉMICOS y MÚSICOS

MÚSICO 1.° Hoy cumple quince años
Matea divina,
pero sólo con ellos
no es muy cumplida.
MÚSICO 2.° Esto de los años
yo no lo entiendo;

que aunque es bueno cumplirlos,
no los es tenerlos.

RAFAELA. *(Canta.)*

Por cortés no he tenido,
sino por viejo.
al que anda con sus años
en cumplimientos.

MARCOS. ¡Que se usen academias.
y que muy necio y confiado
de mis versitos me venga
con mi locura en la mano!

SERAFINA. El fiscal sea Rafaela;
Matea, á quien celebramos,
presidirá, y yo he de hacer
oficio de secretario.

RAFAELA. La música, á cada asunto
que se lea, está trazado
que cante.

MARCOS. Pero ha de ser
lo que se cante, glosando
el mismo asunto.

ROQUE. Está bien.

GIBAJA. Cada académico ha dado
una letra al mismo asunto
que trae.

RAFAELA. Ea, ¿no empezamos?

PABLO. La oración.

GIBAJA. ¿A quién le toca?

RAFAELA. A la que preside.

MARCOS. Al caso;
y no haya oración muy larga
de un grave sueño, que al cabo
de una hora larga nos diga
mil disparates soñados.

GIBAJA. Es sueño con pesadilla.

ROQUE. Háganse en lenguaje claro
proposición de la fiesta.

PABLO. Pues *propositio est oratio.*

SERAFINA. A los años de Matea.
que cumpla felices años,
¡oh milicia de las letras!
en día festivo os llamo.

RAFAELA. Diósele el primer asunto:
¿A quién se le dió?

GIBAJA. A don Pablo,
y es la que á doña Matea

pida que elija de cuatro
que la quieren un sujeto.

RAFAELA. Pero se le ha ordenado
que sea en cuatro redondillas,
y han de tener todas cuatro
los tres versos en romance,
y en latín el verso cuarto.

GIBAJA. En redondillas parece
que es difícil.

GONZALO. Para mancos.

PABLO. Pues canten la seguidilla
que hice á mi Matea.

ROQUE. Oigamos.

MÚSICA. Mira que en la corte
dicen algunos
que por querer á cuatro
no eliges uno.

PABLO. Cuatro aspiran á tu mano,
pero en ninguno te empleas,
si hombre de valor deseas,
diré *Arma virumque cano.*
Si yo no vengo á ser sólo
á quien el premio se dé,
que no te quiero diré
sed nolendo dico volo.
Piadoso tu desdén mire
esta mi ardiente pasión,
ábreme tu corazón,
si forte vis aperire.
Cuatro somos, pues, por Dios,
que á uno sólo el premio dés,
que desengañes los tres,
te rogamus audi nos.

RAFAELA. Diósele el segundo asunto
de la academia á don Marcos.

MATEA. A que en doce redondillas
nos diga, por no ser largo,
doce cosas solamente
de las que se pudre.

GONZALO. ¿Es chasco?

MARCOS. Canten mi letra primero.

SERAFINA. ¡Famoso asunto!

RAFAELA. Ajustado.

MÚSICA. No están todos
en la casa de los locos.

MARCOS. Púdrome de lo siguiente:
Porque este asunto escribí

á esta academia, de mí
me pudro primeramente.
Item más: pudrid me debo
de que echen todos el mal
á quien por no tener sal
no ha echado sal en el huevo.
El que se teme del rayo
sin haberle hecho por qué,
¿para qué quiere que dé
en la casa de Tamayo?
Que el que en un lodo ó pantano
cayó de torpe ó de ciego,
se levante y vaya luego
á la nariz con la mano.
Que un reloj compre un menguado
y á todos ande después
preguntando qué hora es
para traerle ajustado.
Aquel que, sin resistillo,
con un servidor ha andado,
¿por reñir en colorado
limpiase de lo amarillo?
Que se azote un majadero
no me causa pesadumbre;
¿pero que haya quien le alumbre,
costándole su dinero?
¿Que ande un hidalgote añejo,
con aire y hielo á porfía,
por los montes todo un día
para coger un conejo?
¿Que haya puercos mentecatos
que, aunque sea de buen pelo,
ensucien un ferreruelo
por limpiar unos zapatos?
¿Y que ahorre el mosquetero
seis cuartos de su caudal,
y que se venga al corral
á silbarse su dinero?
¿Que por ruar un peinado
día de Angel y San Blas.
alquile un coche no más
á estar seis horas parado?
¿Que envíe un hombre á comprar
un caballo á Andalucía,
y le preste el mismo día
que llega para torear?
¿Que haya quien vaya á porfía

á los toros de Alcalá,
no más de á pasar allá
dos noches malas y un día?
Pues los músicos digan á coros.

MÚSICOS. No están todos
en la casa de los locos.

MATEA. Bien escrito está el asunto.
El tercero se le ha dado
á don Roque; es á que diga
ocho coplas, ponderando
por qué no se le da nada
de todos.

ROQUE. Empiecen cantando
los músicos mi letrilla

RAFAELA. Es vieja.

ROQUE. Pero es del caso.

GIBAJA. Ea, canten, por vida mía
la letrilla.

RAFAELA. Ya cantamos.

MÚSICOS. Que se caiga la torre
de Valladolid,
como á mí no me coja,
¿qué se me da á mí?

ROQUE. Un disparate es morirse,
el pudrirse más de mil;
luego el pudrirse es lo mesmo
que irse dejando morir.
Traiga ó no traiga mi dama
la pollera ó faldellín,
¿por qué la he de perdir cuenta
de lo que yo no la di?
La fama que el abogado
tiene sin saber latín,
¿qué me importa que la tenga,
si no ha de abogar por mí?
Que un caballero novicio
salga á torear en Madrid,
pregunto yo: ¿rueda él
por entrambos ó por sí?
Que no pague á los criados
un señor, ¿qué importa, en fin,
si ha menester lo que tiene
para echallo por ahí?
¿Qué me importa que don Diego,
don Andrés ó don Martín
no tengan para comer,

si lo gastan en vestir?
Hacerse uno caballero,
saberlo obrar y fingir,
¿qué le quita á mi solar
si echa la culpa al del Cid?
La mujer que me ha admitido,
aunque mire aquí y allí,
el favor que á mí me hace
¿por qué se le ha de reñir?
Pues los músicos vuelvan á decir:

MÚSICOS. Que se caiga la torre
de Valladolid, etc.

GIBAJA. Así habían de ser todos
los hombres.

MATEA. Asunto cuarto,
que se le dió en seguidillas
doce, al señor don Gonzalo.
Explique de qué manera
quiere á la dama.

GONZALO. Escuchadlo:
pero yo no he dado letra;
mas todo el coro muy claros
todos los últimos versos
me los pespunten al canto.
Jesús, María y José,
seguidillas. ¿digo algo?

ROQUE. No hay más que decir.

GONZALO. Principio
de la obra.

GIBAJA. Bien pensado.

GONZALO. La dama que yo adoro
quiero que tenga
una cara, que todos
digan bellezas.

MÚSICOS. Una cara, etc.

GONZALO. Sea pequeña ó grande,
me parece bien,
que á la larga ó la corta
la pienso querer.

MÚSICOS. Que á la larga ó la corta, etc.

GONZALO. Aunque sea habladora,
también la quiero,
que á la mujer del chisme
me viene á cuento.

MÚSICOS. Que la mujer, etc.

GONZALO. Flaca no me la quiero,
porque es vergüenza

tener un hombre dama
que haga flaquezas.

MÚSICOS. Tener, etc.

GONZALO. A la gorda es un tonto
quien no la adora;
pues vale lo que pesa
cualquiera gorda.

MÚSICOS. Vale, etc.

GONZALO. Pero fea ó hermosa
no la despido,
que el quererlas á todas
cierto que es vicio.

MÚSICOS. Pero fea, etc.

Repiten.

GONZALO. Fin de la obra. En Madrid;
y lo firmo: «Don Gonzalo».

RAFAELA. El quinto y último asunto.

GIBAJA. Quedo que, aunque no me han dado
asunto, traigo un soneto
de don Juan, el Valenciano,
que en juegos de la poesía
fué gran tahur de vocablos.

RAFAELA. Vaya el soneto.

MARCOS. ¿Y sin letras?

GIBAJA. No, que á la letra le traigo.
A tus amantes (ninfa vil) repástalos,
y en regalada cama, incasta, acuéstalos,
búscalos, enamóralos, recuéstalos,
preténdelos, escóndelos y engástalos.
A todos castos con fervor descástalos,
á todos peros en tu cesta encéstalos;
aunque no te molesten, tú moléstalos;
aunque no te embanasten, tú embanástalos.
Por cuatro ó cinco endrinas, Dina, endrínalos;
en ocho ó nueve cubas, Cuba, enmóstelos;
con doce ó trece sustos, Dama, asústalos;
Llámalos, amonéstalos, inclínalos,
abrásalos, enciéndelos y tóstalos,
enfráudalos, engáñalos y embústelos.

RAFAELA. El último y sexto asunto
manda que, representando
Matea con Serafina,
hagan entrambas un lazo
de dos asuntos; pero ellas
los han de elegir entrambos.

GIBAJA. Metro y asunto son libres.

MATEA. A obedecer me levanto,
y á representar mi asunto.
SERAFINA. Yo, lo que se me ha ordenado
por la academia obedezco.
MATEA. Mi asunto es este, escuchadlo:
A una dama que quería
cuantos vía; pero cuando
se ve querida, aborrece
los mismos que antes ha amado.
SERAFINA. Pues mi asunto es á una dama
que siempre aborreció cuantos
la quisieron; pero hoy quiere
sólo porque la olvidaron.
MATEA. En décimas es mi asunto.
SERAFINA. También lo es el mío.
RAFAELA. ¡Raros
asuntos!
GIBAJA. Pues cante el coro
lo mismo con que acabaron
la audiencia de los amantes.
RAFAELA. Y tanto á mí me ha agradado
el estribillo, que todos
á mi ruego le estudiaron.
MÚSICOS. Si aborrecidas adoran,
si adoradas aborrecen,
¡lo que son mujeres!
MATEA. Cuando á los hombres amaba
mi obstinación y porfía,
no pensé que merecía
lo mismo que deseaba;
que como desconfiaba
de mis méritos, también
por tenerlos quise bien;
mas como veo mi error,
me desnudo del amor
por estrenar el desdén.
SERAFINA. Cuando una y otra pasión
desechó mi voluntad,
lo hacía mi vanidad
aún más que mi inclinación;
pero ¡ay! que mi presunción
se llegó á desengañar;
al contrario debo obrar:
luego forzoso ha de ser
que yo busque á quien querer
si no hallo á quien desdeñar.
MATEA. Ya dentro del alma siento

mi dolencia remediada,
pues de un achaque de amada
creció un aborrecimiento:
la llama de aquel violento
fuego está desvanecida;
convalecí de querida
y sané de aborrecer,
si no vuelvo á recaer
en viéndome aborrecida.

SERAFINA. Parece (si mi dolor
junto mi desconfianza)
que es quien quiere mi venganza,
no quien se queja mi amor:
amo de ira y cría el ardor
verme olvidar y ofender;
¿de ofendida he de querer?
¡Oh, amor errado é impropio!
¡Que quiera yo por lo propio
que había de aborrecer!

PABLO. Pues decláranos tu mal.

MARCOS. Dinos tu odio también.

SERAFINA. Quiero sin saber á quién.

MATEA. Yo aborrezco y no sé á cuál.

PABLO. Yo no lo entiendo.

GONZALO. Ni yo.

PABLO. Tales extremos no vi.

MARCOS. ¿Amas de venganza?

SERAFINA. Sí.

ROQUE. ¿Aborreces de odio?

MATEA. No.

GIBAJA. Serafina, y si supieras
que todos cuatro te adoran,
que aman, suspiran y lloran
por tu amor, ¿cuál eligieras?

SERAFINA. Por vencer esta tirana
pasión, que arder no se ve,
á uno eligiera; mas sé
que tiene amor á mi hermana.

MATEA. Desde que amada me vi
los empecé á aborrecer.

GIBAJA. Pues bien los puedes querer,
que no te quieren á ti;
A Serafina.
sólo á ti te aman de veras.

MATEA. Según eso...

GIBAJA. Te han mentido.

SERAFINA. Luego era su amor...

GIBAJA. Fingido.
SERAFINA. ¿Por qué?
GIBAJA. Porque los quisieras.
SERAFINA. No perder la ocasión quiero,
no se puede, amor tirano;
don Marcos, esta es mi mano.
MARCOS. Una palabra primero:
Serafina, aunque ahora das
esa mano á mi esperanza,
¿por qué me amas?
SERAFINA. Por venganza.
¿Y tú?
MARCOS. Por tema no más.
Yo porque en tus celos vea
repetido tu dolor,
fingí que tenía amor
sólo á tu hermana Matea.
SERAFINA. ¿Tú me has amado y servido?
MARCOS. Yo (aunque me arriesgue á quererte)
serví por sólo vencerte.
SERAFINA. ¿Pues qué intentas? Ya has vencido.
MARCOS. Que más fina y más constante
ames al que te quisiere,
que para mí no es quien quiere
de picada, y no de amante.
Ansí la ira mitigo
de tu obstinado desdén,
y á tu vanidad también
le vengo á dar un castigo.
No es justo que quiera yo,
aunque seas tan hermosa,
una dama caprichosa
que hoy quiere y mañana no.
¿Pues con qué seguridad
ha de gozar tu favor
el que sabe que es tu amor
hijo de tu vanidad?
ROQUE. Y yo, Serafina hermosa,
digo lo mismo, por Dios.
GONZALO. Pues la que no es para vos,
tampoco para mí es cosa.
PABLO. *Nec mihi.*
SERAFINA. A ti te he elegido,
Esteban.
ESTEBAN. Eso me agrada,
¿pues cuándo fué una dejada
alhaja de un presumido?

SERAFINA. Tú alcanzaste la victoria,
merecerás por constante.
JACOBO. Acordaráislo adelante,
para que tenga memoria.
SERAFINA. Pues si son estos los hombres...
MARCOS. Pues si estas son las mujeres....
GIBAJA. Si esto es ser casamentero,
pues no hay quien se case adrede...
SERAFINA. Pues aman aborrecidos...
JACOBO. Pues queridas aborrecen...
MATEA. Para que escarmienten todas...
MARCOS. Por que todos escarmienten...
ESTEBAN. Canten uno y otro coro...
GIBAJA. Repitan una y mil veces...
TOD. Y MÚS. Mujeres, ¡lo que son hombres!
Hombres, ¡lo que son mujeres!
GIBAJA. Y don Francisco de Rojas
un vítor sólo pretende
porque escribió esta comedia
sin casamiento y sin muerte.



DON DIEGO DE NOCHE





PERSONAS

EL PRÍNCIPE DE ARAGÓN.
EL CONDE DE URGEL.
LEONORA, su hermana.
DON FERNANDO.
DON CARLOS, su hijo.
LUCINDA, su hermana.
DON BERNARDO.
DON DIEGO DE MENDOZA.
LOPE, su criado.
FEBO, RAMIRO, CELIO, LISEO, LUCRECIO, criados.
FLORA, criada.





JORNADA PRIMERA

Una calle en Zaragoza. Es de noche

Salen el CONDE y DON BERNARDO

BERNARDO. Cuando hay segura amistad
justamente se confía.
CONDE. Con este engaño querría
conquistar la voluntad.
BERNARDO. Si sabes la que te tiene
el príncipe de Aragón,
vanos los engaños son.
CONDE. Aumentarla me conviene,
y si ambición te parece
querer agora aumentalla,
por lo menos conservalla
justa disculpa merece;
no da al capitán la gloria
don Bernardo, el conquistar,
sino es saber conservar
la gloria de la victoria;
quiéreme el príncipe bien,
pero con esta ocasión
conservaré la opinión
y la esperanza también;
de la industria no te espantes,
que el amor, donde hay poder,
como el mal, suele tener
sus crecientes y menguantes;
él quiere perdidamente
á Lucinda de Aragón;
no es casamiento, aunque son
deudos; porque no es decente

que dentro del reino case,
que en lo demás le igualara;
ella, que en su honor repara,
de que se hiele ó se abrase
tiene muy poco cuidado,
y así, el príncipe, celoso,
ronda esta calle, animoso
de que ha de hallar confiado
la causa por que la deja.

BERNARDO. ¿Y hay causa?

CONDE. De ajeno amor
ninguna, sólo su honor
este desdén le aconseja;
con esto, tengo pensado
fingir que hay causa, por quien
le deja, y hacer también
que fueses tú disfrazado
quien le salga á acuchillar
con dos criados leales,
pues que tú los tendrás tales,
que esto les puedas fiar;
yo, que escondido estaré,
saldré á ponerme á su lado;
huiréis todos, con cuidado
de que el príncipe me dé
por autor de aquella hazaña,
y por cuya valentía
en la confianza mía,
pues en esto á nadie engaña,
ponga su amor y secreto,
y llegue yo á tal lugar,
que venga Aragón á estar
á mis intentos sujeto:
que el que tuviere con él,
ese tendrás tú conmigo.

BERNARDO. Tú sabes que soy tu amigo
y que te he sido fiel;
de tu intento, conde, estoy
advertido; dos criados
tengo leales y honrados
de quien deudo y dueño soy,
á quien daré desto parte.

CONDE. Pues parte y diles mi intento,
y cómo es mi pensamiento,
Bernardo, alcanzar por arte
lo que niega la fortuna.

BERNARDO. ¿A qué hora viene aquí?

CONDE. El suele decirme á mí
que entre las doce y la una.
BERNARDO. Yo voy.
CONDE. El cielo te guíe.
BERNARDO. Tu dicha el cielo previene. *Vase.*
CONDE. ¡Dichoso el hombre que tiene
un hombre de quien se fíe!

Salen el PRÍNCIPE y CELIO

PRÍNCIPE. Vete, Celio, que se enoja
Lucinda de que á su puerta
venga con gente.
CELIO. Ella acierta;
porque lo que más despoja
á una dama de su fama,
es publicar sus amores
el galán.
PRÍNCIPE. Pocos favores
publicaré de mi dama.
CELIO. No estaré lejos de aquí,
por si llama Vuestra Alteza. *Vase.*
PRÍNCIPE. Desdén con tanta belleza,
¿qué quieres hacer de mí?
¡Ay ventanas! cuando os veis
del sol puertas de zafiros,
si de mil dulces suspiros
las rejas enternecéis.
¿Por qué no decís que veis
mis ojos hechos aurora?
Pues ella por verle llora,
y ellos, al contrario, al cielo
hasta que rompiendo el velo,
los pies de la noche dora;
huya de mi sol Lucinda
esta noche artificial,
que la noche natural
no quiero que se le rinda;
que su luz hermosa y linda
no saldrá, si coronado
de luz sale el sol prestado
al cielo desde sus ojos,
donde yace por despojos
la noche de mi cuidado.
¿De qué me sirve el poder,
si no puedo lo que quiero,
y en lo que quiero no espero

que pueda más de querer?
Mas si querer es hacer
lo más que puede el valor,
yo quiero que tu rigor
pueda en mí lo que quisiere,
pues harto puede quien quiere
sufrir cuanto puede amor.

CONDE. *(Ap.)* Notables quejas, suaves
suspiros, lástima es ver
que tenga amor tal poder
hasta en los hombres más graves;
Lucinda sale, yo quiero
esconderme hasta que venga
don Bernardo, porque tenga
principio el favor que espero;
que al ingenio muchas veces
se ha rendido la fortuna. *Vase.*

PRÍNCIPE. Los marcos dan luz alguna.
¡Ay dulce sol, si amaneces!

Sale LUCINDA

LUCINDA. ¿Es Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE. Yo soy,
y no me llames así,
que ya no hay alteza en mí
después que á tus pies estoy.

LUCINDA. ¿Quién viene con vos?

PRÍNCIPE. Señora,
el elemento del fuego,
un niño, un gigante, un ciego,
un Argos que vela agora;
una salamandra ardiente,
un áspid entre las flores,
que es sobre varios colores
camaleón transparente;
un Fénix que muere y nace
de sí mismo, una sirena
que canta y mata, una pena
que atormenta y satisface,
un animoso temor;
pero puesto que os asombre
si queréis saber su nombre,
sabed que se llama amor.

LUCINDA. Bien parecéis, gran señor,
pues aunque os tengo avisado,
venís tan acompañado.

PRÍNCIPE. Pues con todo cuanto os digo,
vengo tan solo, que sigo
la sombra de mi cuidado,
que de mi amor los efetos
son interior compañía,
aunque á tenerla de día
los reyes están sujetos.
LUCINDA. ¿Pues es de día?
PRÍNCIPE. En secretos
rayos del sol para mí,
que en vuestros ojos le vi.
LUCINDA. En fin, ¿estáis solo?
PRÍNCIPE. Amor
está conmigo.
LUCINDA. Mi honor
me obliga que os hable así.

Salen DON DIEGO y LOPE, de camino

DIEGO. Las postas fué muy bien hecho
que á la puerta se quedasen.
LOPE. Sí, pero no que llegasen
á las horas que sospecho.
DIEGO. ¿En qué lo ves?
LOPE. En no ver
tienda abierta en Zaragoza,
mesón de huésped ni moza.
DIEGO. No sé qué habemos de hacer,
que no me está bien llegar
con alboroto.
LOPE. No siento
lo que es el alojamiento;
pero quisiera alojar
la panza si hubiera dónde.
DIEGO. Eso es imposible ya.
LOPE. ¿La noche qué no podrá?
Todo lo encierra y lo esconde.
DIEGO. Llaman ausencia del día
á la noche.
LOPE. Bien dijeron,
pues sus sombras se atrevieron
á la falta que él hacía.
DIEGO. El silencio y soledad
de la noche son efetos.
LOPE. Pasteleros recóletos
son los de aquesta ciudad;
sustento tan socorrido

no se había de esconder
hasta el alba.

DIEGO. Si comer
quieres de lo que he traído,
Lope, aquí en la faltriquera,
eso puedo darte.

LOPE. ¿Y es?

DIEGO. Confites.

LOPE. No me los des;
¡pesar de un pie de ternera
con un ajo castellano!
¿Yo confites? ¿Soy ardilla?

DIEGO. Mira que son de Castilla.

LOPE. ¡Oh confitero inhumano!
Cómalos un gran señor
después de treinta capones
por guisar imperfecciones
al gusto con limpio olor.

DIEGO. Lo dulce es muy alabado.

LOPE. Pues que lo coma el Sofí;
un capitán conocí
que no recibió soldado
que supiese que en su vida
comió confites.

DIEGO. ¿Por qué?

LOPE. Porque se sabe que fué
siempre superflua comida,
femenil y delicada,
y un soldado ha de comer
sierpes, y á falta, morder
las manzanas de la espada.

DIEGO. Hartos veo y harto honrados
que porque espadas no tienen
no las comen.

LOPE. Esos vienen
con servicios desdichados;
pero cuando el tiempo es tal
aunque en dichosos imperios,
que coman de monasterios
tenlo por mala señal;
algunos hombres dejaron
en testamentos que hicieron
raciones con que vivieron
á perros con quien cazaron;
soldado has sido no más,
durmamos, si hay dónde.

DIEGO. Aquí
hay un portal.
LOPE. Yo por ti
me pesa, que en fin estás
á buena cama enseñado;
yo, medio galgo y medio hombre,
tengo diez de gentilhombre
y en pie me duermo arrimado.

Arrimados don Diego y Lope.

Salen DON BERNARDO, RAMIRO y FEBO

BERNARDO. Cuando os hiciere señal,
los dos acometeréis;
y mirar que le apretéis,
pero con destreza tal,
que jamás le toque espada.
RAMIRO. Deja el cuidado á los dos.
LOPE. Moscones andan por Dios.
DIEGO. Duerme, y no pienses en nada.
LOPE. Matéle.
DIEGO. No hagas ruido.
LOPE. Es con el diablo.
DIEGO. Callar.
LOPE. Moscones, id á picar
un hombre que haya comido.
FEBO. ¿Qué aguardas?
BERNARDO. A que se vea
el conde, que ha de llegar
á defenderle.
LOPE. Picad
con el diablo. ¿Soy jalea?
¿Soy pastel? ¿Soy manjar blanco?
¿Soy pierna de pobre?
DIEGO. Advierte
que anda gente.
LOPE. Desa suerte
la de *me fecit* arranco.
LUCINDA. Gente suena, y no es razón
que sepan con quién habláis.
PRÍNCIPE. ¿Celos del temor me dáis?
LUCINDA. No hay burlas con la opinión. *Vase.*
FEBO. Gente he sentido, sin duda
es el conde.
BERNARDO. Meted mano.

Pónense máscaras.

PRÍNCIPE. No me recelaba en vano;
si aquí el valor no me ayuda,
traidores me han de acabar,
que son traidores los celos.

BERNARDO. Matadle, llegad.

DIEGO. ¡Ay cielos!

PRÍNCIPE. Nadie se dejó matar.

DIEGO. Y más teniendo á su lado
un hombre de bien.

LOPE. Y aun dos.

FEBO. De veras riñen, por Dios.

BERNARDO. El conde nos ha engañado.

Huyen los tres del príncipe y de don Diego.

Sale el CONDE

CONDE. *(Ap.)* ¿Qué es esto? ¡Sin que yo venido hu-
al príncipe acomete don Bernardo! [biere,

PRÍNCIPE. Dejadlos, caballero, que me importa
no ser en esta calle conocido.

CONDE. *(Ap.)* Gente sin duda el príncipe ha traído.

DIEGO. Haré lo que mandáis, pues ya sospecho
que de alguna persona el honor causa
que no acabéis la comenzada empresa.

CONDE. *(Ap.)* Erré el suceso. ¡Oh industria, cuantas
resultas en más daño de tu dueño! [veces
Volverme quiero, que será mi muerte
si me reconociesen en la calle. *Vase.*

PRÍNCIPE. A lo que muestra el hábito y el talle,
parecéis forastero, caballero.

DIEGO. En este punto llego á Zaragoza,
y fué dicha llegar en este punto,
porque sin duda os matan si no llego.

PRÍNCIPE. Téngalo por sin duda, que soy hombre
que sin resolución tan atrevida
no vinieran con máscaras de celos;
yo sirvo en esta calle á cierta dama
que su desdén encubre con su fama;
no corresponde á mis obligaciones
que dice que no quiere en opiniones
su honor; y para mí miente, pues veo
que el dueño, como veis, de su deseo
viene á matarme, siendo yo; ¿qué dudo
de hablar con vos, á quien la vida debo?
siendo el príncipe yo.

DIEGO. Dábame el alma
mil señas del valor de Vuestra Alteza,

que las tinieblas de la oscura noche
querían encubrir á mi ignorancia;
dadme esos pies mil veces.

PRÍNCIPE. Con los brazos
honrar es justo los valientes vuestros;
ya que sabéis quién soy, y que os prometo
no ser ingrato á beneficio tanto,
decidme vos quién sois.

DIEGO. Si Vuestra Alteza
la palabra me da de no decirlo
hasta que estén mis cosas en estado
que puedan dar la cara descubierta,
sabrá quién soy y mis desdichas.

PRÍNCIPE. Digo
que con la obligación de vuestro amigo
si la de ser quien soy no basta, juro
de tener en secreto vuestro nombre.

DIEGO. Pues en tan justa confianza, oidme.

PRÍNCIPE. Imitaré la noche en el silencio.

LOPE. Y yo, entretanto, en este umbral tendido,
quiero probar que un hombre que ha corrido
la posta, y llega, el parche desollado,
puede dormirse sin haber cenado.

DIEGO. Heroico príncipe, en quien
el alto cielo atesora
las grandezas y virtudes
que un real sujeto adornan;
vos que habéis de dar más nombre
y excelencia más famosa
á la casa de Aragón
que sus insignes victorias,
sabed que, para serviros,
soy don Diego de Mendoza,
deudo de familia ilustre,
de la banda verde y roja;
de la montaña á Castilla
vine con edad tan poca,
que fuí menino del rey
que hoy con su llave me honra;
fué mi ejercicio la caza
gran tiempo, y en las frondosas
selvas mi vida más libre
que el viento, rey de las ondas;
allí las aves andaban
de mis tiros temerosas,
y las fieras de mis armas
trepando las altas rocas;

en la orilla del Pisuerga
pasaba las tristes horas
de los juveniles días
que la mejor sangre gozan;
otras veces, á la espada
negra, acompañada ó sola,
enseñaba el fuerte brazo,
que tanto al que es noble importa;
víneme á hacer tan robusto,
que no volviera pelota
que yo sacara Roldán:
así volaba furiosa;
pues en las cañas la mía
de manera el aire azota,
que la tuvieran por ave
las celestes claraboyas;
en la arrugada cerviz
de los toros de Zamora
vió Valladolid mil veces
cuchilladas tan airosas,
que las arenas sangrientas
alcanzaron con la boca,
como otras veces la hierba
del Duero en la verde alfombra;
no sabía en este tiempo
si amor era pena ó gloria,
si era alegría ó tristeza,
si era descanso ó congoja,
si era voluntad ó fuerza,
si era antídoto ó ponzoña,
si era enemigo ó amigo,
si era fábula ó historia;
pero por tomar venganza,
si de los libres la toma,
previno el arco, imitando
la que á ninguno perdona:
nació un príncipe en Castilla,
en cuyas fiestas dichosas
una sortija mantuvo
el claro marqués de Astorga;
salí galán de encarnado,
con mil armiños por orla,
todo el campo del vestido
narcisos de plata bordan;
blanco un hermoso caballo
que de la crin á la cola
pienso que estuvo del arte

naturaleza envidiosa;
llamábase *Pensamiento,*
nombre que su intento abona,
porque en la color y el vuelo
pensó que era garza hermosa.
Dábanle mayor belleza,
aunque era extremo de todas,
guarniciones encarnadas
llenas de perlas y aljófar.
Llevé en un dorado carro
con una palma y corona
á la libertad triunfando
del amor, las flechas rotas.
Atados iban los celos
con la ausencia peligrosa,
el desprecio y el desdén
con grillos y con esposas.
Ganéle al mantenedor
por mejor lanza una joya;
dila á una dama del rey
de la casa de Cardona;
agradecióme otro día
el servicio. y de una y otra
palabra fué amor trazando
su venganza rigorosa.
Tracé escribirla un papel,
no porque el amor le nota,
mas por parecer discreto,
que hay arrogancias en prosa.
Respondióme y fué creciendo
la amistad, hasta que toda
el alma, hasta allí cobarde,
en el mar de amor se engolfa.
Apenas vine á quererla,
cuando de ella se enamora
Nuño de Zúñiga, un hombre
de grande y gentil persona,
Trece del Orden ilustre
de la insigne espada roja,
hombre estudioso en la guerra,
Pirro en Grecia, Héctor en Troya.
Los celos que llevé á todos,
el amor desaprisionan
tanto, que estuve á sus pies.
Así se truecan las cosas.
Cayósele del marfil
de la mano á esa señora

en un jardín cierto día
un guante, cogiendo rosas.
Corrimos juntos yo y Nuño
á alzarle; su furia loca
fué tal, que me derribó
sobre una fuente, que agora
no murmurará de mí,
como á ver el campo corra,
adonde sus vidrios puros
trocó por sangrientas olas.
El rey volvió la cabeza,
la risa le fué forzosa,
los deudos se alborotaron,
sólo amor no se alborota.
Fuíme, y escribíle á Nuño,
que le espero á las diez horas
en el prado de la Santa,
que á serlo á tantas provoca.
Vino Nuño y vino solo,
y apenas miró mi sombra,
cuando sacando la espada
la capa en el brazo dobla.
Contarte aquesta pendencia,
era aguardar que la aurora
se hallase donde te cubres
de la noche perezosa.
Basta saber que á los brazos
llegamos, porque socorra
mi honor, derribando á Nuño,
caída tan afrentosa.
Maté á Nuño con la daga,
por donde faltó una cota
que traía, y con mis celos
murió también mi deshonra.
Por tomar mi capa entonces,
tomé la suya; responda
por mi turbación el caso,
donde más ánimo sobra.
Fuíme á la cena del rey,
por disimular; mas vióla
con la cruz dos ó tres veces:
yo, por ver que mira y nota,
bajo los ojos, y veo
la capa de Nuño, y gotas
de sangre por muchas partes;
y allí la cruz, de la forma
que en las esquinas la ponen

para trágica memoria
en letras que della informan:
«Aquí mataron á un hombre»,
que era probanza notoria.
Viendo la inquietud del rey,
con turbación vergonzosa
cubrí la cruz á las hachas
que ya la alumbraban todas:
y antes que el rey se acostase,
camino de Zaragoza
tomé la posta, que salva
mejor que el ruego la posta.
Llegué donde tengo á dicha
que á un mismo tiempo conozcas
mi historia de mis palabras,
y mi valor de mis obras.

PRÍNCIPE. Don Diego, no pudiera encarecerte,
si no pensara ser agradecido,
el gusto que me ha dado conocerte
y el ver que á nuestro reino hayas venido;
mi obligación de esta verdad te advierte,
y el ser quien soy; y así, te ruego y pido
vengas conmigo, que es gastar razones
principios de negar obligaciones.
Dos hijos tendrá el rey, y yo un hermano.

DIEGO. Señor, perdonaréis mi atrevimiento,
que aquí no he de ser visto de hombre hu-
[mano,
porque me importa cierto pensamiento.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices?

DIEGO. Que me deis, señor, la mano;
porque en amaneciendo, daré al viento
velas en postas por el mar airado
de mi temor, que corre más sagrado;
que aunque es verdad de vos seguro fuera,
no quiero que los deudos, grandes todos,
de Nuño, busquen la ocasión primera
para matarme con injustos modos.
Es la venganza bárbara tan fiera,
que los ejemplos griegos, persas, godos,
romanos y españoles, con mil voces
muestran al que agravió casos atroces.
Yo me quiero partir á Barcelona,
y de allí á Italia, con licencia vuestra.

PRÍNCIPE. Pues para estar secreto, ¿no me abona
sino el poder la diligencia nuestra?
Para sólo esconderse tu persona

de la venganza, en invenciones diestra,
¿no tendrá Zaragoza mil sagrados?
¿No hay guardas, no hay defensas, no hay [soldados?

DIEGO. No niego que pudieras defenderme;
pero para mejor asegurarme,
me importa de las lenguas esconderme,
que pueden con las plumas declararme;
si me has de hacer merced, si quieres verme,
déjame á mí de mi temor guardarme,
que en Zaragoza viviré escondido,
sin ser de ningún hombre conocido.

PRÍNCIPE. ¿Pues cómo te veré, si ya obligado,
tu amigo soy?

DIEGO. En este mismo puesto
todas las noches.

PRÍNCIPE. Quedo confiado
que tu palabra cumplirás en esto.

DIEGO. Seguro puedes ir.

PRÍNCIPE. Llama al criado.

DIEGO. ¿Lope? ¡Ah Lope!

LOPE. ¿Qué necio tan molesto
despierta á los cristianos á esta hora?

DIEGO. Mira que sale ya la blanca aurora.

LOPE. ¡Oh, pesia á los poetas que inventaron
aurora ó calabaza! ¿No pudieran
pasarse sin su aljófar?

DIEGO. Mira, loco,
que está Su Alteza aquí.

LOPE. Perdona al sueño,
que suele ser de los sentidos dueño.

PRÍNCIPE. Venga conmigo Lope, porque quiero
que no le falte en Aragón dinero.

DIEGO. Los dos hasta la puerta de palacio
iremos siempre que á esta calle vengas;
pero pasar de allí no lo permitas.

PRÍNCIPE. No sé qué pensamientos solicitas.

LOPE. Déjame á mí tomar, si tú no quieres.

DIEGO. Deja, Lope, el tomar á las mujeres.

LOPE. Bien dices, tomaré por tu consejo,
pues la necesidad está excusada,
con ser mujer buscona y pedigüeña,
que expuso en escribir y en pedir dueña.

Sala

Salen DOÑA LEONORA y DON BERNARDO

LEONORA. Esta noche no ha venido
el conde mi hermano.
BERNARDO. Ha dado
en celoso y desvelado,
de cierto desdén perdido.
LEONORA. No me puedo persuadir
que mi hermano quiera bien.
BERNARDO. Yo lo pensaba también;
mas no puedo atribuir
su inquietud si no es á amor.
LEONORA. El del príncipe será.
BERNARDO. Ese bien pagado está
de su privanza y favor.
LEONORA. ¿Y vos soisle muy fiel?
BERNARDO. No sé, Leonora; por Dios,
querría privar con vos,
ya que no privo con él.
LEONORA. Yo estimo, como es razón,
los amigos de mi hermano.
BERNARDO. No lo diré yo, que en vano
tuve un tiempo esa opinión.
LEONORA. El viene.

Sale el CONDE

CONDE. Agora diré
que amanece, pues aquí
hallo á Leonora.
BERNARDO. ¿Y de mí
qué es lo que diré?
CONDE. No sé,
mientras que no os hablo aparte;
pues ya debéis de saber
que para echarme á perder
vos solo fuérades parte.
BERNARDO. Si vi por la esquina gente,
¿qué había de imaginar?
CONDE. Si yo no os llegaba á hablar,
¿no fué cosa impertinente
arrojaros de aquel modo?
BERNARDO. Ya es hecho, ¿qué se perdió?
Demás, que imagino yo

que fué prevenido todo,
y que el príncipe tenía
criados, y tan honrados,
que han herido á mis criados;
pues uno entre ellos venía,
que desde que yo nací
no he visto mejor espada.

CONDE. En la ocasión más honrada
crédito y honor perdí.
Volvamos á hablar, Bernardo,
á Leonora, que no es bien
que nos entienda; pues quien
anoche fué tan gallardo
supo gozar la ocasión.
Pues, Leonora, ¿qué has pensado
de verme tan desvelado?

LEONORA. Que ajenos cuidados son;
y si va á decir verdad,
menos dentro te querría,
que el descanso no se fía
tal vez de la majestad.

CONDE. Yo sirvo, y debo servir
con lealtad.

Sale LISEO

LISEO. Aquí ha llegado
un hombre harto bien tratado,
y que acaba de llegar
de Castilla.

CONDE. ¿Qué me quiere?

LISEO. Darte una carta.

CONDE. Entre, pues.

Salen DON DIEGO y LOPE

DIEGO. Dadme, señor, vuestros pies.

LOPE. *(Ap.)* Aquí será bien que espere.

DIEGO. Del almirante, señor,
es esta carta.

CONDE. Mostrad.

DIEGO. Yo he venido á esta ciudad
en fe de vuestro favor:
deme Vuestra Señoría
los pies.

CONDE. No estéis de ese modo.

LOPE. *(Ap.)* ¡Oh qué bien que se hace todo
lo que la fortuna guía!

CONDE. *(Lee.)* «A don Juan de Guzmán, mi camarero, por no casarse desigualmente le fué forzoso dejar á Castilla. Pidióme esta carta con deseos de servir á Vueseñoría, á quien suplico honre en su casa con el oficio que fuere servido, pagándole á él esta voluntad, y á mí la confianza con que se lo suplico.»
¿Sois vos don Juan de Guzmán?
DIEGO. Sí, señor.
CONDE. Aquí tendréis
mi casa, que merecéis
mayores cosas, don Juan,
por vuestra misma persona,
sin otro ajeno favor.
DIEGO. No en balde, invicto señor,
por luz de aquesta corona
allá os publica la fama.
Ni quiero yo más honor
que servir tan gran señor.
CONDE. ¡Hola! al mayordomo llama,
y haz que le den aposento
conforme á su calidad.
DIEGO. Señor, á tanta humildad
vos le dais merecimiento.
CONDE. Hermana, yo voy á ver
si el príncipe se levanta.
DIEGO. No podré yo merced tanta
en mi vida agradecer,
ni á mi fortuna ni á vos.

Vanse el conde y don Bernardo.

LOPE. *(A Diego.)* ¿Hizo la carta fingida
efecto?
DIEGO. De nuestra vida
está el remedio en los dos.
LEONORA. ¿Don Juan?
DIEGO. ¿Señora?
LEONORA. Escuchad.
¿En la corte habéis vivido?
DIEGO. Allí, señora, he servido
la flor de mi verde edad,
aunque sirviendo se goza
lo poco que ya sabéis.
LEONORA. ¿Quién duda que conocéis
á don Diego de Mendoza,
un caballero, sobrino
del duque del Infantado?

DIEGO. (*Ap.*) Confieso que me he turbado.
LEONORA. ¿Qué estáis pensando?
DIEGO. Imagino
la causa porque queréis
saber de ese caballero.
LEONORA. Hay aquí cierto escudero,
que vos no le conocéis,
que en Castilla le servía;
éste, en cualquiera ocasión,
habla con tanta pasión
de su talle y valentía,
que al principio me cansaba
y después me aficionó.
DIEGO. ¿Y está aquí?
LEONORA. Ya se partió
á una aldea, donde estaba
por dueño de una heredad
que mi hermano tiene allí.
DIEGO. ¿Oyes esto?
LOPE. Señor, sí.
LEONORA. Quiero saber si es verdad
lo que cuenta de don Diego
este escudero.
DIEGO. Señora,
á quien preguntáis ahora,
está de su amor tan ciego,
que os dirá cosas extrañas;
pero para que creáis
que á todos cuantos habláis
os alaban sus hazañas,
llamad ese criado mío,
hombre del vulgo, y veréis
las cosas que dél sabéis.
LEONORA. Aunque de vos las confío,
holgaré de hablar con él
para tener más testigos.
DIEGO. ¿Nuño?
LOPE. ¿Señor?
DIEGO. Mi señora
te quiere hablar.
LOPE. (*Ap.*) Ya subimos
desde el caballo al estrado.
LEONORA. ¿Nuño?
LOPE. ¿Señora? (*Ap.*) ¿Qué obispo
me confirmó? ¿No era yo
Lope no ha un hora?
LEONORA. He querido

preguntarte si es verdad,
por mil cosas que me han dicho,
si don Diego de Mendoza...

LOPE. ¿Qué es esto?

LEONORA. Advierte: ¿el sobrino
del duque del Infantado
es el más galán que ha visto
Castilla, y el más valiente
caballero que ha tenido
Granada, y el más amado
de las damas?

LOPE. En mil siglos
no ha visto el tiempo algún hombre
de más partes: si Narciso,
como las fábalas dicen,
se enamoró de sí mismo.
y en el cristal de tus ojos
se viera don Diego, digo
que fuera verdad é historia.
no porque don Diego es lindo;
mas porque del pie al cabello
naturaleza le hizo
hombre sin defecto alguno,
sólo dicen que era tibio
mujeres que despreciaba.
Esto no puedo decillo,
porque casos semejantes
no son como otros delitos,
que aquí verán las preñadas...

LEONORA. No eres necio.

LOPE. Ha días que sirvo
con hambre y necesidad.

LEONORA. ¿Don Juan, tu amo, no es rico
conforme á su calidad
y á las prendas de su oficio?

LOPE. No, señora.

LEONORA. Pues ¿por qué,
siendo tú ingenioso y vivo,
no le buscas?

LOPE. Ya se ofrecen
algunos mancebos ricos,
pero más quiero á don Juan
pobre con tan buen juicio,
que sufrir un ignorante.
Oye un cuento... Mas ¿qué digo?
Ya se acabaron los cuentos,
que como algunos divinos

de oir estudios ajenos
están cansados y ahitos,
no quieren cuentos: ya dicen
que les den concetos vivos,
y pásensele por alto
tantos sutilmente escritos;
que he visto yo cierta pluma
borrar lo que está bien dicho,
temiendo que no ha de ser
destos sabios entendido.
Verdad es que lo son muchos
que escuchan agradecidos:
que como sabios entienden,
perdonan como benignos,
defienden como hombres nobles,
favorecen como amigos,
disculpan como quien pueden
errar; que todos nacimos
hombres, y no siempre el hombre
es tan fénix en su oficio.
que no pueda errar en algo;
pues en el cielo empíreo
hubo yerros en criaturas,
que Dios tan hermoso hizo,
hasta que los confirmó
en gracia que no tuvimos
confirmada los que andamos
en el cielo peregrinos.
Volviendo, en fin, á don Diego
de Mendoza, de él te afirmo
que no ha nacido en Castilla
caballero tan bienquisto.
Don Diego no es de los hombres
que, hablando con artificio,
á quien los escuchan matan
con vocablos exquisitos.
Tiene un claro entendimiento,
fundado, libre, distinto
del vulgo, con que á quien habla
agrada en términos lisos.
Las galas se aprenden de él,
no impropias, porque vestido
con igualdad, deja al cuerpo
lugar al honor y al brío.
Tiene en la guerra y la paz,
señora, tal ejercicio,
que con las armas es Marte

y con las galas Narciso.
Puesto á caballo, parece
de los que un tiempo los indios
pensaron que eran un cuerpo,
así van los dos unidos.
Dirás que el caballo tiene
brazos de hombre, y, por lo mismo,
que el hombre pies de caballo,
que no son cuerpos distintos.
Y así entiende el animal
quien va en él, que piensa altivo
que ya es hombre y no caballo
y ser de un parto nacidos.
¿No has oído que en el cielo
hay una figura ó signo
que se llama Sagitario?
Pues es su retrato al vivo.
¡Ay del toro que probar
su espada atrevida quiso!
La cerviz con cuero de ante
es como armarse de vidrio.
Pero ¿para qué te canso
con rudo ingenio atrevido
á las partes de don Diego?
Forme tu ingenio divino
un hombre en su entendimiento
á prueba de los sentidos,
que ese es don Diego, y quien es
de tales pinceles digno.

LEONORA. Más ciegos estáis los dos
de la afición de don Diego,
que quien yo dije. *(Ap.)* Amor ciego,
¿cómo sois monstruo y sois dios?
¿Que pueda tanto la fama
de un hombre, y la inclinación
de las estrellas, que son
la mayor fuerza en quien ama?
¿Que quiera lo que no vi,
y que le pinte de modo
que le mire el alma todo
y esté retratado en mí?
¿A quién habrá sucedido
cosa más noble y extraña?
La imaginación engaña
al amor, y él al sentido.
Con esto tengo á ventura
que sirva al conde, don Juan,

que él y Nuño me dirán
esto que el alma procura.
Con ellos descansaré
deste pensamiento loco.

DIEGO. *(En voz baja.)* ¿Lope?
LOPE. ¿Señor?
DIEGO. Yo sé poco,
ó aquí hay amor.
LOPE. Y yo sé
que la fama bachillera,
que es como los habladores
que hacen las cosas mayores,
te ha pintado de manera
que aquesta mujer te adora.
DIEGO. ¡Por cuán extraño camino
trae á un hombre su destino,
como á mí me trajo ahora!
LOPE. ¿Qué piensas hacer en esto?
DIEGO. Lo que quisieren los hados,
que no quieren ser osados
en lo que tienen dispuesto.
Ya que vivo en Aragón
y con el conde de Urgel,
haré sagrado con él
á tanta persecución;
y con Leonora, su hermana,
de doña Ana á la belleza.
LOPE. ¿No hizo naturaleza
más belleza que en doña Ana?
¿Qué falta á doña Leonor?
DIEGO. Tienes razón; mas si aquí
soy su criado, ¿de mí
cómo ha de entender mi amor?
LOPE. El tiempo te ha de enseñar
el modo que has de entender.
DIEGO. Pues si el tiempo lo ha de hacer,
demos al tiempo lugar.
LEONORA. ¿Don Juan?
DIEGO. ¿Señora?
LEONORA. Si acaso
puede tu conocimiento,
buscando alguna ocasión,
escribir á este don Diego,
¿no vería yo siquiera
carta y letra suya?
DIEGO. Tengo
con él tan grande amistad,

que voy á escribirle luego;
porque al despedirme dél
me dijo: «En llegando. os ruego
que me escribáis á Castilla
vuestra salud y sucesos.»

LEONORA. Pará más seguridad,
haz que lleve Nuño el pliego,
que yo le daré en qué vaya
con regalo y con dineros.

LOPE. *(Ap. á Diego.)* ¿Qué te dice?

DIEGO. ¿Quieres tú
que vaya á escribir?

LEONORA. Deseo...
Si te digo la verdad...
Que los dos...

DIEGO. Prosigue.

LEONORA. Temo...

DIEGO. Caballero honrado soy.

LEONORA. Pues porque eres caballero
te digo, que si por ti
comunicarnos podemos
don Diego y yo, serás tú
mi secretario, y mi pecho
y el dueño de cuanto soy.

DIEGO. Tú, señora, eres mi dueño.

LEONORA. Ve á escribir.

DIEGO. Voy. *Vase.*

LEONORA. Nuño, escucha.
¿No irás, por servirme en esto,
con diligencia á Castilla?

LOPE. Señora, iré tan ligero,
que parezca que es pesado
si corre á mi lado el viento.
Demás, de que ir á Castilla
es de mi gusto, el provecho
de servirte estimo en tanto,
que á ser cometa me atrevo
que encendida en Aragón
llegue á Castilla tan presto
que apenas los que caminen
vean por el aire el fuego.

LEONORA. ¡Ay, qué olvido!

LOPE. ¿Cómo olvido?

LEONORA. ¿No fuera bien que primero
le preguntara á don Juan
si está casado don Diego?

LOPE. ¿Pues eso no lo sé yo?

LEONORA. ¿Cómo?
LOPE. En cierto casamiento
ha tenido diferencias
con algunos caballeros,
y aun creo que á uno hirió.
LEONORA. ¿Luego no se hizo?
LOPE. Pienso
que por celos lo ha dejado.
LEONORA. ¡Ay, Nuño amigo, si hay celos
no puede ser sino amor!
LOPE. Yo pienso que eran conciertos;
porque nunca oí decir
que amase á nadie don Diego.
LEONORA. ¿Por qué?
LOPE. Porque fué de todas
tan amado, que sospecho
que traía en la elección
confuso el entendimiento.
LEONORA. ¿Engáñasme?
LOPE. No por Dios.

Sale DON DIEGO

DIEGO. Ya escribí.
LEONORA. Lee.
DIEGO. Ya leo.
«Hoy he llegado á Aragón,
y hoy, señor don Diego, escribo,
que para serviros vivo
en tanta persecución.
La carta del almirante
ha sido tan efectiva,
que me holgaré que le escriba
otra al conde, semejante,
en justo agradecimiento,
porque ya en su casa estoy,
donde por extremo soy
honrado, alegre y contento.
Háceme merced su hermana,
la más hermosa señora
que ve el sol en cuanto dora
y más divina que humana.
Por fama, os hace favor,
que tiene de vuestros hechos,
que vos, en remotos pechos
alcanzáis prendas de amor.
Escribidla, que me importa

que me ayude y favorezca,
porque con ella merezca
favor mi ventura corta.
Que por dicha me darán
más bien los reinos extraños.
Dios os guarde muchos años.
De Zaragoza, don Juan.»

LEONORA. Ella está á mi gusto; y tanto,
que como discreto has hecho
un traslado de mi pecho.
Nuño, ya te he dicho cuanto
me importa la brevedad;
cierra tú, y él se aperciba.

DIEGO. Yo haré que don Diego escriba.

LEONORA. Si es ciega la voluntad,
bien se ha probado en mi amor,
pues quiero lo que no veo. *Vase.*

DIEGO. ¿Qué te parece?

LOPE Que creo
que es tu remedio, señor.

DIEGO. Tú estarás en mi aposento,
sólo de noche saldrás.

LOPE. En fin, ¿tú responderás?

DIEGO. Responder también intento,
hasta ver en lo que para.

LOPE. ¿Y si te obliga á escribir
que vengas aquí?

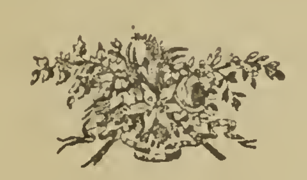
DIEGO. Venir.

LOPE. En lo que dices repara.

DIEGO. ¿No hay noche?

LOPE. A su negro coche
nombre de capa le dan.

DIEGO. Seré de día, don Juan;
seré don Diego, de noche.





JORNADA SEGUNDA

Sala en casa de Lucinda

Salen el PRÍNCIPE y LUCINDA

LUCINDA. ¿Cómo se entró Vuestra Alteza?
PRÍNCIPE. Como no hay puerta al poder.
LUCINDA. ¿Violencia se puede hacer
al honor y á la nobleza?
PRÍNCIPE. Lucinda, menos airada,
no te olvides de quien soy.
LUCINDA. No haré, señor; pero estoy
más á mí misma obligada.
Si yo supiera el criado
que esta noche se atrevió
á meterle aquí...
PRÍNCIPE. Y si yo
fuera de tu amor pagado,
no hiciera los desatinos
que ves: tú la culpa tienes
que yo intente á tus desdenes
mil maneras de caminos.
La noche me favorece,
y tú, que eres sol y día.
me matas, Lucinda mía.
LUCINDA. Siempre, señor, que anochece
está temblando mi honor
de vuestro grande poder.
PRÍNCIPE. ¿Qué daño te puede hacer
mezclado con tanto amor?
Ocho días hay, y aún más,
que no he llegado á tus rejas;
pues dime, ¿de qué te quejas,
si de mi poder lo estás?

Sabe Dios cómo he pasado
estos días que te digo,
si no es amor buen testigo
de mi celoso cuidado.
Por ti me quieren matar;
quien te sirve á amor te mueve,
que quien á su rey se atreve
mucho te debe de amar.
Perdónole, porque creas
lo que me debes.

LUCINDA. Señor,
trata mejor de mi honor
si hacerme merced deseas,
que quien no te quiere á ti
¿á quién tendrá voluntad?

PRÍNCIPE. Si me dices la verdad,
cesará mi amor en mí,
por vida del rey mi padre,
de casarte con él luego.

LUCINDA. Señor...

PRÍNCIPE. Haz lo que te ruego,
que no hay medio que me cuadre
como saber que á otros quieres.
De todo le doy perdón.

LUCINDA. ¡Oh, cuánto en crédito son
desdichadas las mujeres!
Por vida de Vuestra Alteza,
que no me he visto en mi vida
de otra persona querida.

PRÍNCIPE. ¿Pues por qué tanta aspereza?

LUCINDA. Ya he dicho que por temor;
que si va á decir verdad,
le he tenido voluntad
desde que me tuvo amor.

PRÍNCIPE. ¿Qué escucho? ¿Eres tú, señora,
quien eso dice? ¿Soy yo
quien esto á tu boca oyó?

FERNANDO. *(Dent.)* ¿Gente en mi casa á tal hora?
Criados, salid, matadle.

LUCINDA. Mi padre y su gente.

CRIADOS. *(Dentro.)* ¡Muera!

Sale DON FERNANDO con una alabarda, y tres CRIADOS con las espadas desnudas; y por otra parte DON DIEGO con LOPE

DIEGO. No pienso esperar afuera,
que no dan voces de balde.

Defendeos, señor, que aquí
está don Diego.

LOPE. Y su sombra.

FERNANDO. Matadle si no se nombra.

PRÍNCIPE. No hay nombre, desdicha sí.

Acuchíllanle, y al entrarse cogen por detrás á Lope.

CRIADO. ¡Bravo valor!

FERNANDO. Los que entraron
le han dado la vida.

CRIADO. ¡Tente!

FERNANDO. ¡Que esto en mi casa se intente!

LOPE. *(Ap.)* En buen puerto me dejaron.

CRIADO 2.° ¡Suelta la espada!

LOPE. Eso no.
¿Hay aquí algún caballero?
Porque rendirla no quiero
á menos noble que yo.

FERNANDO. Dámela á mí.

LOPE. Pues ¿quién eres?

FERNANDO. Don Fernando de Aragón.
¿Estos quién son?

LOPE. ¿Los que son
saber de mi lengua quieres?
Haz cuenta que del tirano
de Sicilia los tormentos,
los Perilos y Agrigentos,
los de Tiberio romano,
los caballos Diomedeos
y las penas infernales
das á mis brazos leales;
que no podrán tus deseos
saber quién son, ni acabar
que á vuestra fuerza me rinda.

FERNANDO. Yo lo sabré de Lucinda;
y mientras la voy á hablar,
atadle muy bien, que yo
sabré si podrá el castigo. *Vase.*

LOPE. Que será imposible os digo,
porque sabed que me dió
su dureza la montaña
donde nací.

Atanle.

CRIADO 2.° Tú dirás
más que sabes. *Vase.*

LOPE. No sé más

de que fué desdicha extraña
el caer en vuestras manos.

CRIADO 1.° El queda atado muy bien.

LOPE. Cuantos tormentos me den
han de ser remedios vanos.
Solo estoy; y, en fin, sujeto
y atado; á cualquier traición,
¿qué he de hacer? ¡Brava ocasión
para decir un soneto!
Pero no, que enfadan ya
á la gente discretera;
pues ¿qué haré desta manera?

Sale FLORA

FLORA. Atado dicen que está
uno de aquellos traidores.

LOPE. ¡Ah, señora! ¡ah, reina mía!
Oye.

FLORA. ¿Quién es?

LOPE. Quien venía
por sombra destos amores;
cogiéronme y hanme atado.

FLORA. Pésame, que á mi señora
también la maltrata agora
sin razón su padre airado.
Ten fuerte, y no digas que es
el príncipe.

LOPE. ¿Luego sabes
quién es?

FLORA. Y cosas más graves.

LOPE. Pues ruégote que me des
libertad.

FLORA. Será mi muerte.

LOPE. ¿Pues cómo se ha de saber?

FLORA. ¿Quién eres?

LOPE. ¿Quién puede ser
quien viene de aquesta suerte
con un príncipe?

FLORA. Es verdad,
que el príncipe no trajera
á su lado quien no fuera
persona de calidad.

LOPE. Llega y huéleme.

FLORA. No hueles
muy bien.

LOPE. Es ventoso el miedo;

pero asegurarte puedo
muy bien, si de mí te dueles,
que me casaré contigo.

FLORA. ¿Qué me dices?

LOPE. ¿No es mejor
que morir?

FLORA. ¿Habla el temor?

LOPE. Lo mismo que dices digo;
pero yo lo juro así,
y así lo prometo al cielo.

FLORA. Que me has de engañar recelo
si no hay calidad en mí;
aunque te juro que soy
hidalga, y sobre un hidalgo
todo viene bien.

LOPE. Si salgo
de este peligro en que estoy,
y aqueste rigor amaina,
seré tuyo.

FLORA. Ya te creo:
¿tu nombre?

LOPE. El conde de Arges.

FLORA. ¿Adónde cae?

LOPE. Junto á Hanaina.

FLORA. Yo te desato. *Desátale.*

LOPE. Harás bien.

FLORA. Ya lo estás.

LOPE. ¿Podré salir?

FLORA. Conmigo puedes venir,
que yo te abriré también.

LOPE. De hoy más quiero que te nombres
mi mujer.

FLORA. Mi esposo eres.

LOPE. Siempre han sido las mujeres
el amparo de los hombres.
De ellas, en efecto, nacen,
¿pues quién las puede argüir,
pues por sólo por parir
hacen todo lo que hacen?

Vanse.

Calle

Salen el PRÍNCIPE y DON DIEGO

PRÍNCIPE. Si de Alejandro la alta monarquía
heredase, don Diego, y te la diese,

alguna parte de la deuda mía
es imposible que pagar pudiese;
pues cuando el beneficio de este día
en la balanza del amor pusiese,
con tus hechos de gloria y fama llenos
no dudo que pesase el mundo menos.
¿Adónde estabas tan á punto cuando
en un peligro tal pudiste verme?
Pues sin duda su gente y don Fernando
me pudieran matar sin conocerme.
Mas ¿qué te está mi dicha preguntando,
ni para qué dilato el ofrecerme
mil veces por tu esclavo?

DIEGO. Señor mío,
de quien mi vida y mi remedio fío.
las noches que has faltado de esta puerta
yo he sido centinela en sus umbrales,
donde apenas he visto reja abierta
ni sospecha de otro amor señales.
Mi buena suerte aquesta noche acierta
á verte entrar, y con recelos tales
púseme cerca y á las voces llego.

PRÍNCIPE. Dame esos brazos otra vez, don Diego,
y hazme tan grande bien que no dilates
más tu presencia al día en que te vea,
pues ya no es tiempo que esconderte trates,
lo que mi justa obligación desea.

DIEGO. Aunque con tantas fuerzas me combates
y ya mi amor en ti la suya emplea,
lo ha de ser que te niegue lo que pides,
porque mi bien y mi remedio impides.
Perdona, gran señor, y ten paciencia
hasta que de Castilla tenga aviso.

PRÍNCIPE. Siente, don Diego, amor tu resistencia,
y estoy entre mil cosas indeciso.

DIEGO. Yo voy haciendo cierta diligencia
en la desdicha que ponerme quiso
mi fortuna cruel; si presto viene,
verás con luz quien ya por sol te tiene.

PRÍNCIPE. ¿Pues dónde estás de día?

DIEGO. En una casa
de posadas estoy, hasta que Febo
en nubes de oro al Occidente pasa,
bordando las de allá resplandor nuevo.

PRÍNCIPE. ¿Tienes regalo?

DIEGO. Y no de mano escasa,
que tanto al dueño de la casa debo.

PRÍNCIPE. Envidio su ventura.
DIEGO. Y yo envidiara
la mía, si este bien en otro hallara.
PRÍNCIPE. Quiero darte una joya que traía
para Lucinda, aunque es pequeño el precio,
que veinte mil escudos este día
pienso que son de tu valor desprecio.
DIEGO. Fuera no la tomar descortesía;
y en opinión de un rey quedar por necio,
beso tus pies mil veces.
PRÍNCIPE. Si quisieras,
diverso premio de mi amor tuvieras.
¿Qué miras? ¿En qué estás tan divertido?
DIEGO. Lope, señor, es un leal criado,
en la montaña donde yo nacido,
y ver que no salió me da cuidado.
PRÍNCIPE. A desdicha tendré si le han herido,
y mayor si quien soy ha declarado.
DIEGO. De eso estoy yo seguro, aunque le hicieran
pedazos á tormentos que le dieran;
y así, señor, suplico á Vuestra Alteza
me dé licencia que á buscarle vaya,
que fuera ingratitud á mi nobleza,
aunque mil suertes de peligros haya.
PRÍNCIPE. Es justa obligación y gentileza;
mas ya que sin secreto está en la playa,
será volverle al golfo en que se anegue.
DIEGO. Un hombre viene aquí.
PRÍNCIPE. Si es solo, llegue.

Sale LOPE

LOPE. (*Ap.* Famosamente escapé,
por manos de Flora hermosa,
de la prisión rigorosa
donde ser muerto pensé.
Con el príncipe se iría
don Diego. Gente hay aquí,
esta noche anda tras mí
suelta la desdicha mía.
Ellos son dos: si me muestro
cobarde, me han de matar;
ahora bien, quiero trazar
esta pendencia á lo diestro;
pero valga industria aquí,
que fué siempre lo mejor.
Estos llegan con rigor

metiendo mano hacia mí.
El tirar la capa pruebo
con la izquierda; aquel que encapo,
como los ojos le tapo,
de una estocada le llevo.
Pues cuerpo á cuerpo el que queda,
¿quién me le puede quitar?)
¡Ah, hidalgos! ¿podré pasar?
(Ap. Olor hay y cruje á seda.
Consolado estoy; no es gente
de rapis, rapis.) ¿Qué digo?
¿Pasaré?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

LOPE. Amigo,
y si quisiere, pariente.

DIEGO. Pase ó no pase.

LOPE. *(Ap.* Mal año;
¿pase ó no pase? ¿qué haré?)
Si me dejan, pasaré
sin hacerles mal ni daño,
y si no...

PRÍNCIPE. ¿Qué habéis de hacer?

LOPE. ¿Qué tengo de hacer? volverme.

DIEGO. ¿Es Lope?

LOPE. ¿Señor?

DIEGO. Hacerme
no pudo mayor placer
y lisonja la fortuna.
Mira que está aquí Su Alteza.

LOPE. A los pies de tu grandeza,
que ya desta noche es luna,
está Lope de Vivar.

PRÍNCIPE. ¡Ay Lope! ¿qué ha sucedido?

LOPE. A la cama de su olvido
se quiere entrar á acostar
la noche, porque el monjil
de bayeta dobla ya,
y coronando se va
Moncayo de oro y marfil.
Por el camino diré
la ventura que he tenido,
que he estado preso.

PRÍNCIPE. No ha sido
tu dicha, la mía fué.
Vamos, don Diego.

DIEGO. Señor,
la vida es poco ofrecerte.

LOPE. Tragada tuve la muerte;
mas nunca tuve temor.
PRÍNCIPE. Lope, en aqueste bolsillo
llevas doscientos doblones.
LOPE. Ríndante varias naciones
tanto metal amarillo,
que puedas, señor, dorar
los muros á Zaragoza.
DIEGO. Lope, quien tal dueño goza
¿qué tiene que desear?
LOPE. Verte en descanso no más.

Vanse.

Sala

Salen el CONDE y LEONORA

CONDE. Declarado se ha conmigo
don Bernardo, deste modo.
LEONORA. No es de discretos que todo
lo sepa el mayor amigo;
algo se ha de reservar.
CONDE. Fué forzoso descubrille
mi pecho, para pedille
que me quisiere ayudar.
LEONORA. Nunca con arte pretendas
del príncipe la amistad,
ni la propia voluntad
con industria impropia ofendas.
Si tienes estrella, basta
para merecer su amor,
que es adúltero el valor
cuando la amistad no es casta.
CONDE. Ya te he dicho que me fué
forzoso, y que ya está hecho.
LEONORA. Que te ha de dañar sospecho
si despreciado se ve.
CONDE. ¿Luego no te casarás
con don Bernardo?
LEONORA. ¿Eso dices?
CONDE. Pues cuenta por infelices
mis pretensiones de hoy más.
LEONORA. Con mejores pensamientos
pensé que Vueseñoría
había nacido.
CONDE. Tenía
tus altos merecimientos,

Leonora, para un señor
de Castilla, como sabes;
pero en negocios tan graves
está temblando el honor.
Sin esto, no se ha sabido
quién es el que defendió
al príncipe, que llegó
acaso, ó él lo ha fingido;
pues no habrá, pues no hay ninguno
á quien haga más merced.

LEONORA. Todos los hombres, creed
esto, sin que falte alguno,
os perdéis por presunción;
pues piensa el más ignorante
que no tiene semejante
su ingenio y su discreción.

CONDE. Si yo tomara consejo,
no hiciera tal disparate;
mas del remedio se trate.

LEONORA. Oye el que te aconsejo;
¿el príncipe está celoso?

CONDE. Notablemente.

LEONORA. Pues di
que es don Bernardo el que allí
le desvela codicioso
de casarse con Lucinda.

CONDE. Ya lo había imaginado;
pero púsome en cuidado
que á tal agravio me rinda.

LEONORA. El, en esa confianza,
¿no me pide por mujer?
Luego remedio ha de haber
á su perdida esperanza.

CONDE. ¿Pues cómo el príncipe puede
creer que la sirve?

LEONORA. Escucha,
que si la sospecha es mucha
á toda lealtad excede.
Di á don Bernardo que importa
que de noche dé á entender
que viene á hablarla, y á ver
si el príncipe se reporta
en este amor con los celos;
y que finja que está hablando
por las rejas.

CONDE. Voy pensando
que no han formado los cielos

más ingenioso animal
que la mujer.

LEONORA. Eso es cierto.

CONDE. Hoy al príncipe le advierto.

LEONORA. Celos es pasión mortal:
daráte crédito luego.

CONDE. Este, don Juan, mi criado,
me parece hidalgo honrado.
¿Podréme de éste fiar?

LEONORA. Podráslo mejor de mí;
que de don Bernardo aquí
ya no te puedes fiar,
pues negado el casamiento
es amigo sospechoso.

CONDE. Voy contento, aunque dudoso,
pues no es justo lo que intento. *Vase.*

Sale DON DIEGO

DIEGO. Por que no me viese el conde,
estuve esperando afuera.
Nuño llegó de Castilla
con cartas y buenas nuevas.

LEONORA. ¿Está ahí?

DIEGO. Señora, sí.

LEONORA. Pues entre, ¿qué aguardas?

DIEGO. Entra,
Nuño, que ya mi señora
te da licencia.

Sale LOPE con botas y fieltro

LOPE. Con ella,
la baraja de este pliego
se jugará con licencia.

LEONORA. ¿Nuño?

LOPE. Gallarda señora,
la tierra en que pones, besa
la suela del blanco pie,
y pluguiera á Dios que fuera
de media-vara.

LEONORA. ¿A qué efecto?

LOPE. Por que mi boca pudiera,
por mostrar más humildad,
besar gran cerco de tierra.

LEONORA. ¿Qué hay de Castilla?

LOPE. Que están
buenos sus reyes, y buena

su familia, que ya sabes
esto de *cum prole regia.*
También está con salud
y abundancia de Amaltea
populo sibi comisso
su ejército y sus banderas.
Hallé á don Diego en Toledo
porque vino con la reina,
que me dicen que traía
en el sagrario novenas.
Holguéme; porque, en efecto,
no pasé las altas peñas
del nevado Guadarrama.
Leyó tu carta, y en ella
el capítulo mil veces
en que dices que celebra
mi señora sus hazañas,
su talle y su gentileza.
Preguntóme, como mozo,
algunas impertinencias
acerca de tu pasión.
Que yo apostaré que piensa
que estás dél enamorada.

LEONORA. No se engaña, y yo quisiera
que aunque mintieras, de mí
le dieras mejores señas;
pero ¿qué te preguntó?

LOPE. Si eras, señora, discreta;
esto lo primero fué.

LEONORA. ¿Qué dijiste?

LOPE. Que lo eras
como un ángel, y añadí
lo mismo de tu belleza.
Preguntóme si eras blanca
ó picabas en morena;
qué pelo, y si rizo ó llano,
si eras zarca ú ojinegra.
Qué boca, qué proporción
de nariz: si era aguileña,
ó si acaso á Roma iba
por dispensación de necia.
Qué disposición de cuerpo,
qué brío, qué gentileza;
yo pensé que te quería,
aunque por sutil me tengas,
para fuelle ó abanico;
porque con notable fuerza

me preguntó si tenías
buen aire, y dije: ¿qué señas
te puedo dar de su aire,
si nunca fuí detrás della?
Finalmente, él te trató...

DIEGO. *(Ap.)* El se burla.

LOPE. Como á yegua;
pues preguntó por tus dientes,
que es amor tal vez de albéitar.
Yo le dije, de la boca
son las señales más ciertas
dos cortinas de coral
para dos hilos de perlas.
Tenle por necio, ó por sabio,
lo que tú quisieres sea:
todo es *oremus;* cincuenta
doblones de á cuatro tiene;
esto me dió por las nuevas.

LEONORA. ¿Hay tan bizarro español?
Abre la carta.

DIEGO. Oye atenta,
que no la he querido abrir
sin que primero la veas:
«De vuestras persecuciones
por todo extremo me pesa,
don Juan, aunque con el mismo
de veros libre me alegra.
Que el conde de Urgel os haga
tal merced, no es cosa nueva
al gran valor de su casa,
de ilustrísima ascendencia.
Fuera de que vos, por vos,
merecéis que os favorezca;
pero dejando aparte esto,
me pareció cosa nueva
que esa señora, su hermana,
quiera honrar con su grandeza
mis humildades, decidle
que sus pies mil veces besa
don Diego, y que desde hoy
quiere que su dueño sea;
y que en su nombre un torneo
aquí en Toledo sustenta
de hoy en un mes, y promete
que las joyas, si le premian,
ha de enviarle á Aragón,
si le permite licencia.

Queríaos hablar más claro,
dádmela vos, que me atreva;
pues Nuño es hombre seguro,
aunque algunos no lo crean.
Ya sabéis mi calidad,
y que mejor me estuviera
esa dama en Aragón,
que en Castilla la condesa.
Solicitad ese amor,
que el que por fama comienza
suele acabar con las obras;
que si Leonor persevera,
yo iré á verla disfrazado,
pues de noche podré verla.
Por vida vuestra, don Juan,
que la estimo como vuestra,
que me enviéis un retrato,
porque de Nuño las señas,
como conozco su humor,
nunca las tuve por ciertas.
Dios os guarde muchos años,
don Diego Mendoza.»

LEONORA. Espera,
quiero ver la firma.

DIEGO. Toma.

LOPE. *(Ap.)* Vive el cielo, que la besa.

DIEGO. *(Ap.)* ¡Que aquesto pueda la fama!

LOPE. Mejor dirás las estrellas,
que bien se ve que este amor
de su influencia se engendra.

DIEGO. ¿Qué quieres que le responda?

LEONORA. Estoy por decir que venga.
Mas parece libertad.

DIEGO. No puede ser que lo sea
si no escribo lo que dices,
y pues á este punto llegas,
dame, señora, un retrato,
que puede ser que le tengas,
para que á don Diego envíe.

LEONORA. Como don Diego no sepa
que yo le envío, sí haré;
pero con esta advertencia,
que él me ha de enviar el suyo
mientras no viene.

DIEGO. Que sea,
pues, en razón.

LEONORA. Voy por él.

DIEGO. Pues son las cartas tan ciertas
por el correo, señora,
y don Diego está bien cerca,
no es menester enviar
á Nuño.

LEONORA. Como tú quieras;
que donde me pierdo tanto,
no importa que ellas se pierdan. *Vase.*

LOPE. ¿Qué intentas con esas cosas?

DIEGO. ¿Qué quieres, Lope, que intente?

LOPE. Que la sangre es excelente
y las partes son hermosas,
nadie lo puede negar;
pero en aqueste contrato
hallo un engaño.

DIEGO. No es trato
que á nadie pueda engañar.

LOPE. Si tu retrato le envías,
¿no ha de conocerte luego
y saber que eres don Diego?

DIEGO. Poco de mi ingenio fías;
poner otro.

LOPE. Es más error;
que si es hermoso, y no es
como el que espera, después
llamaráse á engaño amor:
pues si es feo, aquel deseo
con que te quiere por fama
ha de cesar, que quien ama
nunca le imagina feo.
Pues si no es feo ni hermoso
y ama en él lo que desea,
¿cómo, después que te vea,
su pensamiento amoroso
hallará satisfacción
en cosa que es diferente,
y que no le represente
la misma imaginación?
Yo no soy de parecer
que ese retrato le envíes,
ni que tantas cosas fíes
de un ingenio de mujer
que por instantes se muda.

DIEGO. ¿Pues qué te parece á ti?

LOPE. Que digas que viene aquí,
con que saldrás desta duda.

DIEGO. ¿Cómo la tengo de hablar?

LOPE. De noche, por estas rejas.
DIEGO. Lo que importa me aconsejas.
LOPE. Eso no se puede errar;
el hablarla te asegura
del pretendido favor;
hablando se aumenta amor.
DIEGO. Ya le ha puesto su hermosura
en más imaginaciones,
y el de Castilla se pasa.
LOPE. Como eso la ausencia abrasa
si en sus remedios te pones.
DIEGO. El mío he puesto en su mano.
LOPE. Vencerá, por su interés,
un amor aragonés
de un agravio castellano.

Vanse.

Sala en casa de Lucinda

Salen DON FERNANDO, LUCINDA y DON CARLOS.

LUCINDA. No hay que atormentarme más,
yo he dicho verdad en todo.
FERNANDO. Hablándome dese modo
mayor sospecha me das.
CARLOS. Dime á mí como á tu hermano
quién es ese caballero,
que yo quitarte no quiero
tu gusto.
LUCINDA. Cánsaste en vano.
CARLOS. ¿El príncipe en nuestra casa?
No, Lucinda, tú has querido
disimular.
LUCINDA. Esto ha sido,
Carlos, todo lo que pasa,
y que él es el que pretende
vuestro deshonor, que yo
no le quiero.
FERNANDO. ¿Cómo no,
si entrar en mi casa emprende?
LUCINDA. Culpa tus malos criados,
que por interés le dieron
lugar.
FERNANDO. ¿Que ellos le trajeron?
LUCINDA. Sí, que los ruegos dorados
alcanzan todo imposible.

FERNANDO. No me ha de quedar ninguno
en casa.

CARLOS. En tiempo oportuno,
que esta es ocasión terrible,
podrás despedirlos della;
que no es bien dar á entender
al príncipe que á saber
llegas lo que intenta en ella;
que si él está enamorado
le ocasionas, te prometo
á que te pierda el respeto.

LUCINDA. Dios sabe que no le he dado
causa ni ocasión jamás;
si en haberme defendido
con desdén y con olvido,
no ha sido ofenderle más.

CARLOS. Puesto, señor, que eres viejo,
y que es madre de la ciencia
la edad, y de la experiencia
es hijo el cuerdo consejo,
yo quiero dártele á ti
en aquesta confusión.

FERNANDO. Bien podrás, que mi razón
con el temor falta en mí;
pero ya sé que dirás
que case á Lucinda luego.

CARLOS. Eso te suplico y ruego;
pero hay otra cosa más:
que si Lucinda se casa
en Aragón, será cosa
á tu honor más peligrosa
si el mismo desdén le abrasa;
porque luego ha de querer
ó matar á su marido,
ó entrar en su casa.

FERNANDO. Ha sido
justo temor del poder,
que mal podré resistillo
de su tirana afición.

CARLOS. Saquémosla de Aragón
y casémosla en Castilla.

FERNANDO. Bien dices; pero ¿con quién?

CARLOS. Habrá tantos, que el que más
te agrade escoger podrás.

FERNANDO. Carlos, tú dices muy bien.

CARLOS. Aquí ha llegado la fama
de un don Diego de Mendoza,

que sin verle Zaragoza
le estima, celebra y ama.
Si quieres que yo le escriba,
haráse, saldrás de pena,
y llévela norabuena
para que en Castilla viva.
Que después que con la ausencia
se olvide desta afición,
podrá volver á Aragón.

FERNANDO. No pudiera mi experiencia
hallar consejo más sabio...
¿Es grande la calidad
de don Diego en igualdad
de nuestra sangre?

CARLOS. Es agravio
tratar de un hombre, sobrino
del duque del Infantado.

FERNANDO. Escríbele, y concertado,
póngase luego en camino. *Vase.*

LUCINDA. ¿Qué habéis hablado de mí?

CARLOS. Que ya te habemos casado.

LUCINDA. ¿Casado?

CARLOS. ¿No fué acertado?

LUCINDA. Estoy por decir que sí:
lo breve me maravilla.

CARLOS. Pues no ha sido en Aragón,
que por quitar la ocasión
te casamos en Castilla.

LUCINDA. ¿En Castilla?

CARLOS. Vendrá luego
quien esta ventura goza.

LUCINDA. ¿Quién?

CARLOS. Don Diego de Mendoza.

LUCINDA. Por fama estimo á don Diego.
¡Ay, si fuese tan dichosa!

CARLOS. No dudes que lo serás;
porque hablar don Diego más,
parece imposible cosa.

LUCINDA. Las damas de Zaragoza
sólo tratan de don Diego.

CARLOS. Al poder de amor tan ciego,
la defensa de un Mendoza.

Vanse.

Calle

Salen el PRÍNCIPE y el CONDE

PRÍNCIPE. Yo os digo que no sé quién me ha librado,
conde; si lo supiera lo dijera.
CONDE. Envidio, gran señor, quien os ha dado
la vida; pero ser quien fué quisiera.
PRÍNCIPE. Yo tengo para mí que fué soldado.
CONDE. ¿Y no supo quién érades?
PRÍNCIPE. Pudiera
venirme daño.
CONDE. Cosa en vos extraña
dejar sin premio tan heroica hazaña.
PRÍNCIPE. No le dejé sin él; aunque fué poco,
una joya le di que la traía
para Lucinda.
CONDE. Cada vez que toco
en la dicha, el valor, la valentía
dese soldado, estoy de celos loco.
PRÍNCIPE. Mayores los padezco noche y día
deste dichoso á quien Lucinda quiere
que un grande amor de un gran desdén in- [fiere.
CONDE. Si me diese palabra Vuestra Alteza
de no matar al hombre ni avisalle,
yo diría quién es, que en su grandeza
ni cabe el ofendelle ni el matalle.
PRÍNCIPE. ¿Tú lo sabes?
CONDE. Mirando tu tristeza,
de aquestas noches en rondar su calle.
PRÍNCIPE. ¿Quién es?
CONDE. Jura primero.
PRÍNCIPE. Por Dios juro...
CONDE. Basta, señor, con esto estoy seguro,
Lucinda quiere á don Bernardo.
PRÍNCIPE. ¡Ay, cielos!
que quise conocelle en la persona
cuando me acuchilló.
CONDE. Si hay cuerdos celos,
aquí, señor, tu entendimiento abona.
PRÍNCIPE. Por ti los callaré; pero tendrélos
con más razón en ver que se apasiona
de un hombre desigual.
CONDE. Igúal ha sido
más que el alto galán, el vil marido.
Tú no te has de casar: Lucinda estima
un noble caballero para dueño.

PRÍNCIPE. Ríndese amor, y su desdén me anima;
toda esta noche, conde, pierdo el sueño.
CONDE. Mucho el ver tu tristeza me lastima.
PRÍNCIPE. Ya menor parte del dolor enseño.
CONDE. Aquesta noche quiero acompañarte.
PRÍNCIPE. Ninguna cosa á mi remedio es parte.
Vete en buen hora, acuéstate y sosiega.
CONDE. Señor...
PRÍNCIPE. No has de ir; y ya que sin enojos
muestra su oscuridad la noche ciega,
yo voy á ver la luz de mis enojos.
CONDE. No quiero replicarte.
PRÍNCIPE. Si me niega
que mis suspiros vayan por despojos
á enternecer sus rejas, yo soy muerto.

Vase.

CONDE. *(Ap.)* Perdido voy, ninguna cosa acierto.

Vase.

Salen DON DIEGO y LOPE

DIEGO. ¿Serán las diez?
LOPE. Sí, serán.
DIEGO. ¿Entiendes de astrología?
LOPE. Conozco que expira el día
al salir el jubricán,
y que vuelve á amanecer
si veo al alba reir.
DIEGO. Eso se puede decir,
eso se puede creer;
aunque en materia del cielo
es ciencia infalible, Lope.
LOPE. No sé más de que al galope
va la luna envuelta en hielo,
y que el Carro y las Cabrillas
salen á tiempo del año
altas y bajas.
DIEGO. ¡Qué engaño
reducir las maravillas
de aquel Soberano autor
á dos dedos de papel!
LOPE. ¿Vendrá el príncipe?
DIEGO. Sin él
vive amor.
LOPE. Terrible amor.

Grita dentro.

DIEGO. El silencio se alborota.

LOPE. Mancebos son del lugar.
DIEGO. Algún cómo quieren dar.

Tocan una guitarra.

LOPE. ¡Qué temeraria friota!
DIEGO. Música suena.
LOPE. Ella, el cómo
de la noche efectos son.
DIEGO. Sólo temo en Aragón
estas píldoras de plomo.
LOPE. ¿Eso no está ya peor
en Castilla?
DIEGO. En siendo tarde
todo cristiano se guarde.
LOPE. Tarda Alfonso..
DIEGO. ¡Gran rumor!
LOPE. Es que dan grita á una vieja
que administra en esta calle
dos mozas de lindo talle.
DIEGO. Pues di, ¿qué les aconseja,
que las puertas le derriban
y las ventanas también?
LOPE. Que á ninguno quieran bien,
y que de todos reciban.

Sale el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE. Si no me ha engañado el talle,
aquí están mis dos secretos
amigos.
DIEGO. ¿Quién es?
PRÍNCIPE. Yo soy.
DIEGO. ¡Oh mi señor!
PRÍNCIPE. ¡Oh don Diego!
LOPE. Aquí está, príncipe invicto,
de aquesta noche el silencio,
de aqueste cuerpo la sombra,
desde Tobías el perro,
y la tierra de sus pies.
PRÍNCIPE. ¡Oh Lope! Pues ¿qué hay de nuevo?
LOPE. Lo mismo que en el principio
del mundo, algo más ó menos,
digo del diluvio acá,
en que los hombres hicieron
casas, defensas y ofensas,
naves, repúblicas, reinos;
hay muchas mujeres.
PRÍNCIPE. ¿Muchas?

LOPE. Son tantas, que te prometo
que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que anduvieran á rogarlos
y que les dieran dineros.
Hay amigos y enemigos,
y todos son de provecho:
que el enemigo os reprime
para que seáis más bueno,
y el amigo os hace bien.
PRÍNCIPE. ¿Y qué hay más?
LOPE. Hay muchos pleitos
que son sustento del mundo,
porque ya se funda en ellos.
No me mires ni me aguardes,
que no he de hablar, te prometo,
en mi vida una palabra,
que soy desdichado en esto.
Como esto es imitación
de las costumbres del pueblo,
tal vez la lengua ó la pluma
dicen lo que no quisieron.
La lengua, como está en agua,
tiene el movimiento presto;
la pluma, como está en tinta,
deslízase por momentos.
PRÍNCIPE. ¿Don Diego?
DIEGO. ¿Señor?
PRÍNCIPE. Yo estoy
muerto de celos.
DIEGO. Los celos
son máscara del amor,
que se disfraza con ellos.
PRÍNCIPE. Está bien dicho: he sabido
la causa.
DIEGO. ¿Y quién es el dueño?
PRÍNCIPE. Don Bernardo, en Aragón
un principal caballero.
DIEGO. ¿Quiérele Lucinda?
PRÍNCIPE. Y tanto,
que ha tenido atrevimiento
para matarme.
DIEGO. Ya sé
lo demás deste suceso.
PRÍNCIPE. Querría certificarme:
llega á las rejas diciendo
que eres don Bernardo.

DIEGO. Voy.
PRÍNCIPE. Llama con la espada y quedo.
DIEGO. ¡Ah de arriba!

Sale LUCINDA á la ventana

LUCINDA. ¿Quién es?
DIEGO. Yo:
¿No me conoces?
PRÍNCIPE. Guardemos
tú yo la calle.
LUCINDA. ¿Quién es?
DIEGO. ¿Otra vez?
LUCINDA. Y aun otras ciento.
DIEGO. Mira que soy don Bernardo.
LUCINDA. Pues don Bernardo, ¿á qué efecto?
¿No sabe el príncipe ya
que no lo son los terceros?
DIEGO. Del príncipe no lo soy;
porque fuera desconcierto
siendo yo de ti querido.
LUCINDA. ¿Cómo es eso? ¿Yo te quiero?
DIEGO. Solo estoy; mira, señora,
que tus disfavores siento.
LUCINDA. ¿Qué disfavores, Bernardo?
¿Cuándo, cómo y en qué tiempo
te he favorecido yo?
DIEGO. *(Ap. al prínc.)* ¿Oyes esto?
PRÍNCIPE. *(A don Diego.)* Estoy suspenso
de tan grande novedad.
DIEGO. Yo, señora, te pretendo
para mujer; aunque sé
que por amor te merezco.
LUCINDA. Bernardo, aunque yo debiera
mostrar agradecimientos
á tu amor, era imposible;
demás que no te le tengo.
DIEGO. *(Ap. al prínc.)* ¿No lo escuchas?
PRÍNCIPE. *(A don Diego.)* Bien lo escucho.
DIEGO. Agora creo mis celos,
y que quieres bien á Alfonso.
LUCINDA. Que es engaño te prometo,
y que como ya casada,
ninguna cosa deseo.
DIEGO. ¿Casada?
LUCINDA. Casada estoy;
que mi padre, conociendo

que el príncipe estaba ya
á su deshonor resuelto,
en Castilla me ha casado.

DIEGO. ¿En Castilla?

LUCINDA. Ya el correo
lleva cartas á mi esposo,
á sus amigos y deudos.

DIEGO. ¿Puedo yo saber con quién?
Pues bien sabes que te debo
el parabién.

LUCINDA. ¿Por qué no?

DIEGO. *(Ap. al prínc.)* ¿Oyes esto?

PRÍNCIPE. Estoy muriendo.

LUCINDA. Ha concertado mi padre
hacer este casamiento
con don Diego de Mendoza,
un notable caballero,
cuya fama es imposible
de sus valerosos hechos
que no te haya dado aviso.

DIEGO. ¿Con don Diego?

LUCINDA. Con don Diego,
y perdona si me voy,
porque ni puedo ni quiero,
siendo ya mujer casada,
oir requiebros ajenos. *Vase.*

DIEGO. Cerró y fuése.

PRÍNCIPE. Y yo cerrara
también la puerta al deseo,
si no supiera que estaba
en Zaragoza don Diego.
¿Cómo ha hecho don Fernando
este casamiento?

DIEGO. Creo
que mi nombre le ha obligado.

PRÍNCIPE. ¿Hay más extraño suceso?

DIEGO. Menester es prevenir
el ir á la corte el pliego,
porque si llega á la corte
se sabrá todo el secreto.

PRÍNCIPE. Yo enviaré con diligencia
tras él, y tú podrás luego
responder á don Fernando
que aceptas el casamiento
y vendrás á Zaragoza
para tratar el concierto.
Mas que secreto ha de ser;

y así, podrás de secreto
hablar de noche á Fernando,
como que vienes á esto
desde Castilla.

DIEGO. ¿Y si llegan
á querer él y sus deudos
que dé la mano á Lucinda?

PRÍNCIPE. Descubrirásles que has muerto
á don Nuño, y que hasta tanto
que el rey, airado en extremo,
te perdone, no es posible;
porque conforme al derecho
te ha secuestrado tus tierras.

DIEGO. Es la traza de tu ingenio;
pero advierte que abre el día
la hermosa llave del cielo
por el candado del alba.

PRÍNCIPE. Pues vámonos.

LOPE. ¿Qué es aquesto?

DIEGO. Fábricas de la fortuna,
edificios de los celos,
desatinos del amor,
y de mi desdicha enredos.
Y que ahora más que nunca
con razón llamarme puedo,
no don Diego de Mendoza,
como mis padres y abuelos,
sino *Don Diego de noche.*

LOPE. Oye á propósito un cuento;
pero ya no me acordaba;
ya te lo diré allá dentro.

Vanse.





JORNADA TERCERA

Sala

Salen LEONORA, DON DIEGO y LOPE

LEONORA. Vuelve á decirme, don Juan,
que vino anoche don Diego.
DIEGO. Vino, y vino á verme luego.
LEONORA. No tiene el mundo galán
que sepa obligar así.
DIEGO. Débesle notable amor.
(Ap.) Que nadie sabe mejor
que yo lo que pasa en mí.
De burlas quise querer,
y ya tan de veras quiero,
que si dejo de ver muero,
y vivo si llego á ver.
LEONORA. Si sólo viene por mí,
bastaba esta obligación
para ponerme afición.
DIEGO. ¿Pues él á qué viene aquí?
Pregunta á Nuño qué dice.
LOPE. ¿Qué me puedes preguntar,
si á cuanto puedes dudar
la verdad te contradice?
Mil cosas me ha preguntado,
todas señales de amor,
porque la fama es pintor
y lisonjero extremado.
No hay Apeles ni Timantes...
¿Qué es Timantes? ¿Qué es Apeles?
que con mejores pinceles
pinte hermosuras de amantes.
LEONORA. Más enamora la fama

muchas veces que la vista.

LOPE. Como no hay quien la resista,
hácese mayor la llama.
Una vez me enamoré
por fama de una fregona,
que después en su persona
todo al contrario lo hallé.
Cabellejos enzarzados,
moreno picante en rojo,
á lo socarrón el ojo,
cabos negros y rasgados.
Los dientes de porcelana,
cosa que hasta aqueste día
no la topó la poesía;
labios ribetes de grana;
garganta, manos y pechos,
de plato de Talavera;
cinta estrecha, ancha cadera,
pequeños pies y bien hechos.
Fuíla á ver, para creello,
á un arroyo que, baldío,
pretende en corte ser río,
y nunca sale con ello;
y halléla con cabellera
de furia, y llena de usagre
la cara como de almagre,
la boca como ternera;
luego cada injusto pie
era una lengua de vaca,
la voz como una carraca;
conque atronado quedé.

LEONORA. ¿Qué hiciste?

LOPE. La cruz, diciendo:
Tentación de San Antón,
¿qué me quieres?

LEONORA. La opinión
de don Diego es grande.

LOPE. Entiendo
que la fama no le iguala.

LEONORA. ¿Cómo será?

LOPE. Mira atenta
á don Juan, y luego haz cuenta
que ves su donaire y gala.

LEONORA. Buen talle tiene don Juan.

LOPE. ¿No más de bueno? Pues luego
que conozcas á don Diego
dirás que no es mal galán.

El está en una posada
desde anoche, y esta quiere
verte.

LEONORA. Quien por verle muere
ya tiene el alma turbada.

LOPE. Dijo á don Juan que venía
á traerte su retrato.

LEONORA. Di que venga con recato,
que hay una celosa espía.

LOPE. Bien hizo en traerte el vivo.

LEONORA. Bien, pues lisonja no habrá
de pincel y pluma.

LOPE. Está
lleno de gusto excesivo
de que esta noche ha de verte.

LEONORA. ¿Don Juan?

DIEGO. ¿Señora?

LEONORA. Ya estoy
bien informada.

DIEGO. Y yo voy,
como debo, á obedecerte.

LEONORA. ¡Que venga hasta Zaragoza.
sólo á verme!

DIEGO. Ya sospecho
que es hora.

LEONORA. Como lo ha hecho,
justamente el nombre goza
del más galán castellano.

DIEGO. A la puerta del vergel,
vendré, señora, con él.

LEONORA. Fuera pensamiento vano
querer pagarte, don Juan,
tan grandes obligaciones
solamente con razones.

DIEGO. Pagadas, señora, están.
Vete, y á la puerta espera,
pues que tanto os favorece
la oscura noche.

LEONORA. Parece
que de la celeste esfera
las estrellas ha borrado;
á ver á don Diego voy. *Vase.*

DIEGO. ¡En qué laberinto estoy
de confusión y cuidado!
Querido soy, sin quererme,
buscado soy, sin buscarme,
á hablarme van sin hablarme,

porque me han de ver sin verme.
Ayúdeme la fortuna.
LOPE. El que nació sin memoria,
¿para qué nació?
DIEGO. Si historia,
si ejemplo, si fama alguna
te ha dicho que puede haber
memoria y entendimiento,
será un milagro, un portento,
que singular quiso hacer
naturaleza estudiosa.
LOPE. Engáñaste.
DIEGO. No querría.
LOPE. Pues á la sabiduría
llamaron hija famosa
de la memoria y del uso;
el que estudia sin memoria
¿para qué estudia?
DIEGO. Es victoria
de amor el traer confuso
y ciego el entendimiento.
La memoria natural
me faltó; la artificial
se llevó mi pensamiento.
LOPE. ¿Escribes á don Fernando
que esta noche llegarás
á Zaragoza, y estás
desatinos concertando?
Tiberio mandó matar
la emperatriz, su mujer;
matáronla. y á comer
la mandó luego llamar.
Si tú te olvidas así,
alaba los que no tienen
memoria.
DIEGO. Si ejemplos vienen
en mi favor, oye.
LOPE. Di.
DIEGO. ¿Tiene la naturaleza
entendimiento?
LOPE. Divino.
DIEGO. ¿Pues por qué piensas que vino
á ser de tanta grandeza
aquel milagro de hacer
tantos rostros diferentes?
LOPE. Por mostrar las excelentes
obras de su gran poder.

DIEGO. Porque no tiene memoria,
que si memoria tuviera,
hoy el mismo rostro hiciera
que hizo ayer.

LOPE. Niegas la gloria
que de aquella variedad
con esta loca agudeza
le resulta.

DIEGO. Así es verdad,
confieso á naturaleza
por instrumento divino
del gran poder de su autor.

LOPE. ¿Cómo no finges, señor,
que has llegado de camino?

DIEGO. Sí fingiré; mas primero
será por ver á Leonor,
que me espera y tiene amor
y por engañarla muero;
que te aseguro que ya
sin seso por ella estoy.

LOPE. Ya ni consejos te doy,
ni tu entendimiento está
para consejo ninguno;
mas si ella te conociese,
¿qué has de hacer?

DIEGO. Cuando eso fuese,
¿faltará remedio alguno?
O el último que ha de ser
declararme por quien soy;
á verla, en efecto, voy,
que tiempo habrá para ver
á Lucinda.

LOPE. De ese modo,
¿con dos te querrás casar?

DIEGO. No hay servir como callar,
que el callar acierta en todo.

Vanse.

Calle que da á un jardín

Sale DON BERNARDO en hábito de noche

BERNARDO. Noche, á quien sólo ha pagado
tributo amor en el suelo,
porque está tu negro velo
á su remedio obligado;
manto de estrellas bordado

encubridor de secretos;
noche en quien tales efetos
para alabarte se hallan
que en ti, porque todos callan
todos parecen discretos;
que en ti, todos los mortales
hallan descanso y favor,
sólo con celos amor
no goza remedios tales.
De tus luces celestiales
huye la pena celosa;
tu oscuridad temerosa
amor con celos desea,
porque cuando estás más fea
le pareces más hermosa.
Por la puerta de esta huerta
vengo á hablar una criada,
que á su señora olvidada
á mi remedio despierta.
¡Oh, tú, que de aquesta puerta
eres llave celestial,
ven á remediar mi mal!...
Gente siento, ¿gente aquí?
mas ya amor me advierte así
que estoy de celos mortal.

Sale DON DIEGO con plumas y capa de color, y LOPE disfrazado

LOPE. Llega con tiento, y disfraza
la voz, señor, cuanto puedas.
DIEGO. Ulises me rinda parias,
si salgo con esta empresa.
LOPE. Téngola por más hazaña
que del astuto se cuenta,
que por los muros de Troya
metió las armas de Grecia.
Tú propio te has de fingir
á ti mismo.
DIEGO. No pudiera
sin confianza de amor:
así engaña, y así ciega.
Espérame, Lope, aquí,
que ya han abierto la puerta.
LOPE. Vayan contigo, señor,
cuantos planetas y estrellas
son de amor primeras causas
y de su efecto influencias.

Sale LEONORA á la puerta

LEONORA. ¿Es don Diego?
DIEGO. El mismo soy.
LEONORA. Vos seáis en hora buena
venido á esta vuestra casa.
DIEGO. Quien á tanta gloria llega,
no os espantéis que, turbado,
no sepa daros respuesta.
LEONORA. ¿Venís con salud?
DIEGO. Aquí,
cuando sin ella viniera,
hallara salud y vida;
dadme de la vuestra nuevas.
LEONORA. No sé qué diga de mí,
si ya he dicho que soy vuestra
fiada en vuestro valor;
que no es justo que os parezca
liviandad amor tan grande.
DIEGO. Lo que los hados conciertan,
como á fuerza superior
no resiste humana fuerza.
LEONORA. ¡Ay, quién os pudiera ver!
DIEGO. Dentro de dos días llega
mi gente, y públicamente
saldré á que todos me vean,
y os vendré á besar las manos.
Agora, en primeras pruebas
de mi amor, aquesta joya
tomad, y ojalá que fuera
un reino cada diamante.
LEONORA. Será un mundo, siendo vuestra;
y perdonad, que la pago
con esta sortija.
DIEGO. En ella
dais principio á mi deseo
y á mi ventura firmeza,
pues la fe del matrimonio
se significa con ella.
LEONORA. En esa fe quiere amor
que á veros y hablaros venga.
¿Adónde queda don Juan?
DIEGO. Allí aguardándome queda.
LEONORA. Llamadle.
DIEGO. Voy.
LEONORA. *(Ap.)* ¡Qué ventura!
¡Qué lindo talle y presencia!

¡Oh, oscura noche, si acaso
fueras más clara, y tuvieras
luna!

DIEGO. *(En voz baja.)* ¿Lope?
LOPE. ¿Señor?
DIEGO. Creo
que no hay fábula que tenga
tal engaño.
LOPE. ¿Al fin la hablaste?
DIEGO. ¿No te dije que amor ciega?
Por don Diego me ha tenido.
LOPE. Aún es la verdad más cierta.
DIEGO. La joya que me dió Alonso
le di.
LOPE. Bien creerá con ella
que eres tú, porque valía
veinte mil escudos... ¿Y ella
qué te dió?
DIEGO. Aquesta sortija.
LOPE. Dichosamente comienza.
DIEGO. Hay un peligro.
LOPE. ¿De qué?
DIEGO. Quiere hablar á don Juan.
LOPE. Llega,
y dila que eres don Juan.
DIEGO. No sé, por Dios, si me atreva.
LOPE. Disfraza un poco la voz
y conmigo, señor, trueca
esas plumas y esa capa.
DIEGO. Bien has dicho: toma.
LOPE. Muestra.

Truecan capas y sombreros.

DIEGO. Voy.
LOPE. Favorézcate amor.
DIEGO. Temeroso voy.
LOPE. No temas.
DIEGO. ¿Cómo no?
LOPE. Yo lo diré:
¿No hace el amor que parezca
una mujer fea hermosa,
y la que es necia discreta?
DIEGO. Claro está.
LOPE. Pues ¿por qué dudas
que don Diego y don Juan seas
á los ojos de mujer
que está de tu amor tan ciega?

DIEGO. Yo llego.
LEONORA. ¿Es don Juan?
DIEGO. Yo soy.
¿Viste á don Diego?
LEONORA. Quisiera
que el alba le hallara aquí.
DIEGO. ¿No tiene buena presencia?
LEONORA. Linda en extremo. ¿Qué dice
de mí?
DIEGO. Que cosa más bella,
con lo poco que te ha visto,
no ha hecho naturaleza;
mas dice que esta corrido.
LEONORA. Don Diego, ¿de qué?
DIEGO. No creas
que á no turbarse de verte,
tan corto te pareciera.
LEONORA. ¿Y yo no estuve perdida,
don Juan, atajada y necia?
DIEGO. Gente siento.
LEONORA. Adiós. *Vase.*
DIEGO. Adiós.
Lope, ¿qué es eso?
LOPE. Que entiendas
que haces falta á don Fernando.
DIEGO. Pues camina donde veas,
que no igualan las antiguas
á las historias modernas.
Vanse.

Sale DON BERNARDO

BERNARDO. Amor; ¿no fué cobardía
no acometer estos hombres,
pues sólo en saber sus nombres
todo mi bien consistía?
¿Hay sucesos más extraños?
¡Ah celos! cesasteis hoy.
En busca del conde voy,
sepa su daño y mi daño.

Sale el CONDE

CONDE. ¿Quién va?
BERNARDO. ¿Es el conde?
CONDE. ¿Pues quién
tuviera aqueste cuidado?
BERNARDO. Si antes hubieras llegado,
sí te lograra más bien...

A Leonor habla en secreto
un caballero.

CONDE. ¿A Leonor?

BERNARDO. ¿Piensas tú que es el honor
todas las veces discreto?

CONDE. ¿Hombre tiene en Zaragoza
que intente oculto servilla?

BERNARDO. Zaragoza no, Castilla.

CONDE. ¿Quién?

BERNARDO. Don Diego de Mendoza.

CONDE. ¿Don Diego aquí?

BERNARDO. Yo le vi,
y con él un caballero,
que él llamaba Lope.

CONDE. Hoy quiero
que mi honor se vengue en mí.
No quedará en Zaragoza
casa, jardín, plaza ó calle
donde no vaya á matalle.

BERNARDO. La fama de este Mendoza
es como la de Amadís:
vendrá á Aragón á probar
aventuras, por ganar
fama.

CONDE. Honor, si esto sufrís,
no digáis que habéis nacido
en la casa generosa
del conde de Urgel.

BERNARDO. No hay cosa
que pueda haberte ofendido
como aqueste atrevimiento.

CONDE. Siendo don Juan, mi criado,
castellano, he sospechado
que sabrá su pensamiento.

BERNARDO. Bien dices: habla á don Juan.

CONDE. Vamos.

BERNARDO. El te dirá de él.

CONDE. ¿Mendoza, al conde de Urgel
aquí discreto y galán?
El parentesco os permito;
pero como no os caséis,
á Castilla volveréis,
pero será por escrito.

Vanse.

Sala

Salen DON FERNANDO, DON CARLOS y LUCINDA

FERNANDO. Tarda don Diego, y ya la noche pasa.
CARLOS. Esta escribió, señor, que llegaría.
LUCINDA. Como es tan tarde no hallará la casa.
CARLOS. No le aguardar ha sido culpa mía.
LUCINDA. Si amor es fuego y desde cerca abrasa,
¿por qué lo que formó la fantasía
tan lejos hace en mí tales efetos?
Mas siendo dios Amor, tendrá secretos.
¡Que esto pueda la fama! extraña cosa:
Mas ¿qué mucho, si engendra más deseo?

Sale FLORA, y poco después DON DIEGO y LOPE con las espadas desnudas

FLORA. Aguardando, señora, cuidadosa,
dos mil espadas en la calle veo.
CARLOS. ¿Espadas?
FERNANDO. ¿Dónde vas?
LUCINDA. ¡Qué rigorosa
fortuna!
FLORA. ¿Cómo?
LUCINDA. Mis sospechas creo.
CARLOS. Un hombre viene aquí.
LOPE. *(Ap.)* Bien se ha fingido.
FERNANDO. ¿Quién es?
DIEGO. Don Diego soy.
FERNANDO. Bien seáis venido.
DIEGO. No sé si he venido bien;
pues apenas á la puerta
de vuestra casa llegué
preguntando si lo era,
cuando cuatro hombres me dicen,
todos de buenas presencias:
«¿Es don Diego de Mendoza?»
Yo, presumiendo que fueran
criados vuestros, respondo:
«Don Diego soy»; pero apenas
esta palabra pronuncio,
cuando los cuatro me cercan
con las desnudas espadas,
y una voz diciendo: «¡Muera!»
Yo, que venía de paz
y no imaginando guerra,
puse con armas doradas

el valor á la defensa.
Ayudóme este criado;
sospecho que heridos quedan,
que tal vez contra la injuria
prevalece la inocencia.
Solamente oí decir:
«Retírese Vuestra Alteza»,
en quien conocí quién es
á quien de mi bien le pesa.
Y si es así, mal hiciste
en mandarme que viniera
á tratar mi muerte aquí;
aunque pienso que es pequeña
una herida, que en un brazo
me dió el que de todos era
más alto. Esto ha sido así,
para que el caso se entienda,
y me perdonéis, señores,
si por las causas propuestas
no llego como era justo.

FERNANDO. Bien conoceréis la pena,
señor don Diego, que todos
recibimos de la vuestra,
pues aún no ha dado lugar
que nuestros brazos nos dieran
los indicios de las almas
con que os reciben en ellas.
Carlos de Aragón, mi hijo,
no entendió, que haber pudiera
tal atrevimiento en hombre
de oscura ó clara nobleza.
No salió, para que fuese
vuestra venida secreta,
á recibiros.

CARLOS. Dios sabe,
don Diego, lo que me pesa;
y á no habernos dicho vos
que entre los desta pendencia
oísteis que dijo el uno:
«Retírese Vuestra Alteza»,
no quedara sin castigo;
mas ya sabéis cuánto deba
en la dignidad real
respetarse la grandeza.
Yo no os niego que he tenido
ocasiones de sospecha;
pero no para entender

que á vuestra vida se atrevan.
Conoced á vuestra esposa,
que con tal nombre os espera
si lo estorba el mundo.

DIEGO. Agora
que á veros mis ojos llegan,
si fueran dos mil heridas
dichoso nombre les diera.
Dadme, señora, perdón
que por tan rara belleza,
justo fué que hubiese envidia,
que no hay bien sin competencia.

LUCINDA. Cuando ya no fuera gusto
de mis padres, que tuviera
dueño en vos, este peligro
que toma el alma á su cuenta
justamente me obligara
á tanto amor y firmeza,
que las altezas del mundo
menos poderosas fueran
que con las rocas del mar
los vientos que en vano suenan.
No es tiempo de deteneros
aunque decís que es pequeña
la herida; Carlos, haced...

DIEGO. Señora, ninguno venga;
que más importa el secreto
que mi vida, y pues tan cerca
me dice aqueste criado
que es práctico en esta tierra,
que está la casa del conde
de Urgel, curaréme en ella,
porque don Juan de Guzmán,
que está allí por encomienda
del almirante, entretanto
que en Castilla se conciertan
ciertas desgracias que tuvo,
tan grande amistad profesa
conmigo, que nuestros pechos
un alma sola gobierna.
Y así, os suplico que todos
me deis perdón y licencia,
que me va faltando sangre.

FERNANDO. Esa licencia se os niega.
Esta casa es vuestra ya.

CARLOS. Don Diego, aunque no lo fuera,
¿cuál hombre os dejara ir?

LUCINDA. Señor, no hagáis tal afrenta
á mi padre y á mi hermano.
DIEGO. Mis señores, esto es fuerza,
y yo sé que os está bien.
FERNANDO. Pues siendo fuerza que sea:
hola, traed en que vaya.
DIEGO. Eso no, mirad que os queda
tiempo en que hacerme merced;
y que es bien que no se entienda
que estoy herido, y que estoy
en Zaragoza.
CARLOS. Conceda
vuestra crueldad á lo menos
que os acompañe, que es mengua
de un caballero, que vais
solo.
DIEGO. En llegando á la puerta
os habéis de volver.
CARLOS. Digo
que me volveré.
LOPE. *(Ap. á don Diego.)* No creas
que has de salir bien de tantos
desatinos y quimeras.
DIEGO. *(A Lope.)* Si el príncipe me lo manda,
¿no quieres que le obedezca?
LOPE. *(Ap.)* Parecen estos sucesos
de Penélope la tela,
que cuanto trazas de día
de noche lo desconciertas.

Vanse.

LUCINDA. ¡Qué gallardo caballero!
FERNANDO. Basta. que el príncipe intenta
que no te cases.
LUCINDA. No hará,
si das á su padre cuenta.
FERNANDO. Sólo don Diego tan bien
de esta pendencia saliera. *Vase.*
LUCINDA. ¿Flora?
FLORA. ¿Señora?
LUCINDA. Mi amor
al de Angélica la bella
se parece.
FLORA. ¿Cómo así?
LUCINDA. Su herida el alma me lleva.

Vanse.

Sala en casa de Leonora

Salen el CONDE y LEONORA

LEONORA. Injustamente me ofendes;
reporta, conde, el furor,
si estimar tu honor pretendes.
CONDE. No cumples bien con mi honor
si con tu amor te defiendes.
Tú, con intento liviano,
tienes, Leonor, aunque en vano,
de secreto en Zaragoza
á don Diego de Mendoza,
el soberbio castellano.
Tú, de noche por la huerta,
estás hablando con él,
y él sus amores concierta.
Puerta del conde de Urgel
es deste reino la puerta.
Si te ha ganado, Aragón
es de Castilla.
LEONORA. No son
dignas palabras de ti:
advierte, conde, que en mí
vive más clara opinión;
que esté en la ciudad don Diego,
ó el soberbio ó el galán,
hoy lo supe, no lo niego;
porque don Juan de Guzmán
vino á decírmelo luego.
Y si de noche le vió
don Bernardo, no fuí yo
con quien don Diego hablaría,
porque con don Juan sería
á quien por dicha buscó.
Porque, según entendí,
fueron en Castilla amigos...
pero don Juan viene aquí.

Sale DON DIEGO

DIEGO. *(Ap.)* Cercado estoy de enemigos.
CONDE. Sospechoso estoy de ti.
DIEGO. ¿De mí, señor, á qué efeto?
CONDE. ¿Tú sabes que en Zaragoza
don Diego está de secreto?
DIEGO. ¿Qué don Diego?

CONDE. El de Mendoza,
galán, valiente y discreto:
¿y me lo encubres á mí?
DIEGO. Señor, nunca yo entendí
que eso te importara.
CONDE. ¿No,
si ayer con mi hermana habló?
LEONORA. El conde lo entiende así,
porque dice don Bernardo
que nos vió juntos.
DIEGO. Señor,
si satisfacerte aguardo,
verás que á tu claro honor
debido respeto guardo.
Don Diego viene á Aragón
á casarse de secreto
con Lucinda, y la ocasión
es el príncipe.
CONDE. En efeto,
celos de Bernardo son.
DIEGO. Bien claro se echa de ver.
CONDE. ¡Cómo! ¿que intenta Fernardo
casar á Lucinda?
DIEGO. Ayer
lo estaban los dos tratando,
y hoy ha de ser su mujer.
CONDE. No será, porque la adora
el príncipe, y voy agora
á que lo remedie luego. *Vase.*
LEONORA. ¿Eso dices de don Diego?
DIEGO. Esto es engaño, señora,
que si esto no lo dijera,
por ventura le buscara
y mayor mal sucediera.
LEONORA. He reparado en tu cara
y en tu voz...
DIEGO. ¿Pues qué te altera?
LEONORA. No he visto cosa en mi vida
como los dos parecida.
DIEGO. Sómoslo en rostro y acciones,
de suerte que de opiniones
era la nuestra ofendida;
porque su padre y el mío
no ganan en esto honor.
LEONORA. No era mucho desvarío
igualarte á su valor.
DIEGO. El tiene más gracia y brío

y mejor entendimiento:
hoy nos verás juntos.

LEONORA. Ya
puse en él mi pensamiento.

DIEGO. Muy bien empleado está.

LEONORA. Sí, don Juan, no me arrepiento.
¿Adónde agora quedó?

DIEGO. Al campo salir quería.

LEONORA. ¿Dice que le agrado yo?

DIEGO. Todo y en todo.

LEONORA. Sería
por cumplimiento.

DIEGO. Eso no,
que fuera tener por necio
un hombre de aquel valor.

LEONORA. Si él me aprecia en lo que aprecio
su amor, él me tendrá amor.

DIEGO. Don Diego hiciera desprecio
del sol y de las estrellas,
del alba, de las más bellas
flores que la vista admiran;
de los diamantes que tiran
de vuestros ojos centellas,
de la sangre que colora
la púrpura emperadora,
del oro que el fuego acendra,
y de las perlas que engendra
en nácar la blanca aurora;
del cristal y del marfil,
si dese talle gentil
no admirara la belleza
de quien la naturaleza
rompió la estampa sutil.

LEONORA. Parece que te ha prestado
su ingenio.

DIEGO. Y su amor también;
de él lo que digo traslado,
si no lo traslado bien,
queda su autor excusado.

Sale LUCRECIO

LUCRECIO. Lucinda ha venido á verte.

LEONORA. ¿Quién?

LUCRECIO. Lucinda de Aragón.

LEONORA. Pésame, que me divierte
de aquesta conversación.

DIEGO. Yo me voy.
LEONORA. Don Juan, advierte
que hoy quiero ver á don Diego.
DIEGO. Tu intento le aviso luego. *Vase.*

Salen LUCINDA y FLORA

LUCINDA. ¡Señora mía!
LEONORA. ¡Lucinda!
LUCINDA. Fortuna la rueda os rinda,
Amor el arco y el fuego.
LEONORA. Eso á vos será mejor,
que sois fortuna compuesta
del arco y flechas de amor.
¿Qué buena venida es esta?
¡Tanta gala! ¡Tal favor!
LUCINDA. Vengo á veros, y también
á que me deis parabién,
Leonor, de que estoy casada.
LEONORA. ¿Casada?
LUCINDA. Y bien empleada.
LEONORA. Vos lo merecéis. ¿Con quién?
LUCINDA. No es persona de Aragón,
aunque para esta ocasión
llegó anoche á Zaragoza.
LEONORA. ¿Quién?
LUCINDA. Don Diego de Mendoza.
LEONORA. ¿Cómo? *(Ap.)* ¡Extraña confusión!
LUCINDA. ¿No habéis oído decir
á don Diego el castellano?
LEONORA. Mil cosas oigo fingir,
y así de que todo es vano,
Lucinda, os quiero advertir,
porque pienso que es casado,
y casado en Aragón.
LUCINDA. Yo sé que os han engañado;
cosas del príncipe son,
celoso y desesperado.
LEONORA. ¿Pues habéislo visto vos?
LUCINDA. Anoche hablamos los dos
y fe y palabra nos dimos.
LEONORA. ¿Anoche?
LUCINDA. Anoche estuvimos
juntos en mi casa.
LEONORA. *(Ap.)* ¡Ay Dios!
LUCINDA. Parece que os pesa desto.
LEONORA. ¿No me ha de pesar que os dé

su fe y palabra tan presto,
quien dió su palabra y fe
en otra parte?

LUCINDA. ¿Qué es esto?
¿Su fe y su palabra ha dado
en otra parte?

LEONORA. Yo soy
testigo que os ha engañado.

LUCINDA. Yo sé que casada estoy,
y está el concierto firmado;
que mal lo pueden fingir
mi padre y Carlos, mi hermano.

LEONORA. No me puedo persuadir
que es don Diego el castellano.

LUCINDA. Todo lo quiero hoy decir
para que os desengañéis:
en vuestra casa está herido,
yo sé que no lo sabéis.

LEONORA. ¿Herido?

LUCINDA. Aquí le ha escondido
un criado que tenéis,
que es castellano también.

LEONORA. ¿Quién es?

LUCINDA. Don Juan de Guzmán.

LEONORA. Vos dais las señas muy bien;
mis esperanzas os dan,
como es justo, el parabién.
(Ap.) Aunque dijera mejor
mis desdichas: ¡oh traidor!
Si á casarte habías venido
con Lucinda, ¿qué ha servido
burlar mi amor y mi honor?
Mi amor porque dió en quererte
sin verte, y mi honor por verte
en tanta opinión de España;
mas era tal vil hazaña
poderosa á aborrecerte.
Mas ¿por qué mis quejas van
á ti, cruel, dirigidas?
Si no al infame don Juan,
que aunque tuviera mil vidas,
no le valiera el Guzmán.

LUCINDA. Dado me has sospecha justa
mirando tu sentimiento.

LEONORA. Lucinda, ya es cosa injusta
encubrir mi pensamiento,
perdona si te disgusta.

Anoche me dió don Diego,
ese cruel castellano,
fe de esposo.

LUCINDA. ¿Cómo?

LEONORA. A ruego
de don Juan, le di la mano,
asegurándome luego
con una joya que tiene
una L de diamantes,
en que más engaño viene
por las letras semejantes
que nuestro nombre contiene,
que, en fin, Lucinda y Leonor
comienzan de una manera.

LUCINDA. ¿Don Diego á ti?

LEONORA. Si el honor
de por medio no estuviera,
poco importara el amor,
yo le supiera vencer;
pero ya no puede ser;
en mi justicia confío:
ó don Diego será mío,
ó Aragón se ha de perder.

LUCINDA. ¿Serán menos principales
mis parientes que lo son
los tuyos?

LEONORA. En casos tales,
no será igual la razón
si son los deudos iguales.

LUCINDA. Siempre fuiste más altiva
que pide tu calidad.

LEONORA. Si en sangre real estriba,
no tengas por novedad
que como he nacido viva.

LUCINDA. Yo soy Aragón.

LEONORA. Yo soy
Navarra.

LUCINDA. Ya estás muy necia.

LEONORA. Contigo, Lucinda, estoy,
que á quien á mí me desprecia,
esta respuesta le doy.

Salen el PRÍNCIPE, el CONDE y DON BERNARDO

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto?

LEONORA. Si no viniera
Vuestra Alteza, y yo supiera

que amor Lucinda le debe,
á lo que agora se atreve
yo sé que no se atreviera.

PRÍNCIPE. Pues donde hay tanta amistad,
¿de enojos hubo ocasión?

CONDE. Leonora, ¿qué novedad
es esta?

LEONORA. Desdichas son
que ofenden tu calidad.

CONDE. ¿Eso cómo puede ser?

PRÍNCIPE. Conde, si es pleito, estas damas
su juez me pueden hacer.

LEONORA. ¿Cómo has de juzgar si amas,
y más con tanto poder?
Pero ya aborrecer debes,
pues Lucinda está casada.

PRÍNCIPE. A eso vengo, que me han dicho
que está su esposo en tu casa.

LUCINDA. Señor, mis padres y hermano
casarme en Castilla tratan
con don Diego de Mendoza,
que vos conocéis por fama.
Vino á Aragón de secreto,
lo demás que en esto pasa
bien lo sabéis; si á mi puerta
os lo ha contado su espada.
Aquí está don Diego herido.

PRÍNCIPE. Lucinda, en eso te engañas,
que yo sólo te he servido
con la cortesía y gala
digna de tu calidad,
y á tus defensas honradas
he dado la estimación
que piden prendas tan altas.
Si tus padres te han casado
con don Diego, y tú le amas,
hoy conocerás quién soy
y él será tuyo.

LEONORA. Las armas
profesas más que las letras.
¿Ves cómo el amor te engaña,
y que no puede ninguno
juzgar en su misma causa?
¿Sin oir las partes juzgas?

PRÍNCIPE. Si Lucinda está casada,
¿qué tienes tú que alegar?

LEONORA. Que cuanto Lucinda trata,

es decir, por engañarte,
que con don Diego se casa,
que don Diego es mi marido.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices?

CONDE. ¿Qué es esto, hermana?

BERNARDO. *(Ap.)* No me engañaron los celos,
aunque celos siempre engañan.

LEONORA. Que por orden de don Juan,
por sus conciertos y cartas,
me he casado con don Diego.

BERNARDO. Yo vi que los dos hablaban
anoche por el jardín.

LUCINDA. Toda la probanza es falsa,
que anoche el mismo don Diego
me dió la mano en mi casa.

LEONORA. No puede ser, porque á mí
me dió anoche la palabra
y esta joya en prendas.

PRÍNCIPE. Muestra.
¿Hay confusión más extraña?
Esta L de diamantes
se labró para una ingrata
por mi orden.

LEONORA. ¿Luego es vuestra?

PRÍNCIPE. La noche que la llevaba,
á un castellano la di.

LEONORA. ¡Vos! ¿por qué?

PRÍNCIPE. Porque su espada
dos veces me dió la vida.

CONDE. ¿Luego el dueño desta hazaña
fué don Diego de Mendoza?

PRÍNCIPE. Sí, pues él la dió á tu hermana.

Sale DON CARLOS

CARLOS. ¿Está aquí Su Alteza?

PRÍNCIPE. Carlos,
¿qué quieres?

CARLOS. Darte esta carta
del príncipe de Castilla.

PRÍNCIPE. Muestra.

CARLOS. Lucinda, ¿aquí estabas?

PRÍNCIPE. *(Lee:)* «Mientras solicito con el rey, mi señor, perdone á don Diego de Mendoza la muerte de don Nuño, suplico á Vuestra Alteza le favorezca y ampare en Aragón, que el amor que le tengo...»

No hay para qué proseguir;
si aquí don Diego se halla
y yo le debo la vida,
las cartas son excusadas.
Siempre le he visto de noche
á la traza destas damas,
y tan á oscuras, que apenas
daré señas de su cara...
¿Quién es aqueste don Juan
que sabe dél?

CONDE. En mi casa
le entretengo, porque así
el almirante lo manda.

PRÍNCIPE. Id por él, que él sabrá dél.

CONDE. Ya voy. *Vase.*

PRÍNCIPE. Pero si se casa
con Lucinda y con Leonor,
mal cumplirá su palabra.

LUCINDA. La que me ha dado yo sé
que la cumplirá.

LEONORA. Tú engañas
tu esperanza con tu amor.

LUCINDA. Más que amor, tengo esperanza.

Salen el CONDE, DON DIEGO y LOPE

CONDE. Llega, don Juan, que Su Alteza
te quiere ver.

DIEGO. Hoy levantas
á tu sol la humildad mía.

LOPE. *(Ap.)* Hoy temo alguna desgracia.

PRÍNCIPE. ¿Eres don Juan de Guzmán?

DIEGO. Sí, señor.

PRÍNCIPE. *(Ap.)* ¡Presencia honrada!
¿Dónde está don Diego?

LOPE. *(Ap.)* Agora
da por el suelo la traza.

DIEGO. En mi aposento le tengo
mientras estas cosas andan
tan confusas.

PRÍNCIPE. Hame escrito
en su favor una carta
el príncipe de Castilla,
mientras con su padre trata
el perdón de cierta muerte,
que le entretenga me manda;
no sé qué entretenimiento

conforme á su sangre clara,
y á deberle yo la vida,
pueda darle, si no basta
almirante de Aragón.

DIEGO. Señor, por mercedes tantas,
vuestros pies beso en su nombre.

PRÍNCIPE. Don Juan, á don Diego llama,
que quiero casarle yo.

DIEGO. Tan cerca, señor, se halla,
que quiero darle el recado.
Don Diego, por una carta
del príncipe de Castilla,
y porque con vuestra espada
librasteis al de Aragón
que en tanto peligro estaba,
sabed que os hace almirante;
id presto á darle las gracias,
y dadme albricias á mí,
albricias de buena gana,
porque sé que de tu bien
la misma parte me alcanza.

PRÍNCIPE. ¿Con quién hablas?

DIEGO. Yo, señor,
vuestro recado le daba
á don Diego.

PRÍNCIPE. ¿Pues aquí
lo que has de decirle ensayas?

DIEGO. No, señor, que á mí me digo
las venturas que me aguardan;
porque soy don Diego yo,
y el que por mercedes tantas
besa vuestros pies mil veces.

PRÍNCIPE. Igualmente tus hazañas
con tus industrias compiten;
á mis brazos te levanta
del suelo, que á mi cabeza
por laurel que le adornara
hubiera dicho mejor.

DIEGO. Tu hechura, señor, ensalzas.

LOPE. ¿Y yo podré ya dejar
de ser Nuño ó calabaza
y volverme á Lope?

PRÍNCIPE. Lope,
yo te confirmo en mi gracia...
Lucinda, para que veas
que tiene Alejandro, España,
y que mi amor no pretende

de tus desdenes venganza,
don Diego será tu esposo.

DIEGO. Señor, perdona y repara
que no he de tener mujer,
aunque con tantas ventajas,
donde tú has puesto los ojos.
De tu amor fué aquella traza
con que fingí que venía,
y por no darle palabra,
fingí la herida también.
Dásela al conde, é iguala
tal valor y tal grandeza;
porque yo he dado á su hermana
fe y palabra de ser suyo.

PRÍNCIPE. Quien así te desengaña
y te aconseja, Lucinda,
tu honor estima y alaba.

LUCINDA. Ya que no soy su mujer,
de don Diego soy cuñada,
y le doy la mano al conde.

LEONORA. Yo á don Diego con el alma.

LOPE. Quedo, que le falta á Flora
cierta cosa.

FLORA. ¿Qué me falta?

LOPE. ¿Conoces al conde?

FLORA. ¿A quién?

LOPE. Al conde de Argeo y Humaina.

FLORA. ¿Eres tú?

LOPE. Toca esos huesos.

DIEGO. *Don Diego de noche* acaba;
si es buena, tendrálas buenas;
si es mala, tendrálas malas.





ÍNDICE



Editorial PROMETEO.--Llorca y



OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. *5 ptas. vol.*—CUENTOS: La Condenada. Cuentos valencianos. *5 ptas. vol.* —VIAJES: En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.) *5 ptas. vol.*—ARTICULOS: El militarismo mejicano. *5 ptas.*

El Papa del mar (novela) *5 ptas.*

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.-20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—*10 pesetas volumen encuadernado.*

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Elíseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.-*7'50 ptas. vol.*

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—*1'25 ptas. volumen.*

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—*2 ptas. volumen.*

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO: *Iliada.* 2 t.—*Odisea.* 2 t.—ESQUILO. 1 t.—SÓFOCLES. 2 t.—HESIODO. 1 t. —EURÍPIDES. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—ARISTÓFANES. 3 t.—JENOFONTE. 1 t.—PLAUTO: *Comedias.* 2 t.—FEDRO: *Fábulas.*—SYRO: *Sentencias.* 1 t.—CICERÓN: *La República.*—*Las paradojas.* 1 t.—ARISTÓTELES: *La política.* 1 t.—LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.—QUEVEDO: *Obras satírica.* 1 t.—CERVANTES: *Teatro selecto.* 1 t.—VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo Mayáns y Siscar. 1 t.—LOPE DE VEGA: *Novelas.* 1 t.—*Comedias.* 1 t.—GUILLEM DE CASTRO: *Teatro.* 1 t.—CALDERÓN: *Teatro.* 2 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas.* 12 t.—*2 ptas. vol.*

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á *1'50 pesetas.*

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer.* 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa.* 3 ptas.—W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad.* 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social.* 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Anatole France, Daudet, Víctor Hugo, etcétera.—*2 ptas. vol.*

LOS CLÁSICOS DEL AMO

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—*2 ptas. volumen.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—*2 ptas. vol.*

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—*1 pta. volumen.*

LOS GRANDES NOVELISTAS

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A *35 cénts.*—Edición *La Novela Ilustrada.*

LA NOVELA LITERARIA Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—*4 pesetas volumen en rústica.*

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor.* 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños.* Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914 ESCRITA POR V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, *25 pesetas.*

El libro de las mil noches y una noche. Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—*2 ptas. volumen.*